
UN DESTINO PROHIBIDO
EVANGELINE CRUZ

UN DESTINO PROHIBIDO

EVANGELINE CRUZ

Un destino prohibido
Copyright © 2025 – Evangeline Cruz
1ª Edición, diciembre 2025

Diseño de portada: María José Losada
Corrección: María José Losada
Maquetación: LoEs Servicios editoriales

© Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A mi madre.
Te lo debo y te lo mereces.
A mi padre.
En vida, tú me inspiraste la historia del rey Sancho
y yo te la dedico cuando ya partiste.
Mi corazón me dice que me perdonarás la tardanza.
Porque la vuestra es una historia de amores que también se escribió en distintas tierras.


Inglaterra,
año 1070
Orkneys
Northreuter
Sutherland
Alba
Fife
Dunbar
Lothian
Normandy
Elan
Gwynedd
England
Munster
Wexford



Índice

[Prólogo 6](#)

[Capítulo 1 9](#)

[Capítulo 2 14](#)

[Capítulo 3 22](#)

[Capítulo 4 28](#)

[Capítulo 5 36](#)

[Capítulo 6 41](#)

Capítulo 7 47

Capítulo 8 52

Capítulo 9 60

Capítulo 10 68

Capítulo 11 76

Capítulo 12 84

Capítulo 13 92

Capítulo 14 100

Capítulo 15 107

Capítulo 16 117

Capítulo 17 123

Capítulo 18 131

Capítulo 19 138

Capítulo 20 148

Capítulo 21 154

Capítulo 22 167

Capítulo 23 175

Capítulo 24 182

Capítulo 25 190

Capítulo 26 199

Capítulo 27 203

Capítulo 28 211

Capítulo 29 220

Capítulo 30 228

Capítulo 31 234

Capítulo 32 243

Capítulo 33 251

Capítulo 34 257

Capítulo 35 261

Capítulo 36 269

Capítulo 37 273

Capítulo 38 280

Capítulo 39 284

Capítulo 40 290

EPÍLOGO 296

Nota de la Autora 300

Deja que te cuente... 304

Biografía y redes 307

Otras novelas de la autora 309

PRÓLOGO

Dunbar, Tierra de Alba (antigua Escocia)
Primavera de 1071

El viento ululaba a través de las estrechas ventanas que permitían el paso de la luz a la sala principal del castillo. Los tapices que recubrían las paredes y la chimenea encendida a duras penas conseguían mitigar el frío que helaba los cuerpos y las almas de la decena de hombres allí reunidos.

Sentados en torno a unas mesas dispuestas en forma de U, guardaban un respetuoso silencio a la espera de que el jefe, el laird del que había sido el clan más poderoso al sur de las Tierras de Alba, les comunicara los acuerdos contraídos en tierras lejanas, de los que dependían la vida de sus hijos y el futuro de su hogar.

El hijo de Ranulf MacGregor, laird de Dunbar, quien a la muerte de su padre asumió el liderazgo de su clan, había surcado el tempestuoso Mar del Norte, encargado de tan arriesgada misión.

Ranulf MacGregor había perdido la vida en combate, luchando contra MacAlpin, señor de las tierras de Lothian. Este había utilizado la rastrera ventaja que le permitía su alianza con un poderoso reino extranjero para doblegar y someter a clanes hermanos y vecinos que conformaban las Tierras de Alba.

El monarca de Alba había evitado posicionarse a uno u otro lado, por lo que los clanes hostigados se habían encontrado abandonados a su suerte.

Los jefes guerreros que sufrían de los abusos de MacAlpin habían tomado entonces una decisión ante la nula ayuda por parte de su soberano. Habían acordado pedir justicia, negociar alguna

solución con el reino que apoyaba a MacAlpin, en una decisión desesperada por evitar ser exterminados.

Se trataba de una misión peligrosa, sumamente arriesgada, pero Duncan MacGregor se había echado al mar con un puñado de valientes, rumbo a regiones desconocidas, con el propósito de traer la paz de nuevo a sus tierras, pues no podrían soportar mucho más el hambre, la guerra y la muerte que desde hacía años asolaba sus tierras y los consumía.

Habían regresado al fin tras muchos meses fuera de su hogar y el laird de Dunbar les expuso el resultado de su odisea. Los hombres escucharon atentos. Al acabar su relato, un silencio espeso, incómodo, se instaló entre ellos. No era lo que habían esperado y no iba a ser fácil doblegar a Lothian, pero, de alguna manera, contaban con conseguirlo. Se les ofrecía una solución arriesgada, una salida que podría conducirles a la victoria o exterminarlos definitivamente.

Los guerreros discutieron y valoraron. No tenían mucho más que perder y sí todo por ganar. Le arrebatarían al rey extranjero su bien más preciado y, para recuperarlo, debería retirar su apoyo a las tierras de Lothian.

En su desesperación aceptaron el trato que alguien próximo al soberano les había propuesto: una vida a cambio de la paz.

De forma unánime decidieron que valdría la pena intentarlo.

CAPÍTULO 1

Villa de Tuy, Galicia, Hispania
Verano de 1071

Una ligera brisa soplaba desde el sur y traía olor a pino y a marisma. El verano estaba siendo especialmente caluroso y el aire suave y fresco que llegaba hasta ella aliviaba el acaloramiento del ascenso.

Muy a menudo subía caminando hasta la cima del monte, sin importarle los rigores del estío. Valía la pena el esfuerzo pues, al llegar arriba, podía olvidar durante un rato sus inquietudes.

Desde su posición privilegiada, cerca de la cumbre del monte Aloia, Leonor disfrutaba de una espléndida vista de toda la comarca desbordante de vegetación: bosques, pequeños huertos diseminados cercanos a la aldea de Tuy, la silueta ondulante del río Miño y el infinito océano de un profundo azul.

Le gustaba especialmente contemplar cómo partían los barcos desde el puerto, adentrándose en el horizonte con las velas desplegadas y el sol destellando en ellas, hasta que poco a poco iban perdiéndose en la lejanía.

Soñaba que viajaba a bordo de un velero que la llevaba hasta su casa. Allí la esperaba el abrazo de su padre, su olor reconfortante, su sonrisa acogedora y cálida.

Abría los ojos y despertaba a la realidad. Una vez más y antes de que cayera la noche regresaría a su prisión, donde le aguardaba un hogar que no era el suyo, una madre impuesta y un futuro marido que no había elegido.

Cuando pensaba en ello, sentía cómo crecía la rabia en su interior. Se sublevaba ante las cadenas de su linaje, que la ataban a un presente y a un futuro que la oprimían.

El sol pronto se pondría y su aya Elvira estaría, sin duda, esperándola, desesperada por su tardanza. Recordaba que le había pedido que no se demorara en su paseo por el monte, pues temía regresar al pueblo entrada la noche. Le imponían las altas murallas y las callejuelas desiertas y oscuras.

Se apresuró a su encuentro. Elvira, su querida dama de compañía, se había quedado descansando a medio camino y la recibió aliviada. Leonor la abrazó y la besó en la mejilla. Sentía la desazón de su vieja aya, que era como una madre para ella, pero estos eran los únicos momentos de libertad en su vida, y los necesitaba y absorbía como aire.

El sol se ocultaba tras el misterioso e infinito océano cuando atravesaron las murallas rumbo a la residencia de los señores de Tuy.

Al llegar al palacete, Leonor atravesó el salón y subió rápidamente las empinadas escaleras que conducían a su aposento, acompañada por una Elvira sin resuello que a duras penas conseguía seguirla.

Se aseó de forma precipitada, enfadada consigo misma por obligarse a asistir a otra cena más con los que serían sus futuros suegros. Hacía algunas semanas que su padre la había enviado a Galicia para que residiera con los padres de su prometido, y así se habituara a las que serían sus tierras y su familia a partir del matrimonio.

Esta súbita decisión de su progenitor le había dolido profundamente. Ella era una hija muy querida pese a su condición de bastarda y sabía que el hecho de encontrarse en Tuy se debía a las presiones que recibía su padre para que la repudiara pues, aunque era ilegítima, seguía siendo la única hija del rey y constituía una amenaza para los pretendientes a la corona.

Su padre, el rey Sancho II de Castilla, se había enamorado de una humilde plebeya siendo muy joven y fruto de ese amor nació

ella. Debido a su condición de rey era de todo modo impensable que se casara con su amante, aunque ese fuera su anhelo más deseado. Tuvo que plegarse a las obligaciones de su linaje y elegir una esposa adecuada entre la nobleza.

La designada fue una noble inglesa, elección muy conveniente, ya que necesitaba de respaldo allende los mares que le facilitara ayuda para conseguir el cese de las hostilidades en los reinos cristianos y la concordia con los vecinos territorios musulmanes.

Sancho había antepuesto la necesidad de conseguir un heredero legítimo al trono a su amor por la madre de Leonor. Sin embargo, el matrimonio real había resultado estéril.

Los hermanos del rey de Castilla codiciaban los territorios y el poder que tenía en sus manos y que, finalmente, pasaría a las suyas si no concebía un heredero. No obstante, la existencia de una hija, aunque bastarda, la convertía en un elemento incómodo, indeseado para ellos, y su padre temía por su vida.

El rey castellano sabía que Leonor no tenía posibilidad de heredar cuando muriera, no solo por su condición de mujer e ilegítima, sino porque sus propios hermanos se encargarían de que eso no sucediera.

Los conocía de sobra, sabía de sus caracteres interesados y avariciosos, en especial el del segundón en la línea de sucesión, Alfonso, y el de Urraca, la primogénita de los cinco hermanos, e intuía que no dudarían en eliminarla. La solución para proteger a su hija había sido prometerla a Pedro de Tuy.

El señorío de Tuy estaba regido por Pedro el Viejo. A su muerte sería heredado por su único hijo y este, a su vez, seguiría siendo vasallo de García, el tercer hermano del rey, quien a la muerte de su padre heredó el reino de Galicia. Con este compromiso Sancho conseguía alejar a su hija de las intrigas palaciegas, ya que Tuy era de escaso valor para la corona y no iba a casarla con nadie que pudiera defender sus derechos en el futuro. Además, como prueba de buena fe, Sancho la desposaba bajo el dominio de su hermano García, lejos de la ciudad de Burgos.

Todo eso apartaba a Leonor de una posible reclamación del trono en el futuro, lo que aseguraba al rey castellano la supervivencia de su querida hija, y le garantizaba una vida cómoda y protegida durante el resto de sus días.

Leonor conocía los motivos que llevaban a su padre a concertar este matrimonio, pero no los compartía. Sabía que no podía reclamar derechos dinásticos y no le preocupaba. Lo que la atormentaba era alejarse definitivamente de él y casarse con alguien de quien no estaba enamorada y con el que no tenía nada en común.

Recordó con hastío la cena con los padres de su prometido y, con la ayuda de Elvira, se cambió la ropa por una acorde con la formalidad de una comida a la que asistiría por pura obligación y de la que hubiera preferido librarse.

CAPÍTULO 2

—Y decidme… —La voz titubeante de doña Blanca de Tuy interrumpió sus pensamientos—. ¿Habéis disfrutado de vuestro paseo por los alrededores?

Leonor reprimió a duras penas su fastidio. Se sentía prisionera en aquel lugar y notaba cómo su malhumor crecía por momentos.

—Apenas… Ha sido demasiado corto —contestó al fin.

—Ya… —volvió a intervenir Blanca. Leonor sentada frente a ella notó cómo miraba de manera furtiva a su marido, que seguía enfrascado en la comida, masticando con placer.

«Así que no se trata de una simple conversación de cortesía», pensó.

La mujer carraspeó varias veces visiblemente incómoda por la falta de cooperación de la joven en el discurso. Leonor no pensaba ayudarla con la esperanza de que, finalmente, desistiera en su propósito de mantener una conversación.

—Veréis, mi señora, la cuestión es… —se decidió, lanzando una furibunda mirada a su marido. Leonor había captado desde el primer momento quién ejercía el poder y las responsabilidades en el matrimonio y esta era una prueba de ello, ya que a buen seguro le hubiera gustado que fuera su marido quien encarara la situación. Sin embargo, Pedro el Viejo se limitaba a ser un simple espectador de la escena—. Nos preocupa vuestro gusto por esos paseos diarios. —Leonor la miró desafiante. Doña Blanca pareció encogerse un poco, pero prosiguió—: Vuestro padre nos ha hecho un gran honor al comprometeros con nuestro amado hijo. —Leonor pensó lo mucho que se parecía el hijo al padre; no solo físicamente sino también en carácter. Lo había conocido en la corte donde se formaba junto a otros nobles en el arte de la guerra—. Por ello, le estaremos eternamente agradecidos… Sin embargo, flaco favor le haríamos a

nuestro señor y por ende a vuestro futuro marido si no nos preocupásemos de vuestra seguridad.

—Señora, no os entiendo —La muchacha sabía que lo que en definitiva quería transmitirle era la prohibición de salir de la villa. Ella era un objeto demasiado valioso y se les hacía necesario resguardarlo entre cuatro paredes, encerrada como una mercancía en un cofre. Sintió crecer la ira en su interior y rogó que su contestación no fuera excesivamente ruda—. Sed tan amable de ir al grano.

—A nuestros oídos han llegado horribles noticias —prosiguió sin inmutarse ante la cortante respuesta de la joven—. Al parecer, hordas de vándalos del norte están atacando poblaciones costeras. —Leonor llevaba algún tiempo oyendo estas historias que se le antojaban leyendas—. Roban, violan y matan sin piedad a aquellas pobres criaturas que tienen la desdicha de cruzarse en su camino. Por nuestra parte, nada tememos, pues es bien conocido que nuestras murallas son prácticamente inexpugnables, pero… —Agarró con las dos manos el crucifijo de oro que llevaba sobre el pecho, a la vez que abría desmesuradamente los ojos—. ¡Imaginaos que os encontráis con ellos fuera de la villa!

Don Pedro se atragantó y tosió estrepitosamente. Sin duda las últimas palabras de su mujer lo habían impresionado.

—Se necesita una gran imaginación para ello —replicó Leonor sin inmutarse. Blanca no la iba a asustar con cuentos de viejas—. Tal y como decís, la seguridad en vuestros dominios es sobresaliente. Algo que mi padre tuvo en cuenta, sin duda —recalcó—. ¿No creéis que si un barco desconocido se acercara hasta la costa vuestros vigías lo detectarían rápidamente?

Se hizo un breve, aunque incómodo silencio, roto solo por el crujir de la silla en la que el señor de Tuy se revolvía incómodo.

—Así es… —respondió la dueña —Sin embargo, toda protección es poca para alguien de vuestra alcurnia —sonrió desganada—, y como ya sabía que os opondríais a privaros de vuestros paseos he

pensado… hemos pensado… —miró de soslayo a su esposo— que, al menos, lo hagáis con escolta.

—Os aseguro, señora, que es de todo punto innecesario.

—Mi querida hija —pese al tono airado en la respuesta de la joven, Blanca revistió su voz de falsa cordialidad—, estoy segura de que vuestro padre aprobará nuestra decisión, y vos misma lo haréis también en cuanto lo penséis un poco.

Leonor estaba a punto de estallar en cólera. No solo ignoraba su negativa a llevar guardias, sino que además amenazaba con dirigirse al rey para conseguir su propósito. Su padre aprobaría inmediatamente la resolución tomada por Blanca de Tuy y a partir de entonces ella estaría a merced de sus decisiones.

¿Qué clase de vida le esperaba cuando matrimoniase? Quedaría a merced de su esposo y, sobre todo, de su madre.

Intentando no mostrar todo el enojo que sentía, murmuró una disculpa entre dientes y se retiró a su cuarto.

—¡¿Puedes creerlo Elvira?! ¡¿Puedes creerlo?! —Leonor repetía indignada—. Pretende decirme dónde debo ir y con quién.

—Es lo que se supone que hacen las madres políticas, Leonor. Hasta ahora no tuviste más autoridad que la de tu padre y la mayoría de las veces aprovechabas que no estaba para hacer tu santa voluntad, pero esos eran otros tiempos.

—Pero… ¡quiere que salga con escolta!

—Lo que me parece una excelente idea.

Leonor, que paseaba furiosa por el aposento, se detuvo al oír a Elvira y la miró como si no la reconociera.

—No me mires así. —Rio Elvira—. Doña Blanca no te ha prohibido tajantemente salir. Ha hecho lo más sensato para que vayas protegida.

—Nunca necesité acompañamiento en Burgos.

—No estás en Burgos, querida. Allí estabas en tus dominios y todo el mundo te conocía. Esto es diferente. Hace unos años, la aldea fue arrasada por los musulmanes y aunque ya cuida vuestro tío García de que no vuelva a suceder, no está de más tomar precauciones. Además, está la posibilidad de algún ataque de salvajes…

—Tuy está bien defendida —explicó Leonor—. El rey ha dejado parte de sus mesnadas aquí. Nadie en su sano juicio se atrevería a atacar. —Leonor suspiró—. Tú sabes lo mucho que ha cambiado mi vida. Echo tanto de menos a padre… Si al menos tuviera la esperanza de verlo pronto…

La joven se detuvo, cansada, junto a la ventana. Elvira, con ternura, iba desvistiéndola.

—Descansa, mi niña —dijo cuando terminó de ayudarla con el camisón—. Mañana será otro día y verás las cosas con más optimismo.

La anciana ama la condujo hasta la cama, la obligó con dulzura a meterse entre las sábanas y la arropó. Se marchó llevándose el candil y el cuarto quedó únicamente iluminado por la tibia claridad de la luna.

Leonor estaba muy cansada, pero no conseguía dormir. Recreaba una y otra vez la conversación con Blanca buscando algún resquicio que le permitiera imponer su voluntad. Al final, acabó recordando lo fácil que le era convencer a su padre de las pequeñas cosas diarias y lo mucho que lo extrañaba.

Ella sabía los motivos que impulsaron a su padre a alejarla del reino de Castilla.

Pese a que, por ser el primer vástago varón, a Sancho le correspondían los reinos de Galicia, Castilla y León, su padre, el rey Fernando I, repartió sus tierras entre sus hijos al morir, dividiendo así su patrimonio.

A Sancho le correspondió el reino de Castilla y los derechos sobre el reino taifa de Zaragoza. El segundo hijo, el ambicioso Alfonso, heredó León y la taifa de Toledo.

García, el más querido de sus tíos y el único que no la había tratado como una molestia, recibió el Reino de Galicia y las taifas de Sevilla y Badajoz. Las hijas de Fernando, la primogénita Urraca y la menor Elvira Geloira hicieron buenas bodas y fueron compensadas con magníficas dotes, así como las ciudades de Zamora y Toro.

Sin embargo, ninguno de los hermanos estaba satisfecho con la dote que les correspondía, en especial Alfonso, que a buen seguro ya pergeñaba algún plan para ampliar sus territorios a costa de sus propios hermanos.

A pesar de que Sancho había sido el más perjudicado, comprendía, hasta cierto punto, la decisión de su padre, y sabía que había sido el amor por ellos lo que le había llevado a la decisión de repartir el reino de manera más equitativa.

Él sentía el mismo amor por su hija, lo que lo hizo tomar la dura decisión de desposarla lejos de las intrigas y traiciones que rodeaban la corona. Ella lamentaba dicha decisión, pues era su bien más preciado desde la muerte de su madre ocurrida al poco de dar a luz.

Leonor se parecía mucho a su madre. Era inteligente, vivaz y de gran belleza. A veces, al mirarla, creía volver a ver a Teresa.

Alejarla de él, aunque era la decisión correcta, estaba costándole mucho más de lo esperado. Este creciente desánimo estaba siendo aprovechado por su hermano Alfonso, que asaltaba y sometía con total impunidad pueblos fronterizos entre León y Castilla, con la excusa de unos supuestos límites poco definidos entre los dos reinos.

Hasta ese momento, Sancho había sido benevolente y magnánimo con Alfonso en consideración a su madre, la reina viuda Sancha de León. Sin embargo, su fallecimiento ocurrido pocos meses antes, hizo que la cordialidad entre hermanos comenzara a

resquebrajarse, por lo que el castellano temía que, tarde o temprano, sus diferencias los empujaran definitivamente a la batalla.

CAPÍTULO 3

Leonor daba vueltas en la cama sin poder dormir. Añoraba las tierras de Castilla que la vieron nacer, y a su padre, que la había arropado desde niña de una manera poco habitual. No solo le había dado una educación excelente y muy por encima de la acostumbrada para una mujer de la nobleza, además había estado junto a ella desde pequeña, dejando de lado incluso asuntos de estado.

Para Leonor eso había sido una prueba del cariño que le profesaba, pero, conforme crecía, comprendió que esa excesiva sensibilidad y buen corazón de su padre, era una debilidad de la que sus enemigos se aprovechaban.

Agotada de dar vueltas en la cama se levantó, y se dirigió al banco de piedra bajo la ventana. Se pasó por encima del hombro la larga trenza de pelo azabache y se sentó sobre el frío pretil.

Contempló el nuevo paisaje que habría de serle familiar a partir de entonces y reconoció que era mucho más agradable de lo que en un principio había pensado.

La fría luz de la luna iluminaba la plaza central donde se situaba el palacio de los señores de la villa. Al amanecer, la soledad del lugar se tornaría bullicio y algarabía con el asentamiento por doquier de puestos y gentes que mercadeaban con un sinfín de géneros. Frutas, verduras, carne, pescado, telas, abalorios, muebles, herramientas y armas, tales eran las cosas que se podían adquirir y vender en el mercado.

Leonor disfrutaba paseando entre el bullicio, valorando una pieza de tela o eligiendo unos escarpines del mejor cuero, aspirando el aroma de la fruta o huyendo de la sofocante pestilencia del pescado.

Por las tardes, en cambio, prefería el silencio y el recogimiento ante el altar del Monasterio de San Bartolomé o los paseos

tranquilos por la peña.

En ninguno de sus planes entraba ser vigilada por una escolta. Tampoco quería casarse con ningún hombre al que no amase y, sin embargo, el día que tanto temía estaba cada vez más cerca.

Recordaba cómo reprochó a su padre que la casara con alguien que apenas conocía, y que no mediara entre ellos más que el interés. Su padre le respondió, con amargura, que amar traía consigo las penas más terribles.

Justificó su decisión diciéndole que con ello no hacía más que librarla de los sufrimientos del amor. A cambio, le proporcionaba una vida apacible y cómoda junto a un hombre sano y honrado, al que llegaría a querer y respetar.

Para Leonor, eso no era suficiente. Sabía lo mucho que sus padres sufrieron a causa de su amor prohibido, pero ella lo prefería mil veces antes que vivir sin saber qué era amar o ser amada.

Cansada, cerró los ojos, reposó la cabeza sobre la pared de piedra y recordó lo que más le gustaba que le contara su padre: su encuentro con Teresa, su madre.

Sancho II de Castilla conoció a la madre de Leonor durante su paso por el pueblo de Belbimbre, camino de la ciudad de Burgos. El padre de Teresa era el corregidor del pueblo y albergó al rey y a sus acompañantes en su humilde residencia.

Durante la cena, Sancho tuvo la oportunidad de relacionarse con los vástagos del alcaide: Diego, el mayor, y Teresa, una bella jovencita de una inteligencia y cultura admirables.

Teresa, a diferencia de su hermano Diego, había aprovechado y disfrutado de las lecciones recibidas por parte del capellán del Monasterio de San Millán, hermano de su padre y que había intentado inculcar en el chico algo de latín, matemáticas o astronomía.

Aquello fue tarea imposible. Diego se mostraba más empeñado en cabalgar y aprender el manejo de las armas que en el estudio de los clásicos. Así pues, Teresa, que al principio había asistido como mera acompañante de su hermano, quedó como estudiante única y favorita de su tío.

La hija del corregidor era una joven despierta y curiosa, de agradable y entretenida conversación. Y así lo demostró durante la estancia de Sancho en su casa.

Este se mostró impresionado ante las maneras de la muchacha, algo inusual entre las mujeres de la época.

Lo que en principio iba a ser una estancia de una noche se alargó casi dos semanas. El joven Sancho no dejaba de admirarse ante tan singular doncella y cuando razones de estado hicieron imposible su permanencia junto a ella por más tiempo, desesperó, y tuvo que reconocer que se había enamorado.

Sancho prometió al corregidor nombrar a su hijo alférez del reino tras su entrenamiento, y le pidió que permitiera a su hija seguirles para que, como dama de compañía, sirviera de distracción y acompañamiento a la anciana reina viuda.

Teresa recibió esta propuesta encantada, ya que le permitía acceder a nuevas experiencias y podría estar cerca del joven rey por el que sentía una pasión desconocida a cualquier otra que hubiera experimentado hasta el momento. Era como si el minuto en que no lo viera, no valiese la pena o no lo hubiera vivido.

Diego, por su parte, saltaba de gozo ante la posibilidad de cabalgar junto a su señor y servirle en la batalla.

El padre de Teresa, en cambio, veía el fuerte vínculo que se establecía entre el rey y su hija y, aunque no podía negarse a los requerimientos del monarca, sabía que a la larga esto le costaría muchos sufrimientos a su dulce niña, porque jamás un rey se había casado con una plebeya. Teresa estaría condenada a ser su amante hasta que él se aburriera y, después, quizás con suerte, sería casada con alguien que le conviniera.

No obstante, sin posibilidad alguna de negarse puesto que habría supuesto un oprobio, el corregidor accedió a la petición del rey. Diego y Teresa se marcharon por la mañana acompañando al séquito del soberano.

La muchacha se sentía triste por separarse por vez primera de sus padres, pero estaba expectante y emocionada ante la perspectiva de vivir en la corte y conocer a la reina.

Durante los meses que siguieron a continuación, los jóvenes apenas se separaron.

Sancho despachaba sus tareas por la mañana temprano siempre que le era posible y corría a escuchar a Teresa, que solía leer con voz melodiosa a la soberana o recitar alguno de los muchos poemas que sabía de memoria. Cuando la anciana reina y sus damas consideraban que ya era merecedora de un descanso, se encontraba disimuladamente con Sancho en uno de los jardines de palacio.

La joven le relataba al monarca lo que había estado haciendo o leyendo, y él solía ponerla al tanto de asuntos de estado y le pedía su opinión. Ambos compartían su preocupación por la pobreza y desamparo del pueblo llano. Sancho le contaba lo mucho que deseaba un reino unido, en el que la paz y la prosperidad llegasen a todos.

Además de sus tareas y preocupaciones cotidianas como futuro sucesor, otro asunto lo desvelaba, y era la imposibilidad de casarse con su amada.

Teresa era conocedora, también, de que nunca podría contraer matrimonio con Sancho, por mucho que aquello la hiciera sufrir. Las bodas de los reyes eran asunto de estado, ya que podían mejorar o lastrar el destino de un país. No existía el amor entre los contrayentes. En la mayoría de los casos, ni se conocían.

Aunque le doliera que Sancho compartiera su intimidad con otra mujer, la joven reconoció que no quería ni podía alejarse de él. Ella no le daría herederos al trono, pero le daría hijos que serían fruto de su verdadero amor.

Se convirtieron en amantes al mismo tiempo que sus consejeros buscaban una candidata idónea para convertirse en futura reina.

Barajaron varios nombres entre las princesas de tierras vecinas.

Al final, encontraron la candidata adecuada en una noble allende los mares, nacida en una región de bárbaros y salvajes.

Su nombre era Alberta y provenía de la isla de Anglia.

CAPÍTULO 4

Mientras en Tuy, Leonor rememoraba la historia de amor que unió a sus padres, en Burgos, la reina Alberta de Castilla se dejaba desvestir y peinar por dos de sus más fieles damas. En algunas ocasiones, ellas la habían visto intentando reprimir lágrimas que consideraba impropias en una reina, y que había intentado disimular.

Con el tiempo se había acostumbrado a los olvidos y desplantes de Sancho y, resignada, se dejaba deshacer el elaborado peinado que tanto tiempo le había llevado componer.

Por la mañana había asistido a misa con su esposo y le había sugerido dar un paseo juntos y cenar en la intimidad y él, distraído, había accedido. Lo esperó como tantas veces hiciera. Fue en vano.

Conocía las preocupaciones de su esposo, propias de su cargo, pero sabía que no era eso lo que lo apesadumbraba últimamente. Se trataba de la bastarda.

Primero fue la presencia de su madre lo que causó su infelicidad. Una vez que esta murió, su memoria quedó planeando sobre ellos en la figura de su hija.

Parecía como si el rey se hubiera resignado a una única descendiente, que ni siquiera lo heredaría. Por su parte habían sido muchos años intentando concebir un heredero sin resultado, pero quizás fuera posible todavía, y ella no renunciaba a ser la madre del sucesor.

Mientras una de sus damas la peinaba, Alberta recordaba cómo llegó nerviosa e ilusionada a tierras de Castilla hacía muchos años.

Provenía de una noble familia de la Tierra de Alba, ubicada al noreste de la isla de Anglia, muy influyente en la corte y con gran poder en la costa oriental de la isla.

La habían comprometido tras prolongadas negociaciones entre ambos países, en las que la principal cuestión fue la respectiva protección de ambos ante enemigos vecinos o lejanos. Una vez discutidos y aprobados los términos económicos y políticos de su unión, la informaron de su partida hacia tierras castellanas para contraer matrimonio con un joven y desconocido rey.

Tras meses de navegación y viaje por tierra llegó una tarde de inicios de mayo a Burgos.

Él la esperaba montado a caballo a las puertas de la ciudad; un joven alto y fornido, de cabello y ojos oscuros. Y aunque venía resignada a un matrimonio de estado, en el que no habría afecto entre los esposos, no pudo evitar enamorarse de él en cuanto lo vio.

No la había recibido al desembarcar, pero había mandado una delegación adecuada a su rango para acompañarla. Situados frente a frente, los delegados de cada tierra hicieron las presentaciones y se acordó que la boda se celebraría el veintiséis del siguiente mes.

Alberta, tímida y ruborizada, mantuvo la mirada baja la mayoría del tiempo. El joven y apuesto rey la recibió con estricta cortesía, apenas una discreta sonrisa de ánimo, pero fue suficiente para ella.

Venía predispuesta a convertirse en reina, que era mucho más de lo que hubiera soñado nunca, pero en ese preciso instante, descubrió que, además, quería sentirse amada por aquel hombre.

Los días previos a la boda casi no lo vio y pensó que se debía a las muchas ocupaciones de un soberano. Sin embargo, después de la boda la situación apenas cambió. Sancho cumplía con sus obligaciones maritales en busca del heredero, pero no compartían otros compromisos.

En un intento por conquistar a su esposo, por sentirse apreciada y deseada más allá de un tibio encuentro puntual, se mostró más complaciente y atenta de lo que solía, puso especial interés en aprender los hábitos y costumbres de la corte e incluso renovó sus vestidos adaptándolos al estilo castellano y recogió sus rojos cabellos a la usanza de las nobles de Castilla.

No obstante, a pesar de su empeño por buscar un gesto de interés hacia su persona o una palabra de agrado que la alentara, la disposición de Sancho no cambió. Creyó, entonces, que el problema estaba en su escaso dominio del lenguaje.

No le hizo falta mejorar mucho más para darse cuenta de que el inconveniente no era el idioma. Sancho estaba enamorado de otra mujer.

Poco a poco fue enterándose de los pormenores de aquella relación. Las más chismosas de sus damas castellanas le contaron los detalles. De esta suerte, Alberta supo que su enemiga tenía el nombre de Teresa y vivía en un palacete, en uno de los barrios más prósperos de la ciudad.

Montó en cólera y aquella misma noche exigió a Sancho que abandonara de inmediato a su amante. Sancho la escuchó con tristeza y convino que haría cualquier cosa que le pidiera, pero que le era imposible abandonar a una mujer de la que se había enamorado antes de que ella apareciera en su vida.

Antes de salir de la alcoba, le aseguró que seguía viéndola como a la reina y futura madre de su sucesor.

Estas palabras no le sirvieron de consuelo. Tras la conversación, Alberta se sintió herida y humillada. Sus exigencias habían sido en vano. Tendría que compartir a su esposo con una mísera plebeya. La maldijo, una y otra vez, durante la larga noche que pasó en vela.

Por la mañana había tomado la decisión de hacer de tripas, corazón y seguir facilitando a Sancho las visitas a su lecho. Le daría un heredero y así conseguiría que la olvidara.

Además, decidió ganarse la confianza, a cambio de unas monedas, de alguien de la casa de Teresa que la informara y pudiera llegar hasta la concubina. Si Sancho se empeñaba en no poner fin a aquella relación, sería necesario tomar medidas drásticas. Nadie se interpondría entre ella y el rey.

La nueva del embarazo de Teresa les llenó de felicidad. Sancho se regocijó especialmente ante la llegada de su primer hijo, que demostraba que podía tener descendencia e interiormente deseó que Alberta le diera pronto la misma noticia que lo exonerara de la obligación de seguir buscando un heredero.

Mientras los enamorados disfrutaban de su nuevo estado, Alberta temblaba de ira y odio al ser informada. Ella, la reina, la que debía proveer al reino con un hijo engendrado por el rey, no lo había conseguido y, sin embargo, aquella odiada mujer, la preferida de su esposo, había triunfado donde ella había fracasado estrepitosamente.

Sus últimos escrúpulos desaparecieron en esos momentos.

Llamó a Muniadona, una vieja alcahueta muy conocida entre las nobles burgalesas por sus trabajos como curandera, sus bebedizos para hacer enamorados y su capacidad para remendar virgos.

Cualquier cosa que una dama necesitara, Munia, como era conocida, la podía conseguir a cambio de una buena bolsa de dinero.

Y así comenzó su relación con una bruja que la haría descender al más proceloso de los infiernos.

La esperó como otras veces en su alcoba.

Su dama de confianza la traería por los corredores menos frecuentados de palacio, convenientemente tapada por una capa oscura, para que no fuera reconocida.

Alberta escuchó tres golpes secos en la puerta y, a continuación, vio cómo una sombra oscura entraba en su cuarto.

Aquella mujer le daba escalofríos, pero era un mal necesario si quería saber de su enemiga. Munia tenía tratos con casi todas las

sirvientas de las casas pudientes por causa de sus señoras o de ellas mismas, y estaba informada de lo que ocurría en sus viviendas y alcobas.

Ella misma mantenía al tanto a la reina sobre el embarazo de Teresa.

—He estado pensando sobre lo que me sugeriste. —La reina se dirigió a Munia mirándola a los ojos. Era, en verdad, una vieja repulsiva. A su aspecto arrugado, con una giba más que evidente y unos dientes podridos que despedían un aliento fétido, se unía una merecida fama de asesina—. Considero necesario por el bien de Castilla que el rey deje de recibir influencia alguna de esa… esa mantenida.

Munia levantó la comisura de los labios en una mueca que pretendía ser una sonrisa.

«Así pues —pensó—, la reina quiere eliminar a la amante del rey y aplaca su conciencia diciéndose que es por el bien del reino».

—¿Y cómo pretendéis que eso ocurra? ¿Algún ladrón nocturno? Eso sería difícil, es una de las casas más protegidas de la ciudad... Quizás una caída por las escaleras… aunque no nos garantiza un resultado definitivo… Tal vez alguna ponzoña…

—Es imprescindible —la cortó Alberta, que no quería escuchar sus métodos—, que tanto ella como su bastardo desaparezcan.

—Os ha tomado tiempo decidiros y su preñez está bastante avanzada —precisó la bruja—, por lo que siempre está acompañada. No será fácil. Habrá que proporcionarle un fuerte brebaje…

—El método lo dejo a vuestra elección, pero cuidaros mucho de que sea irreversible y no deje rastro. Por vuestros honorarios no os preocupéis, si me placéis, seréis abundantemente recompensada.

Arrojó a los pies de la bruja un saquito lleno de monedas que la vieja recogió encorvándose aún más. Se despidió con una mirada malévola que asqueó a la reina.

Alberta sabía que había dado un paso más hacia el infierno, pero no se arrepintió, su corazón se mecía complacido ante la

venganza.

CAPÍTULO 5

Diecinueve años después, ajena a la conspiración que mató a su madre y que estuvo a punto de acabar con su vida, Leonor despertaba de un sueño intranquilo, plagado de pesadillas. Había dormido poco. El recuerdo de su pasado feliz junto a su padre en su tierra hacía que desesperara al no poder tomar las riendas de su vida ahora.

Elvira la regañaba muchas veces diciéndole que era una malcriada, y que debía adaptarse a lo que se esperaba de ella: ser una esposa obediente, que complaciera a su marido y le diera muchos hijos varones, para que heredaran y defendieran sus posesiones y las de su rey.

Leonor se sentía incomprendida por todos, incluso por su padre. Él había amado tanto a su madre que incluso cuando su presencia terrenal desapareció, la siguió adorando, amando su recuerdo. ¿Por qué quería privarla de un sentimiento tan hermoso?

Se levantó, se vistió y bajó a desayunar, esperando no encontrarse con los dueños de la casa. Pensaba tomar un desayuno rápido y buscar a su yegua favorita, que había traído desde Burgos, para dar un paseo.

Apenas se había servido un poco de uvas y queso, cuando advirtió que doña Blanca entraba en el salón acompañada de una joven mora que caminaba tras ella.

—Buenos días —saludó la dueña—, espero que hayáis descansado a placer. No es mi intención interrumpir vuestro desayuno, tan solo quería presentaros a Maryam. —Se giró y miró con cierto desprecio a la joven que tras ella inclinó la cabeza con modestia—. Ha sido esclava nuestra por un tiempo y ha demostrado ser fiel y sensata, así que hemos pensado que sería una excelente sierva para vos.

—No es necesario —contestó con firmeza Leonor, que temía que más que una sirvienta, Blanca le encomendaba una espía—. Elvira me sirve a la perfección, me ha acompañado desde que nací y no voy a sustituirla.

—De ningún modo es mi intención privaros de vuestra *vieja* —recalcó— aya. No obstante, convendréis conmigo en que ya es mayor y no es tan ágil como vos. Si tuvierais a bien tomar a Maryam como compañera de paseo, Elvira podría estar más descansada.

No había duda sobre las intenciones de la dueña. Elvira siempre la había protegido y dejado hacer, incluso cuando no estaba de acuerdo. Esta nueva compañía mantendría al corriente de sus andanzas a su futura suegra.

—La aceptaré siempre y cuando no haya de llevar escolta.

Blanca se mostró contrariada, no se molestó en fingir, sin embargo, pareció aceptar su condición.

Leonor pensó que había sido más fácil convencerla de lo previsto. Se preguntó si también sería igual de fácil despistar a Maryam.

Sorprendentemente para Leonor, la esclava sabía montar. Empezaba a comprender por qué doña Blanca la había elegido.

Atravesaron el pueblo, que hervía con el bullicio propio de la mañana, y salieron por la puerta del norte en dirección a la montaña.

Leonor azuzaba su caballo forzándolo a mantener un ritmo ligero, pero la esclava no se quedaba atrás. Conforme subían el monte, disminuyó la velocidad y permitió que Maryam la alcanzara. La descubrió mirando de vez en cuando hacia atrás. Cuando llegaron a la cima bajaron de los caballos y los ataron a unos matorrales.

Leonor pudo distinguir, entonces, no muy lejos, a varios soldados del rey.

El paseo de aquella mañana fue breve y le supo amargo. El consentimiento para salir sin escolta de Blanca había sido un engaño. No los llevaría encima, pero la seguirían como una sombra.

Regresaron a palacio sin intercambiar palabra alguna. Durante la tarde jugó al ajedrez con Elvira y cosió con Maryam, quien se mostró en extremo amable y atenta con ella, aunque Leonor apenas le dirigió la palabra.

A la mañana siguiente, Leonor fingió encontrarse mal y mandó a Maryam a las cocinas a que le hiciera un preparado de avena para combatir sus dolores menstruales. Pese a las protestas de Elvira, aprovechó ese momento y se escabulló del palacete sin acompañamiento. Regresó a la hora de la comida para no inquietar a los señores, sin embargo, encontró a doña Blanca visiblemente tensa e incómoda.

Cuando subió a su alcoba, Elvira la esperaba para contarle lo ocurrido mientras estuvo fuera. La dueña había descubierto que ella había salido sin Maryam y había mandado azotar a la esclava por su negligencia. Esta, nada había dicho en su defensa, no había contado que Leonor le había mentido sobre su malestar para desembarazarse de ella.

Leonor, arrepentida, buscó a la joven y la encontró tumbada boca abajo, sobre un camastro, en las dependencias de los criados. Una sirvienta le aplicaba un ungüento en la espalda en la que se apreciaban varias desgarraduras sanguinolentas. Lo peor era que parecían haber abierto antiguas cicatrices.

La joven se sentó junto a ella y musitó unas palabras de disculpa y consuelo. Le apretó la mano para darle ánimos y sintió cómo lágrimas ardientes resbalaban por sus mejillas, lágrimas de tristeza y de enojo. Maryam la miró y sonrió.

Con los días la esclava fue mejorando y, aunque Leonor reprochó duramente a su futura suegra el castigo infringido a la joven, supo que, al final, había conseguido su propósito y que ya no se separaría de ella.

Mientras Maryam estuvo convaleciente, Leonor permaneció a su lado y la ayudó con las curas. La propia Maryam se encargaba de triturar en un mortero plantas que ella misma recogía y que mezclaba unas veces con miel y otras con aceite de oliva y que

luego le aplicaban. Las heridas iban sanando bien y Leonor, asombrada ante los conocimientos de su acompañante, le preguntaba interesada por las hierbas y los ungüentos y aprendía con sus enseñanzas.

Supo también de la vida de su compañera, que fue esclavizada siendo una niña y que, pese al castigo sufrido, decía sentirse cómoda viviendo en aquel lugar. La joven castellana se preguntó cuántas vicisitudes habría vivido la muchacha, apenas unos años mayor que ella.

Cuando semanas después las heridas sanaron y pudo volver a su vida normal, Leonor reconoció que, Maryam, se había convertido en algo más que una sierva para ella.

CAPÍTULO 6

Llegó el otoño y los días se hacían cada vez más cortos. Había estado lloviendo casi toda la semana y Leonor había permanecido la mayoría del tiempo en su alcoba. Le costaba encontrar algo divertido que hacer entre los muros de palacio, ya que bordar y hablar con doña Blanca le parecían, más bien, una tortura.

Para colmo, esta y su marido le habían anunciado la próxima llegada de su hijo y la celebración de la boda, a continuación, antes de los festejos de Navidad.

Elvira y Maryam, cada una a su modo, intentaban consolarla y hacerle ver que la vida de casada tendría también sus ventajas. Leonor, en cambio, no veía el beneficio de casarse con alguien a quien no amaba. Su padre era la prueba de ello. No era feliz junto a la reina. Nunca lo fue.

Aquella mañana tímidos rayos de sol se atrevieron a asomar entre las nubes anunciando una mejoría de temperatura, por lo que Elvira, intentando animar a su señora, propuso disfrutar de un almuerzo al aire libre.

Aquello agradó sobremanera a Leonor, quien dispuso pronta los preparativos y al poco, acompañada de Elvira y Maryam, salió de la aldea en dirección a la ribera norte del río, para buscar un lugar agradable cerca de la orilla donde tomar un bocado y refrescarse un poco. A cierta distancia las seguían una escolta de cuatro soldados.

Tomaron un sendero estrecho y poco transitado desde el que se podía contemplar el río a un lado y un frondoso bosque de coníferas al otro. La sombra del monte Aloia las acompañaba, así como su imponente presencia a lo lejos.

De repente, un grupo de hombres vestidos de extraña manera salió del bosque y les cortó el paso.

Extrañadas, se detuvieron y en vista de que no tenían intenciones de apartarse, Leonor les pidió autoritaria que lo hicieran. La orden tuvo el efecto contrario. Sin pudor alguno, se abalanzaron sobre ellas y las sujetaron por los brazos de mala manera.

Los soldados que las iban siguiendo les dieron alcance justo en ese momento y sacaron sus espadas para defenderlas. Mientras los soldados y algunos de los extraños guerreros se enzarzaban en una lucha, las mujeres fueron conducidas hacia el interior del bosque. Antes de que los árboles ocultaran el asalto tuvieron la triste oportunidad de ver cómo los soldados del rey caían uno tras otro. La superioridad aguerrida de los asaltantes era aplastante.

Imploraron ayuda a voces, aunque sabían que nadie las oiría y, si alguien lo hacía y tenía un mínimo de sentido común correría hacia la villa en busca de auxilio. Y para entonces, quizás fuera muy tarde.

Recorrido un trecho, los salvajes se detuvieron, y esperaron al resto del grupo. Cuando estos llegaron, su ropa, manos y rostros se encontraban manchados de sangre que no parecía pertenecerles pues ninguno aparentaba haber sufrido daño alguno.

Leonor no entendía nada, miraba atónita a los extranjeros de salvaje apariencia que hablaban en un idioma desconocido. Apenas podía creer lo que estaba sucediendo.

Cuando todos los bárbaros estuvieron reunidos, llevaron a Elvira junto al árbol más cercano y la ataron allí. La joven no pudo soportar la visión de su querida aya siendo maniatada. Empujó a uno de los hombres para zafarse y ayudar a la anciana, pero este la zarandeó con violencia, tirándola al suelo. Maryam acudió en su ayuda, sin embargo, antes de que pudiera siquiera acercarse, uno de los hombres la levantó y la cargó sobre su hombro. Fue inútil que la joven gritara o pataleara. Leonor fue empujada a seguirlos y pronto todos abandonaron el bosque dejando a Elvira atada al árbol. Entre las cuerdas que la ligaban dejaron un mensaje lacrado.

Después de raptarlas las condujeron hasta un bote escondido entre los matorrales de la orilla, las obligaron a subir en él y las ocultaron tapándolas con harapos.

Esperaron hasta el anochecer para franquear el puerto, y remaron río abajo hacia mar abierto. Estuvieron bogando toda la noche hasta que, al amanecer, las hicieron subir a un barco.

El sol les hirió los ojos y, entumecidas y asustadas, treparon a trompicones por la escalerilla de cuerda que las condujo a bordo. Habían sufrido mucho aquella noche, pero tener que entrar en aquel navío fue la confirmación de que sus peores pesadillas estaban a punto de cumplirse.

Una vez subieron todos a cubierta, comenzaron los preparativos para partir con la mayor celeridad. El que parecía jefe de los bárbaros las llevó a uno de los compartimentos de popa. Las encerró allí y, poco después, apareció de nuevo llevando comida y agua. No se molestó en dirigirles la palabra, ni en darles explicación alguna. Ante el requerimiento de Leonor, se limitó a mirarla para, a continuación, ignorarla.

Una vez se marchó, dejándolas a solas, las mujeres pudieron conversar por primera vez desde su rapto. Durante todo el día anterior no les habían permitido apenas hablar ni moverse. Se sentían doloridas y hambrientas, pero sobre todo muy angustiadas.

—Señora, ¿qué va a ser de nosotras ahora? —preguntó Maryam con un hilo de voz.

—Maryam, tened fe —Leonor intentó infundirle ánimos —. Mi padre no descansará hasta liberarnos. Seguramente pedirán un rescate. Eso debe de ser el mensaje que le dejaron a la pobre Elvira.

Al recordar a su querida Elvira, Leonor luchó por contener las lágrimas que pugnaban por salir desde el día anterior. Sentía un nudo en la garganta que le impedía hablar.

Quería consolar a su sirvienta, pero apenas podía creerse sus propias palabras, por más que lo intentara. ¿Qué ocurriría si su padre no la rescataba pronto? Le horrorizaba pensar en el destino de las mujeres secuestradas por los bárbaros. Prefería morir a ser deshonrada por un salvaje.

Aunque Maryam la animó a que comiera algo, Leonor fue incapaz de ingerir alimento alguno. Pronto el sueño y el cansancio las vencieron y se quedaron dormidas sobre un jergón que, junto a una mesa, constituían el único mobiliario del minúsculo camarote.

Era de noche cuando despertaron. La luna se asomaba apenas por un pequeño ojo de buey situado encima de la mesa. Frente a este, Leonor y Maryam, sentadas sobre el incómodo camastro y ateridas de frío, intentaban adaptar sus ojos a la oscuridad del habitáculo. Hablaron un buen rato, compartieron temores, tomadas de las manos como niñas asustadas.

Más tarde, oyeron descorrer el cerrojo de la puerta y asomó un jovenzuelo portando una vela y una escudilla que olía deliciosamente a carne asada.

Las miró con una mezcla de curiosidad y respeto y, sin decir una palabra, volvió a salir dejándolas de nuevo encerradas. Esta vez no tuvieron remilgos con la comida, comieron hasta dejar limpio el recipiente.

Durante la larga noche de vigilia, las jóvenes se preguntaron a dónde las llevarían e hicieron muchas conjeturas sobre su destino. Recordaban constantemente a Elvira. Se preguntaban si ya habría sido liberada. El bosque donde la abandonaron no era un lugar especialmente transitado, pero estaba cerca del camino y esperaban que la anciana pudiera aguantar hasta que pasara alguien.

CAPÍTULO 7

La reina Alberta se había mostrado nerviosa y más exigente de lo habitual desde que recibiera correo por la mañana. Su portador había sido Vellido Dolfos, hombre de confianza del rey Alfonso de León, su cuñado.

Por fortuna para ella, su esposo el rey Sancho, no se encontraba en la ciudad y no tendría que responder a incómodas preguntas acerca de la procedencia de la misiva.

Despidió a todas sus damas de la estancia, y se preparó para leer a solas la carta cuya respuesta esperaba, paciente, el hombre de Alfonso.

Tras releerla varias veces se decidió, por fin, a contestarla. Con varias líneas fue suficiente. Terminó escribiendo un efusivo agradecimiento y lacró la carta apretando su anillo contra la cera caliente.

Una gran sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro cuando entregó el mensaje al recadero.

Llevaban varios días navegando y Leonor se sentía desconcertada por su situación.

No tenían agua para lavarse ni podían mudarse de ropa y su única ventilación consistía en una sola escotilla en la pared. Sin embargo, puntualmente recibían tres comidas, así como suficiente agua para beber. Además, se ocupaban diariamente de vaciar la bacinilla donde hacían sus necesidades.

Esta situación distaba mucho de ser cómoda, pero reconocían que se las trataba mejor de lo que hubieran esperado como

prisioneras. Se las alimentaba y respetaba. Al menos, de momento. Por lo demás, nadie vino a explicarles nada.

Al único ser vivo que veían aparte de ellas mismas, era al jovencito de ojos y cabellos claros, que les traía la comida y que las miraba ávidamente. Sobre todo, a Maryam, fascinado, quizás, por su piel oscura.

Leonor quería una explicación sobre sus circunstancias, pero sus demandas no fueron entendidas, o ignoradas. Quiso convencerse de que posiblemente pedirían un rescate a su padre, en el mejor de los casos y, en el peor, que fueran vendidas como esclavas a algún bárbaro.

Conforme pasaban los días, la navegación se hizo más agitada. Una noche estalló una terrible tormenta. Los rayos hendían el firmamento y el sonido de los truenos era tal que pareciera que el cielo se desgarraba. El barco se zarandeaba como un juguete movido por las olas.

En el compartimento, las jóvenes oían a los marinos recoger las velas, gritar instrucciones y correr de babor a estribor para cumplirlas.

La madera crujía como si fuera a quebrarse en cualquier momento. El agua entraba a chorros por el ventanuco del cuarto. Leonor y Maryam se agarraban a la tabla de madera sobre la que estaba el jergón en el que dormían, en un intento por evitar golpearse contra las paredes.

La tempestad era tan terrible que pensaban que no sobrevivirían. Las horas pasaban con inmisericorde cadencia y la situación no mejoraba. La tormenta parecía prolongarse indefinidamente y sentían que todos se habían olvidado de ellas, encerradas en aquel cuartucho maloliente donde el agua les cubría ya los tobillos.

Leonor se encontraba muy mareada y Maryam no estaba mucho mejor. Al malestar físico que sentía, se le unió la sensación claustrofóbica de estar prisionera en un cubículo, donde estaba segura que morirían ahogadas y olvidadas.

Decidió que no quería acabar sus días atrapada como un animal enjaulado. Empujó y golpeó la puerta con decisión. Era consciente de que no podría salir del barco, pero, al menos, escaparía de aquellas cuatro paredes asfixiantes.

Fue inútil, la puerta no se abría. Fatigada, se dejó caer junto a ella. No tuvo noción del tiempo que pasó cuando escuchó pasos al otro lado y el ruido de la cerradura abriéndose.

Con una rapidez insospechada, Leonor empujó al jovencito que estaba tras la puerta, y gritó a Maryam que la siguiera. Salió a cubierta tambaleándose por el movimiento del barco. De improviso, una oleada de agua salada la golpeó y le hizo perder el equilibrio.

La fuerza de las olas que rompían en cubierta hacía que Leonor fuera incapaz de levantarse. Rodaba de un lado a otro, magullándose, agotando sus escasas energías.

Estaba exhausta, se sentía al límite de sus fuerzas. Era incapaz de agarrarse a nada que se mantuviera estable y tampoco conseguía ponerse en pie. La tormenta bamboleaba el barco como si fuera de papel y jugaba con todo lo que este contenía.

Si su destino era morir —se resignó—, al menos no lo haría encerrada como un animal. Respiraría aire fresco, contemplaría por última vez el cielo tachonado de las pocas estrellas que las oscuras nubes le permitiría ver y aspiraría algo parecido a la libertad por unos instantes.

Estaba a punto de darse por vencida, cuando notó un fuerte tirón desde atrás y sintió que unas manos poderosas la atrapaban y la arrastraban por la cubierta. Creyó que la devolverían al cuartucho en el que había permanecido hasta el momento, pero este estaba cerrado, y fue conducida de mala manera por el vándalo, quien la introdujo en un camarote contiguo.

El salvaje entró tras ella y cerró la puerta de un golpe.

Leonor sintió auténtico terror al verse encerrada a solas con aquel hombre. Era casi un gigante, tremendamente alto y corpulento. El cabello largo y mojado chorreaba y le tapaba a duras penas una horrible cicatriz que le desfiguraba media cara.

Comenzó a gritarle en un idioma áspero e incomprensible.

Leonor no podía apartar la mirada de sus ojos que se volvían más y más feroces al no encontrar respuesta por su parte. Él le estaba pidiendo alguna cosa, quizás reprendiéndola por escapar, pero no lo entendía y su furia iba en aumento.

Finalmente se acercó y, de un tirón, le arrancó el vestido dejándola tan solo con una fina enagua. Cohibida por la vergüenza, intentó taparse como pudo, lo que arrancó una carcajada del salvaje.

Leonor pensó que lo que tanto había temido desde su rapto iba a ocurrir. Sin embargo, no se lo pondría fácil. Prefería morir antes que ser obligada a yacer con un salvaje y pelearía hasta su último aliento.

Durante unos instantes que a Leonor le parecieron eternos, el hombre se limitó a contemplarla lascivamente y, tras un suspiro resignado, salió del cuarto dejándola encerrada.

CAPÍTULO 8

Dunbar, Tierra de Alba
Otoño de 1071

Leonor permaneció mucho tiempo en aquel cuchitril, helada y hambrienta, con el constante temor de que volviera su captor.

La pieza era una especie de almacén donde se apilaban cajas desportilladas, toneles que alguna vez portaron vino y baúles cerrados con llave. No había ningún sitio decente donde descansar y Leonor se recostó contra unas cajas en el suelo.

Pasado un tiempo, advirtió que ya no se sentía el golpeteo de las olas. La navegación era plácida. Había llegado ya la mañana y con ella la calma.

Poco después, oyó el ruido de la puerta al abrirse y aunque se sentía muy débil estuvo dispuesta a luchar con uñas y dientes por conservar su virtud.

La saludó el rostro amable del jovencito que acostumbraba a traerles los alimentos, y se sintió aliviada de no ver al horrible gigante. El mozo le hizo un gesto para que la siguiera y, puesto que de nada serviría negarse, fue tras él.

Anduvieron tan solo unos pasos, los suficientes hasta llegar de nuevo a su antiguo cuarto, cuya puerta permanecía entornada. Leonor comprendió que la devolvía a su antigua prisión y sintió un extraño alivio.

Dentro la esperaba Maryam con una tez más pálida de lo habitual. En cuanto la vio, se abalanzó hacía ella llorando y riendo, dando gracias y besándole las manos. Leonor trató de contener sus propias lágrimas de alivio al reunirse con su sirvienta y pensar en lo

afortunadas que eran de estar vivas, pese al futuro incierto que las aguardaba.

Navegaron todo el día por un mar en calma.

Al anochecer oyeron echar el ancla y, asomándose por el ventanuco de la estancia, divisaron tierras extrañas frente a ellas.

Leonor reconoció que esto supondría otro cambio en sus vidas. Quizá habían llegado ya a su destino. Un destino que se empeñaba en no dejarla elegir, en el que tendría que luchar por su libertad sin dejarse doblegar, a muerte si fuera preciso.

Intentó dormir, consciente de que tenía que reponer fuerzas para enfrentarse a lo que la providencia le deparara.

Estaba tan cansada que durmió profundamente, hasta que unos golpes tímidos en la puerta las despertaron bien entrada la mañana.

La puerta se abrió y el muchacho apareció arrastrando una tina que fue llenando poco a poco de agua dulce. Trajo, además, un ligero desayuno a base de frutas e hidromiel. Antes de marcharse intentó explicarles que debían bañarse, y le entregó a Leonor un hato con ropa y un trozo de jabón.

Las jóvenes se alegraron de poder asearse tras tantos días desastradas. Se enjabonaron a conciencia y aclararon en el agua fría, aunque no les importó. Se lavaron bien el pelo y se lo peinaron valiéndose de los dedos. La castellana se vistió con las ropas que le había facilitado el muchacho que, sin duda, habían pertenecido a alguna campesina y habían visto tiempos mejores, pero, al menos, estaban limpias y la cubrían mucho mejor que la simple enagua que llevaba.

La joven temió que este aseo sirviera para presentarlas decentemente a algún postor que pagaría por ellas.

Lo cierto fue que, a mediodía, volvieron a zarpar.

Llegaron a Dunbar por la tarde del siguiente día.

Las jóvenes notaron la agitación de la tripulación en cubierta. Oyeron gritos eufóricos, canciones que despertaban risas atronadoras y bulliciosas conversaciones. Los bárbaros se acercaban a su hogar y al fin de su viaje.

Mientras en cubierta todo era júbilo, abajo ellas vivían un infierno de temores y malos presagios. Permanecieron mucho tiempo juntas, sin hablar apenas, cogidas de las manos hasta que el gigante entró a buscarlas.

Las observó satisfecho, apreciando lo que veía y con un gesto les indicó que lo siguieran. Obedecieron y lo siguieron hasta el exterior, donde un sol deslumbrante las cegó momentáneamente. El hombre les señaló una escalera de cuerda que debían bajar para llegar a la chalupa que las llevaría a tierra.

Antes de descender, Leonor se detuvo unos instantes para contemplar, impresionada, la belleza del paisaje que se mostraba esplendoroso ante ella. El mar se detenía ante una minúscula playa flanqueada por grandes salientes y rocas. Más allá, la tierra iba elevándose cubierta por una vegetación de exultante verdor. A lo lejos, sobre el promontorio más alto, se alzaba un imponente castillo envuelto en brumas.

En la orilla, una pequeña tropa les esperaba con caballos preparados.

Cabalgaron, entonces, sin descanso hasta el castillo.

Muchos de los hombres de la tripulación que las habían acompañado desde el barco y que las habían mirado impúdicos fueron tomando otros caminos en busca de sus hogares.

Conforme se acercaban al castillo, Leonor observó con interés que se hallaba protegido por unas altas murallas de reciente construcción. Para llegar hasta ellas había que cruzar un puente levadizo. Todo el conjunto se había construido en la cima de una

montaña desde la que era fácil divisar a aquellos que se acercaban. Un denso bosque rodeaba la fortificación que estaba, a su vez, protegida por un foso. La cara norte era inexpugnable, ya que se hallaba construida sobre el acantilado que limitaba la costa.

La joven se preguntó qué habría impulsado a sus moradores a pertrecharse tan convenientemente.

Al llegar a la imponente fortaleza, exclamaciones de alegría y placer les dieron la bienvenida antes, incluso, de cruzar el puente levadizo.

Un numeroso grupo de mujeres gritaban alborozadas desde las almenas. En cuanto vislumbraban a las sorprendentes extranjeras, sus semblantes no ocultaban la sorpresa.

Leonor comprobó que las mujeres tenían la piel muy blanca y los cabellos claros; rubios o rojizos. Le recordaron a los de la reina Alberta, a la que había visto de lejos en contadas ocasiones.

Sus cabellos azabaches y la piel oscura de Maryam les parecerían insólitas, y se preguntó, con temor, si no acabarían como mercancía para algún coleccionista de mujeres exóticas.

Cruzaron el puente sobre el foso y callejearon hasta detenerse frente a una magnifica construcción de piedra, de torres elevadas, que pertenecía sin duda alguna al señor de aquellas tierras.

El grandullón la ayudó amablemente a bajarse del caballo. Le extrañó su cambio de actitud, cuando apenas dos días antes la había arrastrado como un saco y le había destrozado el vestido.

Escoltadas por un séquito que hacía imposible huida alguna, las llevaron hasta una sala de formidable tamaño. Al fondo, sobre un sillón de aspecto majestuoso, se sentaba un hombre en actitud interesada. El gigante dio varias zancadas y adelantándose se hincó de hinojos ante él para luego fundirse en un amistoso abrazo.

El resto de los hombres inclinaron sus cabezas en señal de respeto, mientras que el gigante y el señor del lugar hablaban muy interesados y las observaban de tanto en tanto. Aunque le llegaba

con nitidez el sonido de sus voces y sus risas, a Leonor le resultaba imposible entender la conversación.

Observó que Maryam miraba al suelo y parecía muy asustada.

—No te preocupes, Maryam. Mi padre pronto nos rescatará — se atrevió a animarla. Su voz, aunque susurrante llamó la atención de los dos guerreros e hizo que estos abandonasen su animado diálogo.

Dejando de lado su conversación con el gigante, al que llamaba Eric, el señor del castillo se acercó a donde las prisioneras aguardaban. Leonor notó como, conforme avanzaba, la mirada de él la recorría. Sintió temor y vergüenza, pero no estaba dispuesta a que la creyera débil y asustada, así que se encaró con su oponente mirándole directamente a los ojos.

Él la miró apreciativamente y una cálida sonrisa se dibujó en sus labios.

La muchacha intentaba no apartar la mirada, sin embargo, notó cómo le ardía el rostro. No podía negar que se sentía cohibida por aquel hombre. Se acercó aún más y ella pudo oler su aroma profundamente masculino, una mezcla de hierba, madera y almizcle.

El guerrero se detuvo a su lado y le apartó un mechón de cabello de su pómulo.

—No temáis —le susurró con voz ronca al oído.

Leonor se sintió indignada. La habían raptado, encerrado y llevado contra su voluntad hasta Dios sabía dónde y ahora pretendía consolarla con las mismas palabras que le diría a un cachorro asustado. No pudo contenerse:

—¡En absoluto os temo! —Intentó que el tono de su voz respaldara sus palabras—. Vos sois el que debéis temer la ira del rey. Os aconsejo que nos devolváis inmediatamente a nuestras tierras, o mi padre os despellejará vivo.

Tras un instante en el que la intensa mirada azul del hombre pareció atravesarla, su captor se echó a reír en respuesta a sus

palabras. Afortunadamente, no pareció importarle la insolencia de la joven.

Le respondió algo en su idioma que provocó las risas de los hombres.

—No os he traído hasta aquí para devolveros a continuación —repuso a su amenaza, utilizando de nuevo y con soltura el idioma de Leonor—. Os aseguro que he tomado esta decisión tras pensarlo mucho —arrastraba apenas un ligero acento —. No tengo intención de haceros daño si vuestro padre acepta mis condiciones. No soy un desalmado, no pretendo riquezas para mí. Busco el beneficio de mi pueblo, que se halla postrado a causa del rey de Castilla.

Leonor escuchaba atónita. ¿Quién era este hombre y a qué pueblo defendía? Su padre nunca había mencionado tratos con bárbaros. Sin duda envilecía el nombre del rey Sancho inventando falsedades.

—Estoy segura de que os equivocáis respecto al rey, o inventáis aposta injurias sobre su persona.

Los ojos del hombre echaron chispas. Pronunció algunas palabras y dos mujeres que aguardaban junto a la puerta se acercaron para llevárselas.

—Si me conocierais, sabríais que no está entre los defectos de Duncan MacGregor mentir —le advirtió antes de que las alejaran—. Os demostraré cómo vuestro padre arruina mi pueblo y porqué me he visto obligado a tomar la desagradable decisión de reteneros.

CAPÍTULO 9

Los primeros días en Dunbar, Leonor se vio obligada a adaptarse a las costumbres de su nueva vida, aunque hubo de reconocer que sus circunstancias eran mucho más amables de lo que había esperado.

Se le asignó una estancia con un cuarto contiguo que servía de habitación a Maryam.

La alcoba de Leonor tenía una gran cama con un confortable colchón y sábanas de suave tejido. A los pies del lecho, un baúl guardaba varios vestidos que el señor de Dunbar le había proporcionado, junto a una capa de gran abrigo.

Dos de las paredes se hallaban revestidas con tapices de suelo a techo que, junto a la chimenea frente a la cama, proporcionaban el suficiente calor para soportar las heladas noches de aquella región. Una mesa y una silla completaban todo el mobiliario. Aunque austera, no parecía una estancia destinada a una prisionera, sino más bien a una invitada.

Desde el primer momento Leonor se asombró de la relativa libertad con que eran tratadas. No tenían guardias en la puerta, y podían salir y entrar siempre que quisieran.

Era una libertad limitada, puesto que se sentía observada donde quiera que fuese. De cualquier manera, en apariencia, no había donde ir; el patio del castillo estaba constantemente ocupado por guerreros entrenando, los almacenes aledaños bullían con una multitud de sirvientes descargando o sacando los más diversos materiales y el establo y sus caballos estaban prohibidos para ellas, así como traspasar las murallas que rodeaban la fortaleza.

Tras varios días paseando sin rumbo por dependencias cada vez más familiares, llegaron hasta un huerto que nunca antes habían visto, situado en un lateral del castillo.

Maryam reconoció muchas de las plantas que allí se encontraban y todas tenían propiedades medicinales. Aunque, sin duda alguna, lo que más las asombró fue que, para distinguirlas, se las marcaba con una rústica etiqueta de madera escrita con tinta oscura en caracteres latinos, un idioma que ellas habían juzgado desconocido por los bárbaros.

Intrigadas, volvieron al día siguiente para intentar averiguar quién era el encargado de tan peculiar huerto.

Era por la mañana temprano cuando vieron a un anciano de edad avanzada y andar encorvado. Vestía una larga saya marrón de tela basta y lucía el pelo gris largo hasta los hombros.

Lo observaron al amparo de un muro antiguo y medio derruido que delimitaba la huerta, sin embargo, no pareció ser un buen escondite porque, aún sin mirarlas directamente, se dirigió a ellas.

—Así que vos sois las protegidas del laird —anunció con voz serena.

A Leonor le pareció que la definición de protegida era, como mínimo, bastante particular en sus circunstancias, pero, admirada de entender al extraño, salió de su escondite seguida por Maryam.

—¡Habláis mi lengua!

—Nací en León, señora, hace ya unos cuantos años, bajo el reinado del rey Fernando. Mi nombre es Asur Gonzales.

A la joven se le humedecieron los ojos al recordar su tierra y a su padre a través de la figura de su abuelo Fernando.

—¿Y qué hacéis en esta tierra de salvajes? ¿Acaso os retienen como esclavo?

El hombre sonrió mostrando un rostro que, aunque surcado de arrugas, era amable y risueño.

—Pudiera ser —rio—, pero no es el caso. Es una larga historia…

Leonor miró a Maryam y se encogió de hombros.

—Tiempo es lo que nos sobra, maese Gonzales… y en verdad nos intriga encontraros aquí, tan lejos de vuestro hogar…

—Llamadme Asur. Os contaré mi llegada a estas tierras para que no os sintáis en desventaja, puesto que yo conozco bien vuestras circunstancias.

—Perdonad si os digo que estáis equivocado. Si conocierais mis condiciones, no habríais dicho que soy la protegida del señor de Dunbar.

Asur Gonzales sonrió con tristeza.

—Siento que hayáis conocido a Duncan en estas circunstancias. No os engaño cuando os digo que es, en verdad, un dirigente honesto y justo. A pesar de ello ha tenido que recurrir al agravio de secuestraros. Sin embargo, sé que, pese a todo, os protege y nadie por estos lares se atreverá a haceros daño.

—Asur, me asombráis sobremanera, ¿cómo es posible que un leonés hable así de semejante bárbaro?

—Lo entenderíais si conocierais a este pueblo y a su líder.

—Contadme pues cómo llegasteis vos a conocerlos. Nos gustará oír vuestra historia, ¿no es así, Maryam?

Maryam asintió. Asur se acercó hasta el muro y se sentó sobre unas piedras.

—Permitidme dar un descanso a mis viejas piernas. No es poco lo que os tengo que contar.

Leonor se sentó sobre una roca algo más baja a su lado mientras que Maryam se acomodó sobre la hierba, cruzando las piernas.

—Lo cierto es que desde muy joven sentí la necesidad de ampliar mis horizontes más allá de lo que permitían los límites de mi pueblo. Decidí marchar a la costa y embarcar para labrarme un futuro como mercader. Viajé y conocí muchas y diferentes tierras. Sin embargo, navegando por estos mares, una tormenta hundió el barco a pocas millas de la costa. Milagrosamente me salvé y fui rescatado por las gentes de esta región, que me trataron como a uno de ellos. Conocí al señor y dueño del lugar, Ranulf MacGregor, padre de Duncan y también a su hermana, la hermosa Gunelle.

Los ojos de Asur brillaban al recordar. Leonor y Maryam se miraban de tanto en tanto, muy interesadas en el relato del anciano.

—El amor es un sentimiento maravilloso, aunque te esclaviza a un solo pensamiento, a una sola persona. Cambias tu libertad por un suspiro del otro. Sin embargo, sentirse correspondido fue aún más hermoso y alentador.

»Sabía que el hermano de Gunelle y señor del lugar nunca me daría el consentimiento para desposarla. Yo no era más que un náufrago que apenas hablaba su idioma y no aportaba nada al clan. Aunque ella me hubiera complacido, yo no quería cometer la tropelía de fugarnos. No deseaba esa deshonra para mi amada y para su familia, que tan generosamente me había acogido. Decidí entonces poner mis conocimientos a su disposición.

»Les instruí acerca de ciertos instrumentos náuticos que desconocían, regiones con las que comerciar y mercancías que les serían provechosas.

»Gunelle y yo tuvimos que esconder en secreto nuestro amor hasta que su hermano me consideró un miembro más del clan, pero valió la pena. Con el tiempo, la región de Dunbar fue prosperando hasta el punto que se hizo innecesario guerrear con los clanes vecinos. El pueblo no temía los inviernos ni las malas cosechas, puesto que su señor se ocupaba de cubrir sus necesidades si las circunstancias lo requerían. Los clanes vecinos nos respetaban.

»Fue el propio Ranulf quien me propuso desposar a su hermana. En realidad, creo que nuestro amor era más que evidente —sonrió—. Por fin pudimos celebrar nuestros esponsales y fui admitido como un miembro más del clan. Mi vida, la de mis futuros hijos, pertenecían ya a este pueblo.

Asur calló. El recuerdo lo había emocionado.

—¿No echabais de menos vuestra tierra? ¿No pensasteis regresar alguna vez? ¿Con Gunelle, quizás?

—Este pueblo se convirtió en el mío cuando encontré a Gunelle. Nunca regresaré. Aquí están mis hijos y el cuerpo de mi

amada, que descansa bajo estas tierras…

La voz de Asur se quebró. El recordatorio de su esposa fallecida lo había entristecido.

—Lo siento mucho. Creedme si os digo que de haber sabido que vuestras memorias os apenarían, no os habría pedido que hablarais sobre ellas —Leonor, consoladora, posó su mano sobre la rodilla del anciano.

—No os preocupéis —aseguró el anciano que descansó paternalmente su mano sobre la de Leonor—. Aunque no lo parezca, me hace bien recordar tiempos más felices, tiempos de concordia.

La aparición repentina de Duncan sorprendió a Leonor. No lo había visto, ni oído llegar, tan inmersa estaba en el relato del anciano Asur. Sin pensarlo, se levantó de inmediato, incómoda, componiendo un gesto altivo.

En modo alguno iba a permanecer un solo segundo ante la presencia de quién la había arrastrado lejos de su tierra y de sus seres queridos. No sabía cuáles eran las causas que lo habían obligado a cometer semejante iniquidad, pese a que Asur le había asegurado que Duncan MacGregor tenía suficientes motivos y que era un señor justo. A Leonor, Asur le había parecido un hombre sensato y entrañable, pero seguramente estaba abducido por las ideas de estos salvajes, no en vano había convivido con ellos durante largos años.

Llamó a su lado a Maryam y, despidiéndose cortésmente del anciano, se marchó sin dedicar al señor de Dunbar más que una mirada orgullosa y desafiante.

Los temores del rey Sancho se habían cumplido, finalmente.

Se había aliado con Alfonso contra su hermano García. Los reinos de Galicia, Castilla y León se despedazaban y desangraban en una guerra en la que el primer vencido sería el hermano pequeño.

Alfonso lo había convencido de que la mejor solución para recuperar a su hija desaparecida sería presionar a García, atacando sus territorios hasta que finalmente confesara qué le había sucedido a Leonor mientras permanecía bajo su custodia.

García fue incapaz de dar una explicación coherente a lo sucedido. Según el relato de los afligidos señores de Tuy, Leonor había salido una mañana con sus damas y cuatro hombres como escolta y no regresaron.

Alfonso, al enterarse, manifestó a Sancho sus sospechas acerca de lo ocurrido. Pensaba que García ocultaba algo y que sabía mucho más de lo que decía. Incluso llevó a la corte de Castilla testigos de los planes de su hermano García para traicionarlo. Este complot incluía la desaparición de su hija.

Sancho se vio abocado a declarar la guerra al rey de Galicia, su propio hermano, respaldado por el interesado Alfonso. Sabía que habría de pagar prebendas a este por su ayuda, pero no le importaba si con ello conseguía recuperar a su hija viva.

CAPÍTULO 10

La vida en Dunbar se hizo más agradable gracias a la presencia de Asur.

Las muchachas acudían todos los días al huerto y el anciano las entretenía explicándoles pacientemente las virtudes de cada planta y la forma de prepararlas. Maryam estaba encantada de ampliar sus conocimientos y contribuir aportando detalles nuevos de alguna que otra hierba.

Leonor escuchaba y aprendía, pero no podía evitar que, mientras trasplantaba algunos esquejes para llevarlos a un cobertizo donde pudieran resistir el duro invierno, su mente volara lejos hasta el cielo azul claro de Castilla, la tierra árida y seca tan diferente de la de este país, pero no por ello menos querida y añorada.

Conforme el tiempo pasaba, ella sentía acrecentar su inquietud. No sabía qué pretendía Duncan MacGregor con su rapto, ni siquiera si su padre sabría ya dónde se encontraba.

Rezaba para que su aya Elvira hubiera hablado con el rey y este supiera hacia dónde debía dirigir sus pesquisas. Quizás, en este momento, su padre estuviera capitaneando una flota hasta estas tierras.

Aunque le costara reconocerlo, el jefe del clan MacGregor le producía una extraña inquietud, no sabía si era temor, respeto o algo indefinible.

Las escasas ocasiones en que habían coincidido en la mesa principal, a la hora de alguna comida, apenas le había dirigido la palabra, pero la había sorprendido la intensidad de su mirada y ella se había sentido realmente azorada.

No obstante, decidió que haría de tripas corazón y hablaría con el señor de Dunbar, aunque fuera lo último que le apeteciera en el

mundo.

Le exigiría saber si su padre había sido informado, en qué condiciones se efectuaría su rescate y cuánto tiempo tendría que permanecer todavía entre salvajes. Lo obligaría a darle una respuesta.

Leonor juzgó que lo más prudente sería hablar con Duncan en público.

Nunca lo reconocería, pero, secretamente, aquel hombre le inspiraba temor y no quería enfrentarse con él a solas.

Sabía que algunas mañanas solía entrenar con otros guerreros en el patio de armas. Lo había visto de reojo, mientras se escabullía junto a Maryam, intentando pasar desapercibidas, al encuentro de Asur.

Hizo de tripas corazón y le pidió a su sirvienta que marchara sola al huerto. Estaban ayudando a Asur en la gran tarea de preparar un cobertizo en el que se diera cabida al mayor número de plantas posible para abastecer al castillo en invierno. Maryam se marchó entusiasmada, disfrutaba mucho con aquello, y Leonor prometió seguirla más tarde.

«En cuanto haya aclarado que va a pasar con nuestras vidas», pensó.

Así que, decidida, salió por la puerta trasera que conducía al patio de armas y desde la escalera de piedra que descendía hasta el suelo de arena buscó con la mirada a Duncan.

Se encontraba allí, rodeado de sus guerreros y dispuesto a batirse con uno de ellos.

Entre risas, cogieron un escudo y una espada de gran tamaño que cruzaron antes de empezar la contienda. Leonor supuso que sería el saludo típico del clan.

A la joven le sorprendió la desnudez de los guerreros frente al mortal metal. Los comparó con los soldados castellanos que

protegían sus cuerpos con mallas de hierro y pesadas armaduras.

Por el contrario, el señor de Dunbar únicamente llevaba un *plaid* de tela basta, que apenas le tapaba los muslos, y un peto de cuero que protegía escasamente su amplio pecho. En la frente lucía una tira de cuero trenzado que impedía que el pelo, de un dorado oscuro y que llevaba largo hasta los hombros, le estorbara los ojos.

Nunca hasta entonces se había molestado Leonor en observarlo como ahora estaba haciendo. Reconoció que era mucho más atractivo de lo que le pareció al principio.

El primer día creyó que era mucho mayor que ella, pero en realidad lo que lo hizo mayor quizás fuera el halo de autoridad que emanaba. Probablemente tendría solo unos cuantos años más que ella.

Se fijó en sus ojos azul oscuro, su nariz recta y algo grande y su mandíbula fuerte que acunaba un atractivo hoyuelo.

Quizás fue su mirada clavada en él lo que atrajo la atención de Duncan. En ese momento arremetía duramente contra su compañero sin darle oportunidad de recuperarse cuando sus ojos se encontraron. Se quedó inmóvil un instante, ambos considerándose mutuamente, perdidos en las pupilas del otro, azul cielo, negro intenso.

Leonor contuvo la respiración, pero no quiso, ni pudo, apartar la mirada.

Estos segundos resultaron fatales para Duncan, que dio oportunidad a su oponente de resarcirse. La joven oyó cómo la espada de su contrincante golpeaba el cuero y sajaba la carne.

Duncan sintió un golpe en el pecho y un dolor agudo en el hombro.

Leonor se tapó la boca con la mano para reprimir un grito de terror cuando vio que Duncan había resultado herido.

Al instante, se vio rodeado de sus compañeros de entrenamiento que lo asistían preocupados por la sangre que

manaba de su hombro. Él seguía pensando en la fugaz visión de Leonor, tan pálida y bella como una aparición.

La muchacha no sabía qué gravedad revestía la herida, pero no esperaría para averiguarlo.

Echó a correr escaleras abajo y atravesó el patio de armas lo más veloz que pudo. No había pretendido distraerlo para ponerlo en peligro. Puede que lo odiara, pero no deseaba matarlo. Corrió en busca de Asur. Si alguien podía curar su herida, sería él.

Asur había acudido en ayuda de Duncan al enterarse de la noticia, y había solicitado unas hierbas que Maryam se había apresurado en recoger y llevarle. Leonor se había quedado en el huerto tratando de recuperar el resuello después de la veloz carrera.

Cuando por fin consiguió serenar su respiración, descubrió que lo que la alteraba en realidad eran sus pensamientos.

Se preguntaba qué sería de ellas si algún mal le acontecía a Duncan. Asur les había dicho que él las protegía de otros clanes que hubieran preferido hacerles daño como afrenta a su padre. A ella le resultaba difícil pensar en Duncan como su protector, pero sabía que podían confiar en el anciano y que sus palabras debían ser tenidas en cuenta.

Le angustiaba, además, pensar que Duncan la culpase de su herida puesto que había sido su presencia en el patio lo que lo distrajo. En verdad, las mujeres no solían pararse a contemplar a los hombres mientras entrenaban.

Seguramente, la situación sería más complicada para ella a partir de ahora. Además, no había logrado su propósito de hablar con él.

Pasó toda la tarde sumida en un batiburrillo de pensamientos a cuál más pesimista. Echaba de menos a Maryam, aunque esta la había avisado de que estaba ayudando a Asur con los ungüentos

que después aplicarían a Duncan, así como pociones para evitar la fiebre y aliviar el dolor.

Su querida y fiel Maryam… Habían pasado por tanto juntas en tan poco tiempo que la consideraba una amiga, casi una hermana. Sin embargo, notaba cómo la esclava iba adaptándose a su nueva vida y la veía sonreír y canturrear a menudo. Se preguntaba si Maryam se habría resignado y consideraría que Dunbar era su nuevo hogar. Ella nunca lo haría.

En la corte de Castilla, mientras tanto, la reina esperaba, ansiosa, noticias de la última batalla de su marido. Hacía varias semanas que Sancho había partido con sus mesnadas hacía Galicia donde se les unirían los soldados de su hermano Alfonso. Ambos constituirían un frente común que atacaría a García como castigo a su traición; sin embargo, la verdadera razón para Sancho era personal: necesitaba desesperadamente saber dónde ocultaba a su hija.

Después de muchos días de tensa espera, aquella misma tarde, la reina recibió el anuncio de que un pequeño destacamento de hombres y caballos se dirigía a Burgos y pedía permiso para ser recibidos en la corte. Portaban banderas leonesas y al frente iba el rey Alfonso.

Alberta recibió a su cuñado con verdadero interés y lo agasajó con las mejores viandas de la cocina real. Mantuvieron una agradable y entretenida conversación en la que la reina de Castilla, a duras penas, pudo controlar su nerviosismo e impaciencia por conocer más detalles de lo sucedido. Poco después del banquete despidió a todos los sirvientes y acompañantes, y quedaron solos para hablar sin testigos de lo que verdaderamente les interesaba.

—Como ya os he mencionado vuestro esposo se halla negociando las capitulaciones con el desventurado García —explicaba Alfonso—. Su ejército no tuvo ninguna oportunidad frente a los nuestros. Y mucho me temo que no será capaz de dar ninguna explicación sobre el paradero de su hija —se jactó—, y que su fin

habrá de ser la reclusión en el castillo de Luna. Por mi parte he dejado bien claras mis exigencias al participar en esta batalla y no consentiré menos.

—Estoy segura de que habrá sido un trato provechoso para vos, querido cuñado.

—No lo dudéis —aseguró—. La desaparición de la bastarda ha traído mucho más provecho del que habíamos pensado.

—En efecto. Y decidme… —continuó muy interesada—.¿Sabéis si han llegado nuevas sobre sus circunstancias?

—Nada hemos recibido —contestó Alfonso—, aunque estoy seguro que no tardaremos en saber de ella.

CAPÍTULO 11

A la anochecida llegó Maryam, alegre y orgullosa. Según le contó, la herida de Duncan evolucionaba favorablemente y parecía que no afectaría al movimiento del brazo. Asur había cosido el corte y ella había preparado un emplasto del que se sentía particularmente satisfecha por la complejidad de los ingredientes, y había conseguido que ligaran entre sí sin grumos y sin que al aplicarla escociera o doliese. Duncan la felicitó especialmente.

Al acabar, Leonor le preguntó por el estado de ánimo del laird y por si, en algún momento, había preguntado por ella. Maryam le comentó que, aunque al principio se mostró hosco y malhumorado, finalmente se calmó y estuvo bromeando con Asur. No la había mencionado.

Como Maryam se sentía bastante cansada, pronto se acostó y Leonor volvió a quedar a solas con su desazón.

A la mañana siguiente Leonor oyó a Maryam levantarse muy temprano. Regresó con un desayuno a base de leche y avena que estuvieron tomando juntas en la alcoba. Le contó que Asur había visitado a Duncan temprano y lo había encontrado durmiendo tranquilamente, por lo que el peligro de la fiebre iba alejándose.

Maryam creyó que Leonor la acompañaría al huerto, pero ella volvió a pedirle que se adelantara. Tenía en mente terminar algo que no pudo hacer ayer y después se reuniría con ella y con Asur.

Cuando Maryam se marchó, decidió visitar a Duncan. Jamás había estado en sus aposentos, pero creía saber dónde se encontraban. Se perdió en un par de ocasiones por los corredores laberínticos del castillo, pero, orientándose de nuevo, consiguió llegar frente a su puerta, que se hallaba entreabierta.

Empujó suavemente y vislumbró al guerrero sentado en la cama, desnudo de cintura para arriba salvo por una aparatosa venda

que le tapaba parte del pecho y el hombro. Charlaba distendidamente con uno de sus hombres de confianza y parecía darle ciertas instrucciones.

Leonor aún no dominaba el idioma, pero había avanzado mucho gracias a Asur, que le había recomendado e iniciado en su aprendizaje. La joven, aunque reticente, había considerado acertado el consejo del anciano e iba, poco a poco, comprendiendo, más que hablando, el lenguaje bárbaro.

Poco duró la charla entre los hombres puesto que, al empujar la puerta un poco más, los goznes chirriaron escandalosamente y ambos se volvieron para ver quién osaba interrumpirles.

La expresión del jefe del clan fue de sorpresa primero, después frunció el ceño enfadado. Su compañero, en cambio, la contempló socarrón, con una sonrisa ladeada.

Murmuró algo a su jefe y se marchó, dedicándole una mirada impúdica de arriba abajo mientras pasaba a su lado.

—Entrad, no os quedéis ahí parada —le espetó en su idioma con leve acento. No cabía duda de que Asur había hecho un excelente trabajo al enseñarle, aunque él debió ser un estudiante aplicado—. ¿En qué puedo ayudaros?

Leonor se preguntó si había sido una buena idea acudir a la guarida de la serpiente. Se sentía como un ratoncillo ante la mirada hipnotizadora de una sierpe. Se perdió por un momento en sus ojos de un azul intenso.

—Quería veros… —Cruzó la habitación hasta donde el joven se encontraba—. Vuestro accidente de ayer… Me alegra que no haya sido grave —consiguió decir.

—¿Seguro? Cualquiera diría que estabais apostada en aquel lugar para distraer a algún incauto al que humillar por torpe.

Leonor enrojeció avergonzada. No imaginaba cuan abochornado se sentía el guerrero por haber sido herido tan fácilmente delante de sus hombres y de ella misma.

—Sabed que si hubiera sido una de las sirvientas la que hubiera estado en el patio de armas curioseando —prosiguió Duncan —, la hubiera mandado azotar. Esta vez no lo haré con vos, pero espero que toméis mi advertencia en cuenta por si hay una próxima.

—No sabía… De todas formas, ya veo en calidad de qué me retenéis aquí. Mi posición es comparable a la de una sirvienta.

—Os equivocáis. Vuestra posición ayer fue comparable a la de una mujer que estaba donde no debiera… ¿Cuál es la palabra…? ¿Una entrometida, quizás?

Leonor se mordió los labios para no contestar de mala manera. La conversación había empezado mejor de lo esperado. Duncan no la había atacado con malos modos por su accidente, parecía incluso que se lo había tomado con humor. Sin embargo, estaba tomando unos derroteros que molestaban a Leonor, por más que supiera que tenía razón.

—En realidad quería preguntaros —eludió decididamente responderle —si ya habéis comenzado la negociación con mi padre.

—Lo único que puedo deciros es que el rey de Castilla pronto tendrá constancia de vuestra situación. No obstante, quiero que vengáis conmigo a visitar mi pueblo, que debe de estar preparándose para enfrentarse al duro invierno. Deseo que veáis con vuestros propios ojos su situación y entendáis por qué me he visto obligado a arrancaros de vuestra tierra.

Leonor apreció el reconocimiento que Duncan hacía de sus circunstancias. Literalmente la había arrancado de su tierra. Ahora quería demostrarle que tenía un motivo para actuar como lo hizo. La muchacha dudaba que pudiera convencerla, pero si acompañándole conseguía que la devolviera a su hogar antes, lo haría, mal que le pesara.

Iba a marcharse, cuando se dio cuenta de que la venda del hombro se iba oscureciendo.

—¡Estáis sangrando! —No pudo evitar decir señalando la herida.

Duncan intentó disimular una expresión de dolor, sin éxito.

—Necesito cambiar las vendas y aplicar un linimento. ¿Podríais…? —Señaló el vendaje. Podía haber esperado a Asur o haber pedido a algún sirviente que se lo cambiara, sin embargo, inexplicablemente, no quería que ella se marchara.

Leonor le producía sentimientos encontrados. Por un lado, era la hija de su enemigo y eso era razón más que suficiente para considerarla su propia enemiga. Por otro, en cambio, ella le provocaba la necesidad de protegerla, a la vez que la admiraba.

Recordaba la primera vez que la vio. Le impresionó su belleza de tez pálida en contraste con su negrísimo cabello. Parecía frágil y diminuta, pero sus ojos despedían voluntad y coraje. Le cautivó su arrojo y osadía al enfrentarse a él, rodeada de guerreros, en pleno salón principal.

Con el paso de los días se descubrió observándola interesado mientras ella lo ignoraba o bien, echándola de menos cuando no la veía. Reconoció el cariz peligroso que tomaban sus sentimientos e intentó ignorarla y tratarla como a una valiosa rehén que algún día habría de devolver, intacta, a su padre. Él no era ningún jovenzuelo sin experiencia en amoríos como para encapricharse de una muchachita cualquiera.

Sin embargo, pese a sus planteamientos, había cometido, en este instante, el error de pedirle ayuda. Ahora pasaría más tiempo del conveniente con ella.

—Me temo que no tengo mucha experiencia en estas lides, pero si vos me decís lo qué debo hacer… —Mientras Leonor hablaba, había comenzado a deshacer con sumo cuidado el vendaje.

—Siento haberos puesto en este trance. No es necesario que prosigáis, me las arreglaré solo.

—¡De ninguna manera! —Protestó Leonor. No estaba dispuesta a que pensara que era una débil y asustadiza damisela—. Terminaré de retirar las vendas y me diréis qué ungüento os he de aplicar.

El último resto de tela estaba pegado a la herida y Leonor debió tirar con mucho cuidado. Sintió un leve mareo al ver la sangre, pero se obligó a recomponerse. Observó que la herida estaba sanando convenientemente. No había rastro de pus, ni de infección.

Era un corte largo, pero no parecía profundo. De todas formas, Asur había decidirlo suturarlo, utilizando una técnica que era poco conocida y despertaba recelos entre la gente.

En el pecho, además, destacaba una señal violácea donde le había golpeado el mango de la pesada espada. Afortunadamente, llevaba puesto un peto protector, pensó con alivio.

Le lavó la herida con una tela empapada en agua limpia. Después, él le señaló una mesa donde se hallaban varias vasijas con distintos preparados.

No sabía cuál de ellos debía utilizar y, al preguntarle, él también declaró su desconocimiento. Decidió poner en práctica los conocimientos que había adquirido con Maryam y Asur. Por el color y el olor reconoció una poción que Maryam había usado para recuperarse de sus heridas. Con sumo cuidado fue aplicándole el preparado.

Mientras lo hacía, descubrió que Duncan había cerrado los ojos e inclinado levemente la cabeza hacia atrás.

Admiró el perfil que desde su posición le ofrecía el guerrero. Poseía una frente amplia, despejada salvo por unos mechones rebeldes que caían sobre sus ojos cerrados, poblados de pestañas. La nariz recta, grande, imprimía carácter a su rostro. Los labios carnosos, apenas abiertos, dejaban entrever unos dientes blancos. La fuerte mandíbula empezaba a mostrar un ligero rastro de barba. El cuello ofrecía la visión de una curva sinuosa hecha para ser acariciada y besada, y este pensamiento hizo que Leonor se mordiera los labios, nerviosa. El pecho, amplio y varonil, subía y bajaba acompasando la respiración.

Leonor notó cómo su cuerpo empezaba a estremecerse y acalorarse ante los sentimientos que su captor le provocaba. Sintió que su respiración se volvía más agitada y sus dedos eran menos

hábiles. Se obligó a serenarse y terminar de una vez el contacto con el hombre.

Sin embargo, aún quedaba vendarlo y en esto se mostró mucho más torpe de lo normal.

Sus manos temblaban levemente cada vez que debía cruzar con la tela su torso o su hombro. Observó que él continuaba con los ojos cerrados y apretaba los labios. Sin duda sus prisas contribuían a lastimarlo aún más y temió que acabara echándola de mala manera.

Anudó la venda y, azorada, le recomendó que descansara. Él abrió los ojos y con voz susurrante le pidió agua. Como había usado toda para limpiarle la herida, se ofreció a traerle agua fresca y salió de la estancia lo más rápido que pudo, intimidada ante las extrañas sensaciones que el señor de Dunbar le despertaba.

CAPÍTULO 12

Al salir de la alcoba, Leonor suspiró ruidosamente. Se dio cuenta de que había estado aguantando la respiración la mayoría del tiempo. Para su sorpresa, no había sentido miedo o temor mientras lo curaba.

Conforme bajaba las escaleras en busca de la cocina, pensaba en lo agradable que había sido tocarlo, olerlo, contemplarlo mientras él mantenía los ojos cerrados.

Iba tan ensimismada en sus pensamientos que tropezó en dos ocasiones y se obligó a detenerse un momento para serenarse. Pensó en su prometido Pedro y en otros jóvenes con los que había hablado y reconoció que ninguno de ellos jamás le habían despertado semejante cúmulo de sensaciones. Recordó la visión de Duncan semidesnudo y volvió a sentir que su vista se nublaba a la vez que ardía en llamas lo más profundo de su ser.

Intentó tranquilizarse, y, llenando una vasija de agua fresca del pozo, voló de nuevo hasta el aposento de Duncan. Deseaba verlo de nuevo, aunque solo fuera un segundo. Su razón le decía que no era una buena idea, pero su corazón y sus entrañas la urgían a buscarlo.

Al entrar de nuevo, tuvo que hacer un gran esfuerzo para que la jarra no resbalara de sus manos. Asur y Maryam se encontraban en la alcoba y esta le daba de beber a Duncan mientras ambos sonreían por algo que Asur había dicho.

Leonor permaneció inmóvil en la entrada durante unos segundos que le parecieron eternos. Cuando Asur notó su presencia, la invitó a pasar y la felicitó por el emplasto que había usado con acierto. Maryam se sumó risueña a la felicitación, pero Duncan no se molestó en mirarla.

Dejó la jarra encima de la mesa y, musitando una excusa

cualquiera, salió del aposento.

No entendía cómo podía cambiar tanto su estado de ánimo de un instante a otro. Hacía apenas un rato se había sentido extrañamente feliz, tan feliz que ni siquiera se había acordado de su condición de rehén. En esos momentos, en cambio, se reconocía triste y molesta. Lo único que deseaba era llegar a su alcoba para estar a solas.

Recordó, entonces, que Maryam probablemente iría a su encuentro en cuanto acabara de atender al guerrero y decidió refugiarse en otra parte.

Durante los días que habían pasado juntas recorriendo el castillo, habían descubierto una estrecha y empinada escalera de caracol que conducía a una de las torres más altas del castillo. Subió por ella, sintiendo que necesitaba estar a solas con sus pensamientos.

Al llegar a lo más alto de la atalaya, cruzó la estancia y salió decidida por una puerta que comunicaba con una balconada exterior y desde donde se podía contemplar una espectacular vista del paisaje de aquellas tierras.

A un lado, podía ver el camino que tomó desde el barco y que estaba salpicado de pequeñas cabañas de madera y cercados con animales. Al otro, los bosques densos y salvajes de la inhóspita Tierra de Alba. Al frente, el oscuro mar se extendía hasta el infinito.

Pensó que, allá a lo lejos, el mar besaba la tierra de Galicia, que un día creyó que sería su hogar. Alargó el brazo en dirección a donde imaginaba que se encontraría su casa, como si este gesto le permitiera tocarla, y sintió la tristeza infinita de quién se encuentra lejos de los suyos contra su voluntad.

Se preguntó por qué, pese a todo el daño que le había hecho, no podía odiar a Duncan MacGregor. Reconoció que la tristeza que sentía en este momento no era solo fruto de la añoranza de los suyos, sino del desprecio que le había mostrado el laird al ignorarla cuando entró por segunda vez, llevando la jarra de agua.

Y empezó a comprender por qué la mirada de Maryam había cambiado últimamente.

Ya no se mostraba asustada, sino alegre y feliz.

Leonor pensó que quizá estuviera enamorada de Duncan y él la correspondiera. El mero hecho de imaginarlo le produjo un extraño dolor. Se obligó a decirse que era porque cuando volviera a casa, quizá dejaría atrás a su amiga. Pudiera ser que ella quisiera quedarse con él. Este pensamiento le produjo un sufrimiento intenso, angustioso.

Duncan y Maryam, ¿sería cierto?

Su mente le traía una y otra vez su recuerdo mientras lo curaba. Los labios carnosos, entreabiertos, y cómo los mordía suavemente al sentir dolor, su fuerte mandíbula y el hoyuelo tan incitante, la curva de su garganta, el tacto de su piel, su respiración acelerada…

Tenía que descartar estos pensamientos. No era posible que a ella le importara nada que tuviera que ver con Duncan MacGregor, salvo lo concerniente a su rescate.

Apenas había pasado tiempo con él, pero… reconocía que le gustaba su apariencia física de imponente guerrero, eso era innegable. Admiraba el respeto y el aprecio que le tenían sus hombres, aunque esto no quería decir que él le importara lo más mínimo, se dijo.

Nada había pasado entre ellos y nada pasaría. Eso sería ir contra natura. Él la había secuestrado y odiaba a su padre y al pueblo al que ella pertenecía. No tenía ningún sentido lo que había experimentado mientras lo curaba. No había razón para temerlo y a la vez desearlo. Se volvería loca si intentaba entender estos sentimientos. Lo mejor sería no volver a verlo a solas, esto le evitaría problemas.

La noche se acercaba. El sol se escondía tras los bosques de Dunbar y el bello espectáculo le hizo olvidar por unos instantes las

aflicciones a Leonor. Con la desaparición del astro llegó el frío helador de la noche.

Había subido allá arriba sin abrigo y ahora tiritaba de frío.

Sintiendo una profunda tristeza en su alma, decidió volver a su alcoba y, mientras bajaba, se encontró con Maryam, que la había estado buscando preocupada. La abrazó con fuerza y bajaron juntas. Apoyaría a su amiga si su felicidad estaba en estas tierras. Sabía lo mucho que Maryam había sufrido desde niña. Se dijo a sí misma que pasara lo que pasase, nunca dejaría de querer a quien ya se había convertido en su hermana.

Elvira recitaba monótonamente las letanías de la misa vespertina. Movía los labios, pero no interiorizaba la oración. Estaba demasiado preocupada por su niña Leonor. Si seguía sin recibir noticias suyas, acabaría muriendo de pena.

Después del ataque en la ribera del río fue rescatada por soldados del rey Sancho, quienes tomaron el mensaje cerrado que le dejaran los salvajes y, para su sorpresa, no la llevaron de vuelta a Tuy, sino que la condujeron a un convento de una población cercana.

Durante todo el camino, Elvira estuvo contando una y otra vez los acontecimientos ocurridos y suplicando ayuda para Leonor y su sirvienta.

Los hombres apenas escuchaban y, hartos de sus incesantes demandas, le espetaron de malas maneras que ya habían mandado información al rey y que cesara en sus quejas.

Sin embargo, Elvira intuía algo extraño, maligno, en el rapto de la hija del rey castellano.

No entendía cómo la rescataron prestamente los propios soldados de la corona y después perdían el tiempo encerrándola en un convento, mientras que los captores de Leonor escapaban. Tuy contaba con un excelente ejército, así como navíos capaces de

perseguir una embarcación enemiga, ¿por qué no se puso en inmediato conocimiento de los señores de Tuy lo sucedido?

Nada más llegar al convento, una Elvira agotada y medio enloquecida rogó ver a la madre superiora y, una vez más, contó lo sucedido. El discurso de la superiora no varió en lo más mínimo del de los soldados; el rey ya había sido avisado. Elvira se sintió impresionada por la absoluta inmutabilidad de la monja al escuchar lo acontecido, como si ya supiera la historia y no tuviera de qué extrañarse.

Aquella noche, la anciana no durmió. Pidió papel y tinta y estuvo escribiendo una larga carta al rey Sancho. Apenas terminó, se dirigió a la superiora y le exigió que hiciera llegar la misiva al monarca. La abadesa prometió mandarla al instante y la despidió amablemente. A partir de ese momento Elvira apenas recordaba nada. Cayó presa de una profunda fiebre que hizo temer por su vida. Cuando se recuperó, casi una semana después, ninguna nueva había llegado sobre Leonor.

Elvira preguntaba con frecuencia a la madre superiora y esta negaba con la cabeza monótonamente día tras día. La anciana aya no entendía por qué el propio rey o uno de sus leales hombres no había ido a verla para conocer de primera mano lo sucedido.

Quizás sabía más de lo que ella imaginaba y estaba actuando ya para rescatarla. Solo así podría entender que no le hubiera mandado un mensajero para informarse.

La mujer se consumía pensando en el destino de su pobre niña. Para ella, Leonor era la hija que no tuvo, pues nunca casó por no abandonarla.

Ella fue dama de compañía de su madre, la cuidó durante su embarazo, especialmente durante las últimas semanas que tan complicadas se volvieron. Cuando por fin alumbró a una pequeña y débil Leonor, Teresa, antes de morir, le confió los cuidados de su hija.

Desde entonces, como una madre la había tratado. Puede que no fuera carne de su carne, ni sangre de su sangre, pero la amó

desde el primer minuto en que la vio. La cuidó, protegió y consoló cuando lo necesitó. Sufrió con sus penas y fue feliz cuando ella lo era. Ahora enloquecía ante la desaparición de su querida niña.

Día tras día ofrecía sus oraciones a Dios para que ayudara a la joven. Lo único que la reconfortaba era pensar que su padre la amaba tanto que no cesaría hasta encontrarla.

CAPÍTULO 13

Asur notaba con claridad cómo la vida de los jóvenes había cambiado en los últimos tiempos.

Leonor era presa de una profunda melancolía que la hacía estar constantemente distraída y triste. Duncan se mostraba huraño e irascible la mayoría del tiempo, pese a que la herida sanaba con celeridad. Maryam, en cambio, parecía estar alegre y risueña. Le llamaba especialmente la atención algunos momentos del día en que desaparecía con cualquier excusa y volvía rezumando felicidad.

No entendía qué estaba ocurriendo y no quería entrometerse preguntándoles directamente. Con Duncan gozaba de una confianza que le hubiera permitido hacerlo, pero sabía que, en los escasos momentos que se mostraba tan irritable, era mejor dejarlo a solas. Además, confiaba que el viaje que llevarían a cabo en pocos días les ayudaría a mudar de humor.

Varios días después, Duncan visitó a Leonor en su alcoba. Era muy temprano y ella acababa de vestirse y se cepillaba su larga cabellera ondulada mientras Maryam había bajado a las cocinas a supervisar el desayuno.

Duncan llamó a la puerta y, a continuación, entró en la alcoba sin mucha ceremonia ni esperar permiso.

Leonor se sintió indignada por aquella presencia imprevista en sus aposentos privados, pero cuidó mucho de hacer comentario alguno. Al fin y al cabo, él era el dueño del castillo y señor de su vida, pensó con amargura.

—Debéis preparar ropa de abrigo para mañana. Partiremos al amanecer hacía la aldea de Scone.

—¿Es allí donde descubriré los poderosos motivos que os han llevado a raptarme? —espetó irritada.

—Me temo que así será y, entonces, quizás advirtáis la verdadera naturaleza de vuestro padre.

—¿Cómo os atrevéis? Ni siquiera lo conocéis. Mi padre es un gobernante justo y honrado.

—Tan desalmado es el que efectúa una mala acción como el que la contempla impasible sin actuar con justicia.

—Os juro que no os entiendo.

—Lo haréis al final del viaje —aseguró.

Leonor se limitó a asentir, no tenía sentido quejarse o rebelarse por más tiempo. Se retaron con la mirada durante unos instantes y después la joven volvió la vista hacia la ventana, fingiendo contemplar el hermoso paisaje que se extendía más allá del castillo mientras apretaba en su mano el rústico peine de concha.

El corazón le latía aceleradamente, ya que sabía que con este gesto desairaba al guerrero.

Duncan la contempló durante unos instantes, la barbilla levantada, su pecho subiendo y bajando, indignada. Quiso añadir algo, pero pensó que no merecía la pena. Era una mujer testaruda, ya entendería lo que pretendía transmitirle cuando lo viera con sus propios ojos. Se dio la vuelta con brusquedad y salió de la habitación.

Leonor lo volvió a ver al amanecer del siguiente día.

Prefirió montar a caballo en vez de acomodarse en el carromato en el que viajaba Maryam. Hacía tanto tiempo que no cabalgaba, que montar de nuevo supuso un auténtico placer para ella. Se situó al lado del carro acompañando a su amiga.

Delante de ellas cabalgaba Duncan, quien apenas le dirigió una mirada antes de partir, junto a dos hombres. Detrás iban otros dos carretones repletos de una gran cantidad de sacos de provisiones, custodiados por dos guerreros que cerraban la pequeña comitiva.

Eric, el gigante que la secuestró, y Asur, entre otros, los despidieron. A Leonor le llamó la atención el parecido entre ambos, pese a la cicatriz del primero.

A lo largo del camino muchos fueron los vasallos que se acercaron hasta la comitiva para saludar a su señor. Leonor observó que todos iban pobremente vestidos y peor abrigados.

Duncan, o cualquiera de sus hombres, les hacían traer vasijas de barro o peltre y se las llenaban con granos de cebada y avena que llevaban en los carromatos.

A mediodía, llegaron a la aldea de Scone. A la muchacha le impresionó las míseras condiciones del pueblo. Las viviendas eran chozas medio derruidas, desperdigadas aquí y allá. La gente, sumamente delgada, vestía con harapos. En sus caras famélicas lucían, sin embargo, una sonrisa cuando vieron llegar el carromato con víveres.

Duncan estuvo hablando con el jefe de la aldea, mientras que sus hombres repartían el grano de manera proporcionada a cada familia. Antes, no obstante, le pidió a Leonor y a Maryam que ayudaran con el reparto.

Fue una tarea penosa para ella. En Castilla había ayudado a la gente necesitada a través de donativos a la parroquia. Había cosido ropas para la caridad y había supervisado la entrega de alimentos en ocasiones especiales, pero nunca había visto tan de cerca los rostros de aquellos que no tenían nada que llevarse a la boca.

Le conmovieron especialmente las miradas de los niños. Algunos de ellos parecían pequeños esqueletos andantes y Leonor dudó que pudieran sobrevivir al largo y duro invierno. Se sintió tan angustiada e impotente, que apenas podía respirar y temió romper a llorar en cualquier momento.

Cuando el reparto concluyó, la comitiva se puso de nuevo en marcha. Se habían acabado casi todos los sacos de un carro, pero aún quedaba el otro.

Leonor temió que la escasez de alimentos fuera general en aquellas tierras y que debiera enfrentarse de nuevo a la expresión famélica en los rostros de los más pequeños. Sin pensarlo un momento, espoleó su caballo y alcanzó a Duncan, que iba en cabeza. Necesitaba hablar con él, preguntarle qué ocurría y cuál podía ser la solución. Temía que le dijera lo que, en alguna ocasión, le había insinuado, que la pobreza de su pueblo se debía a su padre, pero ella no alcanzaba a vislumbrar qué tenía que ver su padre con este lejano lugar.

Duncan se sorprendió al verla llegar.

—Me gustaría hablar con vos.

—Yo también deseaba hacerlo.

Duncan estaba especialmente serio, aunque esto no la sorprendía. Debía de ser muy duro para el señor de las tierras ver que su pueblo se moría de hambre.

—¿Qué plaga asola vuestras tierras que tan empobrecidas están?

Él no mostró sorpresa ante la pregunta de la joven. Suspiró y se dispuso a relatarle las penalidades que acontecieron a su pueblo.

—La peste que las extermina se llama Kenneth MacAlpin y es el señor de la comarca de Lothian. —Leonor percibió cómo se endurecía la mirada del jefe del clan—. La costa de Lothian es clave para el tráfico marítimo entre los pueblos del reino de Alba, así como para comerciar con las regiones normandas e hispánicas. Durante muchos años fue una zona pacífica. Pudimos navegar y comerciar limitándonos a pagar un tributo cuando atravesábamos sus aguas. Nosotros éramos prósperos comerciantes y Lothian se beneficiaba de ello. Nada de esto cambió durante décadas, yo surqué sus aguas en incontables ocasiones. Sin embargo, al morir el viejo MacAlpin, su hijo decidió expoliar a todos los barcos que pasaban cerca de su costa. No tenía suficiente con los impuestos cada vez más elevados que le pagábamos. Ambicionaba poseer cuanta riqueza estuviera a su alcance. El resultado fue el inicio de una contienda entre clanes en la que centenares de hombres murieron. —Duncan recordó con

dolor que su padre, el jefe Ranulf MacGregor, había sido uno de ellos —, y dejaron como vencedor absoluto a Lothian. Los pueblos quedaron empobrecidos, no había hombres que se ocuparan de las tierras y las defendieran pues MacAlpin aprovechó nuestra debilidad para arrasarlas.

—¿Nadie acudió en vuestra ayuda? ¿Ni siquiera vuestro rey? — quiso saber Leonor.

—Todos los clanes atacados por Lothian nos aliamos, pero fue una batalla perdida de antemano. Nuestro rey nos dejó desamparados al no querer posicionarse del lado de un bando u otro y MacAlpin posee el apoyo y los medios que le facilita uno de los reinos más poderosos que existen.

Duncan se quedó en suspenso un momento, aunque Leonor supo lo que iba a decir y su corazón perdió un latido.

—El reino de Castilla apoya a Lothian contra sus pueblos hermanos.

La joven se mantuvo en silencio unos instantes, sopesando aquella información, incrédula aún, ya que admitir lo que Duncan le había contado sería un duro golpe a la imagen que de su padre tenía. No concebía el motivo por el cual Sancho favorecería a esa tierra de bárbaros. De repente, una idea la asaltó. Temió preguntar, pero necesitaba saber.

—¿Por qué? ¿Por qué Castilla ayuda a Lothian? —Se atrevió al fin.

—MacAlpin es hermano de Alberta, reina de Castilla. Su padre la casó con el vuestro a cambio de respaldarse mutuamente.

Los peores presagios de Leonor se habían cumplido. No sabía cómo afectaría esta situación, desconocida para ella, a su rescate. Su padre haría todo lo posible por devolverla a su hogar, pero Alberta siempre la había aborrecido y estaba segura que no le facilitaría las cosas.

Vivamente impresionada por el relato de Duncan y sus consecuencias, hizo un esfuerzo para que le saliera la voz.

—¿Qué trato haréis con mi padre? Sabed que el rey de Castilla no se doblega ante nadie.

—Entonces me temo que vos pagareis las consecuencias.

Duncan posó una mirada gélida sobre ella y Leonor volvió a sentir el miedo que antaño le inspirara.

—¿Seríais capaz de asesinarme?

—Hay peores formas de castigar a una mujer. —Esta vez sus ojos le devolvieron una mirada salvaje.

Duncan volvía a mostrarse tal cual era, un bárbaro sin piedad dispuesto a cualquier cosa por conseguir sus fines. Solo que ahora Leonor había comprobado que sus fines eran loables y solo la desesperación lo había llevado hasta este punto.

—Entiendo lo que sentís —musitó Leonor conciliadora, al cabo de un rato—, y me gustaría ayudaros. Dejadme que escriba a mi padre y le cuente lo que he sabido.

Duncan la miró sorprendido.

—Si vuestro padre supiera dónde os encontráis, tardaría muy poco en armar un ejército que nos eliminara de la faz de la tierra. No. Hemos tenido que ser más sutiles para lograr nuestros propósitos. No es con vuestro padre con quien estamos negociando.

Ahora la sorprendida fue Leonor.

—Nuestra interlocutora es la reina.

CAPÍTULO 14

Aquella noche pernoctaron en el bosque. Encendieron fuego y asaron dos liebres que consiguieron atrapar. El invierno estaba llegando y cada vez era más difícil encontrar algo de caza. Los pocos víveres de los que disponían y que estaban repartiendo, los habían conseguido mercadeando a muy alto precio o incluso robándolos a Lothian, a costa de sus propias vidas.

Desde que Duncan le revelara que negociaba con Alberta, Leonor no había pronunciado una palabra. Tenía que pensar sobre ello, aunque, definitivamente, no era una buena noticia que su vida dependiera de la esposa de su padre.

Leonor le daba vueltas a tan extraño trato. No tenía sentido que se le propusiera a Alberta que su hermano cesara los ataques a los barcos y las tierras de Duncan a cambio de su vida. No tenía trato con la reina, pero sabía que no era de su agrado. Elvira la había advertido que se cuidara de ella y todos evitaban que sus vidas se cruzaran, incluso su padre. Para Alberta, esto supondría la ocasión propicia para deshacerse de ella.

¿Sería posible que el laird pensara que Alberta estaría dispuesta a una negociación que acabara favorablemente? ¿Qué la quería como si de una hija se tratara e incidiría para que su hermano MacAlpin cesara la lucha y fuera devuelta a su padre? Ellos no conocían las intimidades de la casa del rey.

Si Duncan se respaldaba en las intenciones de Alberta, tarde o temprano, se daría cuenta que no encontraría el resultado esperado, ya que, en realidad, no le había hecho más que un favor al llevarla lejos de su padre, y que no estaría dispuesta a interceder ante su hermano, en absoluto, y entonces… ¿qué sería de ella y de Maryam?

Leonor creyó vislumbrar algo oscuro tras las palabras de Duncan. No quería creer que él confiara en la esposa del rey

castellano, en la hermana de MacAlpin.

¿Cuál era entonces su juego? ¿Le estaba ocultando algo? ¿Acaso no le había dicho toda la verdad?

Sumida en un mar de incertidumbre, Leonor no se atrevía a confesar a Duncan sus pensamientos. Sería como depender del verdugo.

Seguía temiéndole, y más ahora que sabía de buena tinta lo mucho que amaba a su pueblo y lo que estaba dispuesto a hacer para que las circunstancias cambiaran.

Caviló sobre lo que sabría Asur y si sería prudente confiarle sus cuitas.

Buscó a Maryam con la mirada. La encontró repasando el vendaje de Duncan. Los observó durante un rato y no vio nada que le hiciera pensar que fueran amantes. Se arrepentía de haber desconfiado de la muchacha. Había pensado que era una imprudencia hablar con ella, pero no parecía que entre ambos hubiera ninguna relación especial.

Probablemente había imaginado sentimientos y actitudes que no existían. No obstante, Maryam se mostraba taciturna desde que salieron del castillo. Debería animarla a que le confiara sus preocupaciones.

Se acercó a ella en cuanto estuvo libre. Pasaron la noche juntas, entre confidencias, alejadas del grupo de los guerreros, pero vigiladas estrechamente por Duncan. Este les había proporcionado una piel lo suficientemente amplia como para que se cubrieran las dos.

Ante las preguntas de Leonor, Maryam se había mostrado cohibida al principio, pero, finalmente, había acabado desahogándose con su amiga. Le confesó, temerosa de la reacción de su señora, que estaba enamorada de uno de los guerreros de Duncan y que era correspondida.

—Maryam… ¿cómo es posible? Llevamos solo unas semanas aquí, aunque me han parecido años, y apenas nos hemos

separado… ¿quién es?, ¿lo conozco? —quiso saber, temiendo de manera irracional, que Duncan fuera el elegido.

—Sí. —Maryam contestó cohibida. Esto era algo que no había pensado que le sucedería y se sentía mal por Leonor, porque ella había encontrado un paraíso en el infierno de su señora—. Es el hijo de Asur, Eric —confesó, finalmente.

—¿Eric? —repitió Leonor como si no la hubiera entendido—. Pero… ¿cuándo?, ¿cómo?

—Lo conocí en el barco, la noche que os mantuvo encerrada. Yo grité y grité preguntando por vos y él se dignó a contarme qué había ocurrido y dónde estabais. Fue amable, mi señora. Pudo portarse de forma muy diferente, aprovechar su fuerza física y no lo hizo. Y sé que le hubiera gustado, entiendo de los deseos de los hombres… —reconoció con amargura—, pero no lo hizo. Después me di cuenta que visitaba a su padre más de lo normal en el cobertizo. —Al recordarlo se le iluminó la mirada—, pero vos parecíais no daros cuenta. Hasta que, al fin, decidió hablar conmigo. Y comenzamos a vernos.

Leonor la tomó de la mano y la apretó suavemente.

—Oh, Maryam…, ¿qué vamos a hacer?

La muchacha la miró a los ojos apenada. Sabía que esta era una situación complicada para Leonor. Ella deseaba regresar a su hogar y Maryam, por su parte, solo deseaba vivir el momento, las mariposas en el estómago y las cálidas y vehementes caricias de Eric.

Tarde o temprano, llegaría el momento en el que tendría que abandonar a uno de los dos, dejar a su amante o ser desleal a su amiga y señora.

Maryam suspiró. No quería pensar en ello, viviría estos instantes de felicidad y no dejaría que ningún pensamiento negativo la inquietara. Su vida había estado plagada de infelicidad y desdicha, así que aprovecharía lo que el destino le ofrecía. Al fin y al cabo, otros decidirían por ella. Era lo que siempre le había sucedido.

Leonor tardó mucho tiempo en quedarse dormida. La incomodidad y, sobre todo, la revelación de Maryam le quitaban el sueño. Eric…, ¿cómo no se había dado cuenta? El parecido con Asur era innegable y, pese a la cicatriz, era físicamente agradable, con cierto parecido a Duncan, no en vano eran primos.

No supo cuándo se quedó, al fin, dormida. Tal vez fuera en uno de los relevos de los que hacían guardia, tras avistar la silueta de Duncan. No pensó en ello, pero se sintió protegida, entonces, y se dejó vencer por el sueño.

Por la mañana despertaron entumecidas de frío. Apenas comieron unos trozos de pan y se pusieron en camino. Aún les quedaba un largo viaje hasta el próximo pueblo.

La alianza entre Sancho y su hermano Alfonso establecida con el fin de arrebatarle los territorios a García y conseguir la devolución de Leonor, había acabado pudriéndose.

Pese a todas las desgracias acontecidas a García, no reveló nada que pudiera esclarecer la desaparición de su sobrina. Juró que nada sabía de ella ni de sus acompañantes. No se encontró rastro de Leonor, su ama Elvira o la esclava mora. Los soldados que las acompañaban aparecieron en la desembocadura del río un día de marea baja. Habían sido asesinados a hierro, con espadas. Ninguno podría aclarar ya el paradero de las mujeres, ni de su querida hija.

Sancho estaba empezando a preguntarse si García, realmente, decía la verdad cuando manifestaba no saber nada sobre la situación de Leonor. Esto situó al taimado Alfonso en su punto de mira.

El rey temía que fuera este, precisamente, el que tuviera las claves de la desaparición de su hija. Si así fuera, estaba seguro de que no volvería a verla con vida.

Se reunió con sus más fieles consejeros en una estancia privada a salvo de oídos indiscretos. Ni siquiera se le permitió el paso a la reina cuando lo solicitó.

Allí expuso sus deseos a sus hombres más leales y ordenó al alférez principal, Rodrigo Díaz, que preparara sus ejércitos, pues pronto iban a volver a la batalla.

La reina Alberta, por su parte, reconocía que la situación se estaba volviendo insoportable. No había conseguido que su marido se resignara a la pérdida de su hija y, para colmo, su pacto con su cuñado Alfonso se estaba volviendo en su contra. Este había resultado ser más astuto y pérfido de lo esperado.

Alberta temía que su marido tomara ahora decisiones que lo llevaran por un camino que ella no pudiera manejar. La reunión privada que había mantenido por la mañana con sus leales anunciaba un cambio de rumbo en la alianza con su cuñado. Si Sancho se enfrentaba a su hermano, su posición quedaría gravemente comprometida, pues dudaba que el trato entre Alfonso y ella pudiera sostenerse.

CAPÍTULO 15

Pequeños copos de nieve blanquísima caían azotados por un viento gélido.

Unos hombres cansados y dos mujeres agotadas trataban de llegar a la última parada de su viaje.

El jefe del clan Kerr los recibió en su caserón acompañado de un puñado de sus hombres y perros. Roger de Kerr era un grandullón aficionado al buen beber y a la buena vida. Los siervos del clan no lo pasaban mejor que los de Duncan, pero su señor era menos escrupuloso a la hora de permitirse unos lujos que su pueblo no se atrevía a soñar siquiera.

Duncan detestaba que Roger se aprovechara de su gente, aunque reconocía que siempre había sido un fiel aliado contra Lothian. Antes de regresar a Dunbar para pasar el invierno, necesitaba hablar con él y asegurarse de que todavía contaba con su favor.

La gran acogida que le dispensó el fornido escocés hizo que Duncan tuviera pocas dudas acerca de las intenciones de su compañero de batallas. En unos instantes le hicieron sitio a la cabecera de la mesa, avivaron el fuego de la enorme chimenea y les sirvieron a todos comida y bebida en abundancia.

Llevaban todo el día sin apenas comer, ya que no habían podido parar ante la inminencia de la nevada. El olor y la visión de las apetitosas viandas llenó de contento el alma de los hombres hambrientos, que pronto empezaron a dar buena cuenta de los platos ofrecidos.

Duncan, tras abrazar a su amigo, llamó a Leonor a su lado y la presentó.

Leonor pudo entender buena parte de la conversación. Duncan la trataba con el respeto debido a una persona de noble cuna y eso le gustó. Kerr, sin embargo, se fijaba en aspectos más sensuales que hizo varios comentarios que Leonor prefirió ignorar.

La gran mesa estaba abarrotada de hombres y mujeres comiendo, bebiendo, charlando a voces y riendo a placer.

Maryam se sentó cerca de una esquina y vio cómo el jefe Kerr tomaba de la mano a su señora, en un remedo de modales de gran señor, y poco menos que la obligaba a sentarse junto a él, a su izquierda. Duncan tomó asiento a la derecha del jefe.

A poco de empezar a comer llegaron las tres hijas del jefe. Eran tres beldades rubias, de largas melenas y ojos azules.

Una de ellas, que aparentaba ser la mayor, se sentó junto a Duncan. Las más pequeñas, que parecían mellizas y tendrían apenas quince años, tomaron asiento al lado de Leonor.

El jefe del clan era un hombre charlatán y de risa estruendosa, al que parecía no importarle que la joven no se enterara apenas de lo que le contaba. Reía, además, muy divertido ante cualquier respuesta que ella le diera, divertido ante su acento y su forma de expresarse.

De vez en cuando se giraba hacía su amigo y le hacía algún comentario. Leonor entonces aprovechaba para lanzar miradas de socorro a Maryam quien, desde su discreto lugar en la mesa, le lanzaba miradas compasivas.

Duncan, por su parte, bebía y charlaba animadamente con la hija mayor. El jefe le contó a Leonor que su primogénita había enviudado recientemente y esta pensó, maliciosa, que no parecía llevar su viudez con demasiada pena, viendo el descarado comportamiento libertino con el que trataba al guerrero, sofocándolo con sus arrumacos y miradas licenciosas.

Una de las hijas pequeñas había sido comprometida con uno de los guerreros de su propio clan, la continuó informando Roger. Para su desgracia no había tenido hijos varones, por lo que confiaba

que el clan Kerr pasara a ser dirigido por el más capaz de sus yernos. Sin remilgos, desveló que esperaba que Duncan se casara con cualquiera de sus otras hijas, pues sabía que no encontraría mejor marido para ellas ni jefe más esforzado por su pueblo. Ahora que la mayor había enviudado, quizá consiguieran retomar la estrecha relación que tuvieran años atrás, en su más tierna juventud, cuando todo hacía pensar que acabarían siendo marido y mujer.

Leonor escuchó interesada lo que el jefe le contaba, pidiéndole de vez en cuando que repitiera lo que no conseguía entender. A su vez el jefe Kerr no hacía más que importunarla obligándola a beber un licor que sabía a rayos y que hacía arder su garganta y su estómago con la excusa de que tenía propiedades medicinales.

Leonor notaba como el *uisge beatha*[1], así llamaban al brebaje consumido en abundancia por todos, se le iba subiendo a la cabeza, achispándola y ralentizando sus reflejos.

Necesitaba descansar, pero parecía que nadie en la sala tenía la más mínima intención de irse a dormir. Descubrió a algunos hombres que se habían quedado dormidos sobre la mesa y roncaban sin mayor preocupación para ellos ni para los demás.

De vez en cuando miraba, con disimulo, a Duncan que continuaba en animada conversación con su amiga y sus compañeros de mesa más cercanos, y que no parecía tener prisa por retirarse. En una ocasión, sin embargo, lo sorprendió contemplándola de forma tan intensa, que bajó la vista azorada. Cuando volvió a mirarlo, enfadada por haberse mostrado tan tímida, la hija de Kerr lo guiaba hasta el centro del salón donde se empezaban a oír los primeros acordes de una gaita.

Leonor creyó que se trataría de un baile por parejas a la usanza de Castilla, pero descubrió que se parecía más a una competición entre hombres por ver quién mostraba mayor flexibilidad y energía.

Era una danza en la que los movimientos se realizaban con la cadera y las piernas, con una agilidad asombrosas y en el que las

mujeres y todo aquel que no participaba batía palmas al son de la música y jaleaba a los participantes.

El señor de Kerr se levantó para acompañar la danza, dando enérgicas palmadas, mientras que Leonor se limitaba a mirar sin poder evitar sentir una desagradable sensación al comprobar la confianza entre el señor de Dunbar y Maud de Kerr. Duncan parecía ser su participante favorito y se movía con destreza y agilidad al son de la música.

Leonor buscó con la mirada a Maryam y la encontró muy entretenida intentado comprender a dos mujeres que le hablaban gesticulando exageradamente.

Duncan, mientras tanto, era vigilado estrechamente por Maud, quien no apartaba sus ojos del guerrero, mientras este iba derrotando uno a uno a sus torpes contrincantes en el baile, más debido a un exceso de *uisge beatha* que a otra cosa.

Terminado el baile, Leonor pensó que por fin todos irían a descansar, pero con la excusa de que Duncan resultó ser el vencedor, Maud se abrazó a él con tal desvergüenza que le resultó imposible de soportar.

Una ira interior la hizo ponerse en pie y apartar sus ojos de la animada pareja. Consumida por la indignación, aprovechó que el laird Kerr estaba distraído, felicitando al señor de Dunbar, para escabullirse del salón todo lo rápido que sus reflejos le permitieron. Salió por una puerta situada tras un tapiz que, de vez en cuando, levantaban para refrescar el ambiente.

Fuera hacía frío y Leonor echó de menos la abrigada capa que había olvidado dentro. No obstante, la baja temperatura la ayudó a despejar un poco sus sentidos, que sentía abotargados por el ambiente denso y el licor.

Aspiró profundamente el olor a bosque nevado que se extendía ante sus ojos y comprobó que la nieve había cubierto las copas de los árboles y gran parte del suelo.

El entusiasmo ante un paisaje tan desconocido y bello la invadió y se sintió alegre como una niña, pues era la primera vez

que veía tan espléndido entorno nevado de un blanco purísimo hasta el punto de que hería la vista. Su primera intención fue correr en busca de Maryam para mostrárselo, pero se detuvo al pensar que si entraba volvería a ver a Duncan con su amiga y sería presa, nuevamente, de las atenciones del jefe Kerr.

Así pues, decidió pasear entre los cercanos árboles, hacer pequeñas bolas de nieve que luego arrojaba contra sus troncos o mover las ramas para ver caer los copos sobre su rostro y sentir su exquisita frialdad.

Apenas llevaba un rato disfrutando de aquel paisaje mágico, cuando descubrió a un airado Duncan venir hacia ella.

—¡Sois una insensata! —la reprendió con una mirada que le produjo escalofríos—. ¿Acaso queréis ser alimento para lobos? —Asiéndola por el brazo, la llevó con rapidez hasta los muros protectores del caserón.

Leonor cayó en la cuenta de su descuido y se sintió avergonzada por su estupidez, pero, de inmediato, un sentimiento de rebeldía se apoderó de ella.

—¡Soltadme! —protestó, deshaciéndose de la mano que aprisionaba su brazo—. No finjáis que os importaría si me pasara algo.

Duncan la miró sorprendido y apenado a la vez.

—¿Lo dudáis? —le cuestionó, sorprendido, deteniéndose frente a ella y volviéndola a sujetar con más vehemencia.

—Supongo que si me ocurriera algo fastidiaría vuestros planes —respondió con un deje de amargura.

Leonor descubrió en los azules ojos del guerrero una chispa de algo parecido al odio y forcejeó para soltarse de sus manos que la aprisionaban cada vez con más intensidad.

—No tenéis ni idea… —dijo él con voz ronca y susurrante, tan cerca de su oído que aquella proximidad rayaba en lo indecente.

Se sintió desfallecer ante su cercanía. Duncan le despertaba una oleada de sentimientos desconcertantes. ¿Sería posible que lo

odiara y a la vez lo deseara con la misma intensidad? Notaba cómo su cuerpo ya no respondía a los dictados de la razón, se hallaba poseído por una extraña desazón, una clase de pasión desconocida que la hacía estallar en llamas de… ¿enojo?, ¿deseo? ante su presencia.

—Dejadme —suplicó con un hilo de voz—. Me… confundís… — No pudo evitar confesar.

Duncan se aproximó aún más, al punto que sus labios se rozaron levemente al principio, y con mayor intensidad después, fundiéndose en un apasionado beso. Leonor se dejó llevar y consintió que Duncan la guiara, consiguiendo que sus bocas se convirtieran en una sola, sus labios se mezclaran y sus lenguas recorrieran espacios inexplorados del otro, henchidas de pasión y deseo.

En torno a ellos no existía nada. El mundo se redujo al sabor de sus besos, al olor de su piel, al tacto de sus manos sobre su cintura y su espalda. Todo era tan nuevo, tan excitante y tan delicioso que la muchacha no podía evitar dejarse llevar.

«Esto no está bien», pensó en un desesperado acto de rebeldía que fue inútil. Las manos masculinas recorrían su cintura, subían por su espalda y se enredaban en su pelo. Aquello era absolutamente inapropiado, pero tan placentero que no tenía fuerzas para oponerse.

Respingó cuando él le acarició un pecho por encima de la tela, mientras que unos dedos ágiles intentaban colarse por su escote. Debería parar.

«¿Dónde está mi voluntad?», se decía, mientras se arrimaba aún más para sentir y disfrutar de la dureza del cuerpo del guerrero contra el suyo.

Se recriminaba interiormente, sin ser consciente de que ella hacía tiempo que había empezado a participar de aquel abrazo. Lo besaba febril, ansiosa, consumida por un anhelo arrebatador, mientras Duncan le mordía suavemente la mandíbula, el cuello y luego volvía a apoderarse con pasión de su boca.

El laird la aprisionó entre el muro y su magnífico cuerpo y ella sintió que todo su ser se deshacía y se volvía lava ardiente al comprobar cómo él se enervaba y endurecía ante su contacto. Esta era una situación nueva que la hacía sentir excitada y poderosa.

Lentamente, las manos de ella se hicieron más atrevidas, más audaces. Recorrieron el pecho masculino y se metieron dentro de la túnica que llevaba abierta después del baile. Las caricias se hicieron más atrevidas cuando vio como él cerraba los ojos, se mordía los labios y apoyaba su frente en la de ella.

Duncan gimió, frunció el ceño y algo parecido a un gesto de dolor cruzó su rostro un momento. Se apartó de ella bruscamente. Leonor no llegó a imaginar cuánto le costó hacerlo.

El guerrero podía sentir su mirada interrogante, ansiosa, los labios rojos e hinchados. Era la viva imagen del deseo, pero ¡por todos los demonios!, si continuaban enlazados no iba a poder parar, la haría suya y no era así como se había comprometido a velar por ella. Así que evitó mirar sus ojos, sus labios tentadores y masculló algo sobre volver al caserón.

La muchacha no entendía el repentino rechazo del hombre. Supuso que tal vez le hubiera disgustado su escandaloso comportamiento. El aire helado no disimuló el rubor de su rostro causado por el bochorno que le inspiraban sus pensamientos.

Siguió a Duncan hasta la entrada. Poco a poco la cordura fue imponiéndose y se preguntó si ese licor tan amargo había tenido algo que ver en su comportamiento tan libertino. Tenía el presentimiento de que más tarde iba a sentirse muy avergonzada…

CAPÍTULO 16

Al volver de nuevo al salón apenas quedaba rastro del banquete que se celebraba momentos antes, tan solo algunos guerreros dormidos cerca del fuego, junto a los perros, y bancos y mesas esparcidos por doquier. De las mujeres solo quedaba Maryam que, somnolienta, esperaba a Leonor bostezando.

Duncan las acompañó hasta una pequeña estancia en la parte trasera de la casa. No había más que una cama que compartirían y él se aseguró de que tuvieran suficiente ropa de abrigo.

Se despidió pidiéndoles antes que cerraran la puerta por dentro cuando se marchara. No hubo suaves palabras de despedida para Leonor, ni siquiera la miró a los ojos.

Estaba desconcertada. No lo entendía. ¿Acaso lo que había ocurrido entre ellos no había significado nada para él? Para ella, su entrega, sus caricias, habían supuesto un descubrimiento imponente y conmovedor que la había hecho rendirse por completo a él durante esos instantes. Admitió para su completa vergüenza que había deseado que la hubiera hecho suya. En ese momento tan íntimo y mágico el mundo había dejado de existir, tan solo permanecían ellos dos, sus corazones latiendo al unísono, sus cuerpos enfebrecidos buscándose con ansia.

Se sentía desconcertada, podría haberse rebelado ante su contacto, debería haberlo hecho, se torturó, pero no lo hizo. No había opuesto ninguna resistencia a sus besos y caricias.

Reconoció que lo había deseado y disfrutado. Por eso le dolió la forma en la que él la trató al final. Había sido brusco e insensible.

Se sintió desengañada, frustrada. Caviló que él solo la había utilizado y con ello había demostrado el poder que tenía sobre ella, no solo como su captor sino como hombre. Había sido tan ingenua

que, durante unos momentos, los más dulces y excitantes que había vivido, se había sentido deseada y, sobre todo, amada.

Maryam dormitaba a su lado en la cama y Leonor estuvo tentada por un momento de contarle lo ocurrido y desahogarse. Sin embargo, no quiso despertarla y no tenía fuerzas para expresar el caudal de emociones que la embargaban. Creyó que le esperaba una larga noche de insomnio, pero pronto el cansancio la venció y durmió profundamente.

Fuera, tras la puerta que reservaba la intimidad de las dos mujeres, Duncan se preparó para pasar la noche. Se sentó contra la madera y acomodándose lo mejor que pudo se arrebujó en su pesada capa de piel.

Su compañero Roger era un excelente guerrero, pero no se fiaba de él en cuanto a contener sus instintos primarios, y no estaba dispuesto a que Leonor recibiera una visita inesperada.

El pensamiento de la muchacha en brazos de otro hombre le supo amargo como la hiel y no tuvo más remedio que reconocerlo.

Lo ocurrido aquella noche en el bosque había sido… tan hermoso como inoportuno. Tendría que haberse limitado a devolverla a la casa. Durante toda la velada la había estado vigilando disimuladamente, pero mientras había estado bailando le fue imposible. Justo en ese momento ella había desaparecido y él se volvió loco de angustia al no encontrarla después.

Preguntó a Maryam, a Roger… nadie sabía dónde estaba.

Por fin, alguien le contó que la había visto salir. Se angustió durante unos minutos interminables hasta que consiguió encontrarla. Un hada de negros cabellos jugando con la nieve, susceptible de perderse en el bosque donde serviría de alimento para alimañas.

Lo que sucedió a continuación no tenía explicación para Duncan.

Quizás fuera el alivio de encontrarla. No quería pensar que estuviera estableciendo algún tipo de vínculo con ella. Sin embargo, al recordarlo, un sentimiento extraño y desconocido lo embargaba.

Era una mezcla de pasión y deseo, pero también de ternura, de necesidad de protegerla, y de… ¿odio? La odiaba por despertar en él sentimientos que no debían existir.

No podían compartir un futuro en común. Era inútil imaginarlo siquiera y sin embargo… ella lo había besado. No la obligó en absoluto, pudo haberlo rechazado, en cambio, le respondió con una pasión igual a la suya. ¿Acaso ella estaba sintiendo algo parecido a él?, ¿o estaba buscando engatusarlo para que la liberara?

Se rebeló ante la idea de que ella pretendiera engañarlo. Se revolvió incómodo y la herida le dio un doloroso tirón.

Recordó el día que Leonor le cambió el vendaje y las sensaciones que le produjo el tenerla tan cerca, aspirar su aroma, oír su voz cantarina junto a su oído…

Pensó en lo encantada que estaría Maud si pudiera atender sus mínimos deseos. Toda la noche había estado pendiente de agradarlo. Duncan sabía que ella intentaría iniciar de nuevo un cortejo como tuvieron en el pasado.

Duncan la hubiera tomado por esposa a su debido tiempo, sin embargo, tras volver de un viaje a la comarca de Fife, la encontró comprometida con un guerrero normando emparentado con la esposa del rey de Alba. Su desilusión fue absoluta y en adelante tomaría a las mujeres que se le ofrecieran, pero no volvió a pensar en cortejar a ninguna otra.

Hasta que la hija de su enemigo apareció en su vida, quebrando en mil pedazos su tranquilidad, y empezó a desear no solo tomarla, sino también conservarla…

Aquella noche el viento helado sopló con fuerza y la nieve del suelo se congeló. El duro invierno había llegado definitivamente a aquellas tierras. Transitar por aquellos caminos a pie o a caballo se convertía en toda una hazaña para unos pocos locos o muy necesitados. Navegar en aquella época por el Mar del Norte era una tarea sumamente difícil y peligrosa, por lo que el transporte de

mercancías, o el correo a caballo o en barco, era prácticamente inexistente.

Leonor pensó en ello cuando Duncan la avisó, mientras desayunaban, de que deberían permanecer unos días alojados en la casa del señor de Kerr. No hizo ninguna referencia a lo que había pasado entre ellos. Se limitó a informar que cabalgar por el suelo helado era imposible, por lo que esperarían unos días a que el hielo se derritiera.

Fue una noticia sumamente desagradable para la joven, que deseaba verse fuera del alcance del agobiante laird y de las miradas furibundas de su hija mayor.

Tuvieron que esperar casi una semana para poder regresar a Dunbar.

Mientras tanto, hubo de soportar las abrumadoras atenciones de Roger, la frialdad de Duncan con ella, y contemplar los atrevidos arrumacos que Maud le proporcionaba.

Por más que se dijera que no le importaba lo que pasara entre ellos, en realidad, prefería no estar presente cuando Maud se ponía especialmente cariñosa… y Duncan no se molestaba en rechazarla.

Maryam, por su parte, notó que su señora se encontraba especialmente taciturna y pensativa. Leonor no quiso abrumarla contándole lo que había pasado con Duncan o hablándole de sus sentimientos. Ni ella misma entendía lo que le ocurría, cómo era posible que la actitud de aquel hombre la incomodara tanto. Al fin y al cabo, no era más que un atrevido salvaje, acostumbrado a tomar lo que se le antojara, se dijo con amargura.

Finalmente, tras varios días de espera, pudieron partir rumbo al castillo de Dunbar donde les esperaba un mensaje procedente de Castilla.

CAPÍTULO 17

El camino de regreso fue muy duro debido al frío. Cabalgaron durante todo el día, sin apenas descansar para tomar algún bocado. Leonor se encontraba agotada y aterida de frío, pero prefería no detenerse; la nieve comenzaba de nuevo a caer. Cuanto antes volvieran a *casa*, se dijo para sí misma con amargura, antes descansarían.

Cuando por fin llegaron, Asur y Eric les esperaban preocupados. Se saludaron y las mujeres pronto marcharon a sus aposentos. Duncan se reunió con ellos y lo pusieron al día. Habían llegado las esperadas noticias desde Castilla.

A la mañana siguiente, Leonor reconoció no encontrarse mucho mejor que el día anterior. Parecía que la noche pasada entre pesadillas no le hubiera proporcionado descanso alguno. Maryam no se encontraba en la alcoba y sacando fuerzas de flaqueza, bajó a buscarla. La encontró saliendo de las cocinas y esta se asombró al verla tan pálida y ojerosa.

Decidieron sentarse cerca de la chimenea del salón, donde dormitaban algunos de los muchos perros que solían vagar por aquella zona del castillo, y desayunar unas gachas.

Mientras tanto en una estancia privada situada no muy lejos de allí, Duncan continuaba dándole vueltas al pergamino que tenía en sus manos. Era la misiva proveniente de Castilla; para su sorpresa no traía las noticias que esperaba.

En la carta se le informaba que las negociaciones con el rey Sancho no habían tenido el resultado pretendido, ya que se hallaba enfrascado en una contienda contra su hermano García.

Se le pedía esperar hasta la llegada de la primavera para retomar el contacto, con el convencimiento de que en el próximo correo llegarían buenas noticias para ambas partes. Confiaban en

que la prisionera estuviera siendo convenientemente tratada en cuanto a su rango y valía.

Este mensaje desconcertó a Duncan. Si Leonor era una hija tan amada por su padre, tal y como le habían asegurado y la propia Leonor así se lo hizo saber, ¿a qué venía esta demora para recuperarla? Presentía que su interlocutor no estaba siendo sincero. Pudiera ser que el rey no conociera el destino de su hija o que estuviera viva siquiera. Quizás lo más inteligente fuera confiar en la muchacha y dejar que ella misma escribiera a su padre, pero Duncan temía que en cuanto Sancho conociera su situación, devastaría el clan como represalia.

El laird de Dunbar decidió confiar en su instinto que le susurraba que allí había algo turbio.

Después de mucho pensarlo, decidió cuál sería su siguiente movimiento. Enviaría a algunos de sus mejores hombres a espiar la situación de Castilla y, de paso, le haría llegar un ultimátum al autor del escrito: si Sancho de Castilla quería recuperar a su hija sana y salva y que nadie supiera de su intervención en todo el asunto, Castilla debía retirar todo apoyo a Lothian.

Lo que no tenía tan claro era si debía comunicar a Leonor las noticias recibidas. Ella le preguntaría por su situación, ¿qué podría decirle?

Él no tenía la obligación de informarla en absoluto, pero no quería hacerla sufrir con una espera vana. Sin embargo, ¿no la destrozaría oír que su padre no había resuelto nada para devolverla de nuevo a su lado?

Finalmente, resolvió convocarla y, sin entrar en detalles, comunicarle que habría de pasar el invierno en Dunbar.

Duncan se preguntó si podría soportar permanecer tanto tiempo junto a una mujer que le estaba prohibida, pero que constituía una auténtica tentación para él.

Ante la petición de Duncan, Asur fue a buscar a Leonor y la encontró sentada en el salón junto a Maryam. La encontró más triste

y abatida que cuando se fue, y decidió que más tarde hablaría con el laird sobre ello.

Sospechaba que el joven tenía algo que ver en el asunto así que trataría de recordarle que ella debía regresar a su hogar tarde o temprano, sin importar cómo acabaran las negociaciones. En ningún momento habían pensado en hacerle daño y era evidente que la joven estaba sufriendo.

La castellana se limitaba a remover la escudilla con la mezcla de avena y leche, cuando Asur le pidió que lo acompañara. Lo oyó como si le hablara desde muy lejos y haciendo un gran esfuerzo se puso en pie para seguirle.

Duncan la esperaba en un pequeño despacho anexo al salón donde la había recibido el primer día.

Ella había conseguido llegar hasta allí caminando como un autómata pues se sentía febril y mareada y le costaba gran esfuerzo mantenerse en pie. En su presencia deseó tener fuerzas para gritarle que la dejara marchar a su hogar, que no se divirtiera a su costa, ni la hiciera sufrir, pero no podía oír siquiera lo que el guerrero le decía, sus palabras parecían llegarle desde muy lejos. Nunca se sintió tan débil como en esos momentos.

Se encontraba tan agotada que pensó cerrar los ojos y descansar un momento. Cuando los abrió el laird estaba a su lado y le ponía una mano helada en la frente. Estaba a punto de desfallecer cuando él la tomó en sus brazos.

Duncan la había notado especialmente frágil al entrar en la cámara, sus mejillas estaban enrojecidas y le brillaban los ojos. Supo que algo iba mal cuando la muchacha no pareció reaccionar ante lo que le estaba contando. Tocó su frente y notó que ardía.

Sin perder un minuto la tomó en sus brazos y la subió a su cámara mientras le dirigía a Asur una mirada de angustia.

Por espacio de varios días Leonor estuvo postrada en el lecho, consumida por la fiebre.

Parecía inmune a cualquier remedio que Asur y Maryam preparasen. Duncan no dudaba de que su enfermedad provenía del cansancio y el frío recibidos durante el duro viaje por sus tierras.

Se culpaba por ello y, desesperado, vigilaba junto a la cama, en compañía de Maryam, con la esperanza de que se recuperara.

Ahora más que nunca reconocía que Leonor debía volver a su tierra. Si por un momento había tenido una mínima esperanza de que ella pudiera quedarse junto a él, esto lo descartaba; Leonor nunca resistiría el crudo clima de estas regiones.

Asur le había confesado que, si la fiebre se prolongaba, no habría esperanza para la joven.

En la alcoba, un desesperado Duncan y una desconsolada Maryam velaban sin descanso.

Al principio de la enfermedad el sueño de Leonor había sido agitado, plagado de pesadillas en las que llamaba a su padre y a Elvira. Los días siguientes se serenó y ni siquiera despabilaba cuando intentaban darle de beber.

Al amanecer del quinto día, la muchacha despertó de su profundo sueño. Con la garganta áspera, sedienta y terriblemente agotada, intentó incorporarse. Maryam, que dormía a los pies de la cama, se levantó rápidamente y le acercó una copa de peltre con agua fresca.

Mientras bebía advirtió con asombro que Duncan dormía en una silla junto a su cama.

Sonrió a Maryam y volvió a dormirse contemplando al hombre.

A partir de entonces Leonor fue lentamente mejorando.

Duncan pasaba mucho tiempo junto a ella en su alcoba, animándola a comer y beber y procurando que tomara las medicinas

que Asur le preparaba.

Era consciente de que lo que hacía no estaba bien. El tiempo que disfrutaban juntos creaba un lazo de afecto muy especial que tarde o temprano tendría que romperse.

Se dijo que sería solo durante su convalecencia, pero gozaba de cada minuto que pasaba con la joven, de su presencia, de su voz, de sus vivencias y recuerdos.

Leonor le hablaba de su tierra, de su infancia, de Elvira y de su padre. Él le contaba del pasado espléndido de su pueblo y de la esperanza de un futuro mejor. Los dos obviaron hablar de lo sucedido en las tierras del clan Kerr.

Casi podría parecer que se trataban de dos amigos y no de un cazador y su presa.

Cuando Leonor se encontró mejor, tomó un reconfortante baño caliente en una tina dispuesta frente a la chimenea. Maryam pasó mucho tiempo lavándole los largos cabellos y peinándolos.

Esa noche iban a participar de la cena en compañía de los miembros del clan y disfrutaron como dos niñas eligiendo entre algunas ropas de abrigo que Duncan les había enviado. Las telas no eran tan delicadas, ni los colores tan vistosos como los que habían lucido hasta ahora, pero no había duda de que abrigaban mucho más.

Se decidió por un vestido verde oscuro de tacto aterciopelado que la favorecía especialmente.

Tenía un escote pronunciado que adornó con un fino pañuelo de hilo blanco. Las mangas eran estrechas, pero a partir del codo se abrían. El talle era ajustado y llevaba un cinturón dorado con unas graciosas cadenas colgando que resaltaban su estrecha cintura. Duncan además le había dejado unas botas de cuero forradas que le sentaban a la perfección.

Dejó que Maryam le pintara los ojos con un preparado a base de bayas de sauco y aceite vegetal que le dio una favorecedora

tonalidad púrpura y le dibujó unos enigmáticos dibujos en las manos como si de una pintura con henna se tratase.

Leonor en un arranque de sinceridad, le confesó que esperaba agradarle a Duncan, pues había descubierto que su captor podía ser un atento y un grato conversador si se lo proponía.

Maryam escuchaba interesada y pensaba, convencida, que su amiga sentía algo más de lo que reconocía por el señor de Dunbar.

Las muchachas terminaron de arreglarse y juntas bajaron a reunirse con el resto de los comensales de la cena, desconocedoras que esa noche iba a tener un carácter especial.

CAPÍTULO 18

En el salón se reunían los mejores hombres de Duncan, los guerreros más leales y afines al clan. Eric, Duncan y Asur presidían la mesa.

Leonor y Maryam entraron en el salón cuando todo el mundo estaba sentado y se comenzaban a servir las viandas.

El señor de Dunbar sintió que el corazón le daba un vuelco al verla. Hacía unos días había estado a punto de perderla y ahora estaba ante él, más hermosa y resplandeciente que nunca. Sin duda los dioses debían tener alguna razón perversa para jugar con su vida y sus sentimientos como lo estaban haciendo.

Acudió a su encuentro y le pidió que se sentara junto a él y, tomándola de la mano, la llevó hasta su asiento.

Dio comienzo la cena y tras algunos bocados Duncan percibió los dibujos en sus manos y se interesó por ellos, mientras con sus dedos, delicadamente, iba resiguiendo la trama.

Conversaron a lo largo de la noche y él se ocupó de sus más mínimos deseos y cuidó de que se alimentara y tomara algunos sorbos de *uisge beatha*, pues la consideraban muy digestiva y con propiedades medicinales.

Leonor se sentía arropada por Duncan, pero no dejaba interiormente de preguntarse si no sería un espejismo y, en cualquier momento, él cambiaría de actitud como ocurrió en el bosque durante su estancia en casa de Roger de Kerr.

Aquella cena parecía conmemorar una ocasión especial, existía una algarabía nerviosa, cierta inquietud en el ambiente, se oían risas, pero los semblantes de los invitados no parecían especialmente alegres.

La castellana advirtió que Maryam, sentada en un extremo de la mesa junto a Eric, se mostraba agitada, triste y sostenía una interesada conversación con el guerrero.

No tuvo tiempo de preguntarle a Duncan qué ocurría, que era aquella excitación, aquella inquietud que se palpaba en los rostros de los guerreros y en su comportamiento. Duncan le pidió hablar con ella y la llevó aparte, a una dependencia que se encontraba vacía en ese momento y donde tendrían mayor intimidad.

Se sentía incómodo, no encontraba la manera de exponer sus ideas de forma que no le hiciera daño. En cuanto la muchacha se recuperó tendría que haberle hablado del contenido de la carta que llegó de Castilla, pero esperaba una ocasión propicia que nunca encontró. Primero, fue la excusa su enfermedad y después, no quiso darle malas noticias. Sabía lo mucho que ella deseaba volver a ver a su padre, volver a su hogar.

Leonor le había hablado con tanta pasión de su tierra, de su padre y de su dama de compañía Elvira que él temió romper ese momento mágico de confianza entre ellos contándole las nuevas recibidas.

Ahora, sin embargo, tendría que hacerlo pues iba a enterarse y debía ser él quién se lo contara.

—Quiero que sepáis que… una partida de mis hombres va a marcharse mañana. Les he encomendado una tarea especialmente difícil. Deberán navegar con un clima poco recomendable hasta las costas gallegas.

Leonor imaginaba que lo que Duncan le iba a contar tendría relación con su situación, pero no pudo evitar sentir un escalofrío al oír que volverían al lugar donde la raptaron, a su tierra.

Estuvo tentada de suplicarle que la llevaran con ellos, sin embargo, algo la hizo contenerse y dejó que prosiguiera.

—Están encargados de averiguar qué sucede en el reino de Castilla, y de establecer relación con nuestro interlocutor para darle un ultimátum.

Al oír esto Leonor sintió que sus piernas eran incapaces de sujetarla. Se recostó contra la pared y con un hilo de voz ante la respuesta, inquirió:

—¿Un ultimátum? ¿Qué sucede?

—Nos ha llegado la noticia que el rey Sancho está guerreando contra su hermano García con la intención de apropiarse de sus tierras.

Leonor no daba crédito a sus oídos. Su padre no pelearía contra su hermano más querido si no hubiera una poderosa razón para hacerlo.

—No puede ser, ¿por qué iba a hacerlo? —Tomó aire—, ¿y qué ha resuelto de vuestras condiciones para mi rescate?

—No se avendrá a hablar de ello hasta que no concluya el enfrentamiento.

¿Qué significaba todo aquello?, ¿que su padre posponía su rescate hasta acabar una batalla de la que nunca había oído hablar? Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas al imaginar que su padre se desentendía de ella.

Duncan, pese a la oscuridad del rincón donde conversaban, estaba pendiente de todas sus palabras y sus gestos. Al ver brillar sus lágrimas, su corazón se enterneció y se acercó a abrazarla.

Leonor lo sintió muy cerca y sin poder contener todo el dolor y la ira que la embargaban le apartó de un empujón, mientras le gritaba que todo era una invención, que su padre jamás la abandonaría en aquella tierra de salvajes y que era el mismo diablo al inventar semejante sarta de mentiras.

Duncan negó con la cabeza. Ante su silencio, ella volvió a empujarlo, pero él la sujetó de las muñecas. Tras forcejear durante un rato sin lograr zafarse, la muchacha se sintió agotada por el esfuerzo físico y emocional y, recostándose en el pecho de Duncan, lloró amargamente. Él soltó su agarre y la abrazó con ternura.

Con el alma dolorida, pensó que aquello era una demostración más que corroboraba el hecho de que Leonor debería regresar a su

hogar, tarde o temprano. Ella no albergaba sentimiento alguno por esta tierra… o por él. Su corazón estaba en Castilla. Debía apremiar a sus hombres para trajeran la respuesta del rey y ella pudiera regresar a su hogar.

Leonor, por su parte, se sentía engañada por el guerrero. Estaba segura de que su padre nunca la abandonaría, ¿por qué Duncan inventaba una mentira tan cruel?

Poco a poco fue calmándose y comenzó a pensar en la posibilidad de que fuera la reina la que hubiera escrito aquellas falsedades con las peores intenciones. Se reprendió a sí misma por haberse dejado llevar por la ira. Si Duncan negociaba con Alberta, le pondría mil trabas antes de permitir que ella volviera sana y salva.

Intentó mostrarse más calmada y quiso exigir a Duncan una explicación y la lectura de la misiva, pero su severo rictus la disuadió.

Se apartó, entonces, altiva y, limpiándose las lágrimas en un gesto rápido, se alejó de él dirigiéndole una mirada cargada de odio.

La vio alejarse, dejando el rescoldo del rencor y el desprecio sobre él. Duncan cerró los ojos un momento para asumir su derrota. Él había luchado para que sus sentimientos no lo traicionaran, para no quedar cautivado por su hechizo. Había sido en vano. Se sabía rendido. Y, sin embargo, estaba seguro de que, a pesar de sus sentimientos, la adorada joven lo odiaba con todas sus fuerzas. Aquello dolía como una herida cruel, inesperada, como si su corazón fuera de cristal y se hubiera roto en pedazos y las finas aristas se clavaran en lo más profundo de su ser.

Descansó su cuerpo sobre el muro de piedra de aquella estancia solitaria y suspiró, intentando recomponerse. Se recordó que seguía siendo el señor y responsable del clan y que las vidas de los suyos se hallaban en sus manos. Les debía su sacrificio.

Y, al parecer, sería el único que se sacrificara. Ella no parecía sentir nada especial después de todo. Eso facilitaría las cosas. Facilitaría la despedida.

De cualquier manera, no iba a permitir que lo tratara con desprecio, se dijo sintiéndose herido en su orgullo, no consentiría sus desplantes de malcriada.

Fue tras ella y la alcanzó justo cuando llegaba a la puerta de su aposento. Ella quiso entrar sin dirigirle una mirada siquiera y él le impidió el paso.

—¿Se puede saber qué os ocurre? No entiendo vuestra actitud. He sido sincero con vos en este asunto. Os he contado lo que pretendo y la respuesta que he recibido… —Ella lo enfrentó con una expresión severa. Duncan prosiguió—. Hace un momento llorabais desconsolada en mis brazos, y ahora os esforzáis por mostrarme vuestro desprecio.

Leonor sintió el picor en los ojos que precedía a las lágrimas. Respiró hondo e intentó evitarlas.

—No sé si me hacéis daño intencionadamente o sin saberlo —susurró, sacando fuerzas.

Él no contestó. La miró largo rato y después, tomando su rostro entre las manos, comenzó a besarla suavemente, el cabello, los pómulos, los ojos anegados en lágrimas.

Leonor agotada y rota, se dejó hacer mientras él la abrazaba con ternura. No podía dejarla ir. Lo haría cuando llegara el momento, pero no la abandonaría a la desesperación en estos instantes.

Después de todo, él era el culpable de su amargura.

CAPÍTULO 19

Golpejera, Reino de León, enero de 1072

Sancho dirigía sus ejércitos hacia Golpejera, donde se hallaban las mesnadas que protegían a Alfonso. Todos sus intentos por hablar con él habían sido inútiles.

Teniendo en cuenta las súplicas de su esposa Alberta, lo había enfrentado con paciencia al principio y le había dado la oportunidad de que explicara sus actos, pero las réplicas que había recibido habían sido vagas o, prácticamente, inexistentes.

Es por ello que el rey sospechaba que Alfonso tenía mucho que ver en la desaparición de su hija y que la culpabilidad y los desmanes que atribuyó en su día a su hermano García habían sido, en realidad, preparados por el rey de León para enemistar a ambos.

La reina le rogó que permaneciera a su lado y le diera la enésima oportunidad a Alfonso de defenderse, pero Sancho comprobaba cómo pasaban los meses sin tener noticias del paradero de su hija y temiendo lo peor se lanzó en pos de su hermano sin dilación.

A finales de año, en pleno invierno, el rey de Castilla, con la ayuda de su brazo derecho, Rodrigo Díaz, derrotó al ejército leonés en Golpejera y capturó a Alfonso.

El rey de Castilla paseaba nervioso por la estancia. Se hallaba dentro de una espaciosa tienda de campaña que le había servido de vivienda mientras estuvieron guerreando contra el leonés y sus ejércitos.

A pesar de que las hostilidades habían concluido al ser Alfonso derrotado, Sancho no había mandado recoger el sitio, pues no pensaba regresar a Burgos sin conocer el paradero de su hija.

Hasta el momento, Alfonso, pese a los interrogatorios de su hermano, había negado su participación en el secuestro de Leonor. Sin embargo, al ser informado de que los testigos que presentó culpando a García habían confesado haber sido pagados por vasallos muy próximos a él mismo, ya no lo hacía de forma tajante, como antaño, dando a entender que probablemente supiera más de lo que reconocía y que se reservaba una valiosa información.

A estas preocupaciones se le sumaba ahora la visita de su hermana Urraca, reina de Zamora, que le había solicitado un encuentro, pues decía tener la imperiosa necesidad de hablar con él.

Urraca siempre se había caracterizado por tener especial apego a su hermano Alfonso, y Sancho se admiró de cuán rápido viajaban las noticias entre reinos.

En realidad, Alfonso hizo llegar a su hermana un convincente mensaje a través de algunos espías infiltrados en el campamento castellano, y esta, presurosa, había corrido rauda en su auxilio.

Sancho decidió recibirla. Conocía el carácter irascible y fiero de Urraca y la demora no haría más que acrecentarlo. Esperaba poder despacharla pronto.

Aunque hacía varios años que no se veían, Sancho encontró a Urraca tan hermosa como siempre. Poseía una belleza serena, de ojos azules y cabello rubio. Los numerosos embarazos no habían hecho mella en su cuerpo. Pareciera que hubiera hecho un pacto con el diablo para mantener su lozanía. Transmitía una sensación de calma y sosiego, pero esto era una mera fachada, puesto que en su interior la reina zamorana estaba constantemente maquinando el modo de imponer sus deseos y ambiciones por encima de todo y de todos.

Después de los saludos iniciales y diversas fórmulas de cortesía al uso, Urraca decidió ir al grano.

—Mi querido hermano Sancho, me pregunto si debería felicitaros por vuestra victoria sobre las huestes de nuestro indefenso Alfonso.

—¿No has venido para eso? —Sancho, obviando la crítica mordaz sobre la supuesta indefensión de Alfonso, se preguntó qué querría en el fondo su hermana.

—Pudiera ser, aunque, a decir verdad, estoy preocupada por mi futuro.

—¿A qué te refieres?

—¿He de suponer que el próximo reino que tomes será el mío?

—Creo que sabes que no tengo afán de conquista, mi prioridad es mantener la paz en mis territorios. Me he visto obligado a ir contra mis propios hermanos para recuperar algo que es mucho más importante que las posesiones terrenales —le aseguró mirándola con fijeza. Ella nunca aceptó a la hija bastarda de su hermano y notó como apenas disimulaba una mueca de desprecio.

—Sé que vuestra… hija ha desaparecido. Tenía entendido que estaba bajo la protección de García. Puedo comprender que fuerais contra él, pero no entiendo vuestra reacción contra Alfonso.

—Alfonso presentó testigos falsos que acusaban a García. No necesité presionarlos demasiado para que me revelaran la verdad. El propio Alfonso les aleccionó para que dijeran tamaña monstruosidad en su contra. ¡Por su culpa he luchado contra mi hermano menor, he arrasado sus tierras y lo he encerrado en la más dura de las prisiones! ¿Os dais cuenta de la maldad que alberga su corazón?

—¡Bah! —Urraca no se conmovía fácilmente. Desde muy niño Alfonso le pareció el más inteligente, apuesto y embaucador de sus hermanos. Hablaría con él y descubriría la verdad. Si realmente las cosas habían sucedido tal y como las contaba Sancho, Alfonso tendría sus motivos, se dijo convencida—. ¿Y supongo que Alfonso en persona os habrá confesado su crimen?

—Aún no, pero lo hará tarde o temprano. Descubriré qué ha sido de mi hija —repuso con firmeza.

—Si lo conocierais tan bien como yo, sabríais que Alfonso se crece en la adversidad. Si seguís reteniéndole, jamás averiguaréis la verdad —le aseguró.

—¿Sugerís entonces que lo deje libre? —insinuó Sancho con sorna.

—No —Urraca permaneció pensativa unos instantes—. Sin embargo, estoy convencida de que, encerrado en un lugar más apropiado, un lugar de recogimiento y oración, quizá conseguiríamos que confesara sus culpas.

Sancho meditó por unos momentos. Conocía a su hermano lo suficiente para saber que no era una persona de fiar. Tampoco lo era su hermana Urraca. Sin embargo, en el fondo intuía que no conseguiría hacer hablar a Alfonso por la fuerza y pensó que tal vez debería facilitarle la oportunidad de explicarse. Quizás fuera necesario cambiar de táctica.

—¿Y qué proponéis?

Urraca sonrió. Su hermano mayor seguía siendo tan confiado como siempre.

—Conozco muy bien al abad del Monasterio de Sahagún. Os aseguro que es una persona piadosa y de mi entera confianza. Ingresad a Alfonso en el monasterio, es una opción mejor que encerrarlo en prisión y más acorde a su rango. Le convenceré para que confiese, tengo fe en su devoción, y le sugeriré que tome los hábitos, al menos durante un tiempo, en penitencia. Yo misma os transmitiré toda la información que me proporcione al instante.

Sancho pensó que era un cambio demasiado radical en la vida de su hermano como para que lo aceptara sin más. Temía las segundas intenciones de ambos, sin embargo, se aferró a esta débil esperanza, no sin antes poner una serie de condiciones.

—Está bien. Trasladaré a Alfonso hasta el monasterio acompañado por una escolta que permanecerá vigilante día y noche tras los muros. —No era tan cándido como para creer que Alfonso no intentaría escapar—. Por otra parte, haré lo que es de justicia,

liberaré a García y le devolveré sus tierras. —Hizo una pausa y dedicó una mirada firme a su hermana Por supuesto, asumiré sin dilación la corona de León. Es lícito que me pertenezca pues ha sido vencido en una batalla que él mismo ha provocado. —Sabía que esto supondría un duro golpe para Alfonso y quizás sirviera para instarlo a confesar.

—Entiendo vuestras condiciones —concedió Urraca—. Y puesto que todo está suficientemente claro, nada me retiene ya aquí —concluyó, dispuesta a marcharse inmediatamente.

—Os equivocáis, querida hermana. —El rey castellano le lanzó una mirada cargada de oscuridad y sentenció—. Hay algo más que debo advertiros. Si descubro que me habéis engañado con vuestra propuesta, os juro por Dios que el próximo reino que arrasaré será el vuestro.

Urraca no consiguió ver a su hermano Alfonso hasta pasados varios días de su ingreso en el Monasterio de Sahagún.

En la más estricta intimidad de su austera celda, Alfonso y Urraca tuvieron una larga conversación en la que el leonés la convenció de que el verdadero interés de Sancho era la conquista de todos los territorios que su padre repartió al morir, arrebatándoselos uno a uno a sus hermanos y legítimos dueños, con la intención de que los heredara su hija bastarda. Pretendía que Leonor, a su debido tiempo, fuera desposada con alguien de la más elevada nobleza, para conseguir disimular el origen humilde de su linaje materno, y así, de esta forma, Sancho podría legitimarla.

Alfonso le contaba a Urraca que había sabido de sus planes y pensaba enfrentarlo, pero Sancho le prometió que dejaría en paz sus tierras si le ayudaba a conquistar Galicia. Prefirió ponerse de parte del rey de Castilla que de su hermano García, pues era bien sabido que este no poseía la capacidad guerrera del castellano.

De poco había servido su contribución con hombres y víveres a la lucha en Galicia, se quejaba. Sancho no había respetado su

palabra y finalmente había enviado a sus soldados en su contra y había conseguido hacerse con la corona de León.

Urraca quería creer lo que Alfonso le contaba. Sin embargo, aún recordaba y le surgía la duda de si podría ser cierta la desaparición de la bastarda, que era la razón que Sancho había alegado para las guerras fratricidas.

Decidió preguntarle directamente y sin rodeos. Alfonso fue parco en palabras y, aunque no la informó acerca del paradero de la muchacha, dejó entrever que estaba al tanto de su desaparición y que sabía más de lo que ella suponía. Concluyó asegurándole que todo lo hacía por la protección de sus reinos.

Para que no le quedaran dudas a la reina de Zamora acerca de su buena fe, la instó a que protegiera sus tierras y se pertrechara abundantemente, pues estaba convencido de que el castellano acabaría cargando contra ella en su afán de reunir los territorios para que su hija los heredara.

Sin demasiada sutileza le aseguró que, si él lograba escapar, la ayudaría a defenderse y conseguiría establecer una alianza con otros reyes que pudieran sentirse desafiados. Recuperaría de nuevo sus tierras y eliminarían la amenaza de Sancho y su hija.

Convencida de las explicaciones de su favorito, rebosante de odio ante la idea que Sancho le arrebatara sus tierras para entregársela a una hija ilegítima, Urraca se dispuso, en connivencia con Alfonso, a pergeñar un plan de huida. Una vez estuvo todo dispuesto, se despidieron celebrando que volverían a verse pronto.

No era esa la intención de Alfonso, aunque tenía que reconocer que su hermana no le había fallado. Siempre fue el preferido de su madre y su hermana mayor.

Su madre Sancha le había favorecido al convencer a su padre para que le dejara en herencia el reino de León, que ella aportó al matrimonio. Aquello fue la semilla que provocó que los reinos que Fernando I había unido, volvieran a dividirse, repartidos entre sus hijos. Y aquello había hecho que las rencillas y los rencores anidaran en los corazones más depravados y envidiosos.

Alfonso sintió que su hermana le iba a posibilitar vengarse de Sancho y, que tarde o temprano, no solo el reino de León volvería a sus manos, su poder se extendería por todos los reinos cristianos y musulmanes de la península.

Urraca se marchó decidida a apoyar a Alfonso en su venganza contra el castellano y su hija. Cuando quedó a solas, Alfonso se dedicó a meditar sobre su futuro.

Últimamente tenía mucho tiempo para hacerlo, aunque esto no sería así siempre. En cuanto escapara, huiría a la taifa de Toledo donde su vasallo, el musulmán Almenón, lo acogería de buen grado.

Dejaría que Sancho asaltara Zamora, cómo le había prometido a Urraca si escapaba, y que intentara apropiarse de la ciudad. Él era consciente de que Urraca no podría enfrentarse a las invencibles tropas de su hermano, por lo que el reino de León y todas las posesiones que iba atesorando Sancho, le serían devueltas por otros medios.

Unos medios que no serían los más honorables, pero sí resultarían los más efectivos.

CAPÍTULO 20

Dunbar, Tierras de Alba, invierno de 1072

La cena, que tan dulce había comenzado, se había convertido en amarga hiel cuando Duncan le contó las nuevas recibidas desde Castilla. Le dolió profundamente oír que su padre no se ocuparía de ella hasta que consiguiera la victoria sobre el rey de Galicia.

Esto no podía ser cierto, cavilaba Leonor. Su padre jamás la abandonaría, sabía lo mucho que la amaba. Algo, que no alcanzaba a entrever, debía estar sucediendo en la península.

Esperó acostada, dándole vueltas a sus pensamientos, a que Maryam llegara. Acabó quedándose dormida sin que apareciera.

Al amanecer, Leonor despertó al oír el relinchar de caballos en el patio.

Se levantó, se arropó con una capa y se asomó, presurosa, a la ventana.

Un grupo de hombres de Duncan se disponían a partir. Lo vio entre ellos y el corazón le dio un vuelco. Por un momento, temió que se marchara también, pero, finalmente, los guerreros salieron del castillo sin él. Entre las mujeres que los despedían se encontraba Maryam.

No se sorprendió al verla abrazar a Eric. Y la apenó su estado abatido al despedirse del gigante.

Poco después, Maryam entró en la alcoba. Pese a su semblante triste demostraba una gran entereza. Leonor entendió el desconsuelo de su amiga y admiró su serenidad. La sentó junto a ella sobre la cama y, cobijándola en su capa, permanecieron abrazadas en silencio.

Leonor pensó, mientras arropaba a Maryam, su amiga, en cuánto habían cambiado sus vidas desde que llegaron en otoño a estas tierras inhóspitas.

Su corazón se hallaba dividido entre la lealtad que debía a su padre y a su tierra y la atracción que sentía por quién una vez creyó un salvaje sin piedad. Le angustió pensar en el futuro y en las noticias que Eric pudiera traerle cuando regresara, pues probablemente cualquier opción que planteara le supondría un terrible sufrimiento.

No volvió a ver a Duncan hasta bien entrada la tarde. Deseaba hablar con él y que las palabras le salieran decididas. No quería volver a mostrarse débil o enfadada como hiciera ayer.

Desde la ventana de su alcoba lo vio llegar, montado a caballo, apenas abrigado, con el rostro encendido como si hubiera estado cabalgando durante mucho tiempo. Supuso que se dirigiría a los establos y se apresuró en ir a su encuentro.

El caballo de Duncan era un magnífico corcel negro que gozaba de todos los mimos y cuidados por parte de su amo. Duncan lo cepillaba, mientras el caballo, ajeno a su quehacer hundía el hocico en el heno.

Al entrar Leonor no pudo evitar detenerse un momento a contemplarlos.

Suspiró e intentó darse valor. Admiraba al hombre, pero no dejaría que sus palabras volvieran a mortificarla.

Duncan pareció turbarse al verla.

—Vos, ¿aquí? ¿A qué debo el placer?

—Os ruego que no os burléis más de mí y de mis preocupaciones. Tenéis que entender…

—Perdonad si os ha parecido que me burlaba —la cortó —. Vuestras preocupaciones son también las mías y os aseguro que no hago más que pensar en ellas.

Leonor se sintió arropada por sus palabras y decidió sincerarse.

—Tenéis que creerme cuando os digo que mi padre no me abandonaría a mi suerte bajo ninguna circunstancia. Me temo que no ha sido informado sobre mi desaparición… y por ende de vuestra causa.

—Pudiera ser así. Confieso que es algo que ha rondado mis pensamientos, aunque me resisto a creerlo… Esto supondría que hemos sido engañados por nuestro interlocutor y que deberé tomar medidas… Tendré que hacerle llegar nuestro mensaje por otros medios. Eso significará que vuestro regreso se seguirá demorando.

La joven imaginó por un momento su vida si no hubiera sido raptada. A estas alturas ya estaría casada y compartiendo lecho con Pedro de Tuy. Este pensamiento le desagradó.

—Quiero saber la verdad —prosiguió Duncan —. No habrá más contactos con mi mediador hasta que no sepa qué está ocurriendo. No quiero pensar que se esté sirviendo de nosotros para sus manejos. Es por ello que he mandado mis mejores hombres a vuestras tierras. Se comportarán como pacíficos comerciantes y averiguaran lo que el rey Sancho conoce de vuestra situación y qué motivos lo han impulsado a la batalla. Eric se defiende suficientemente bien en vuestro idioma —Leonor recordó lo poco que se molestó en usarlo durante la travesía y su reticencia a hablar en castellano delante de ella, una vez en Dunbar —. Tiene, además, mi consentimiento para hablar con el rey castellano si es necesario. En cuanto tenga toda la información regresará y tomaré una decisión.

Duncan no confesó sus preocupaciones acerca del peligroso viaje al que exponía a sus hombres, navegando durante el invierno.

Leonor reconoció y agradeció interiormente que Duncan se hubiera sincerado y hubiera confiado en ella. Le daba reparos exigirle más, pero pensó que quizás no tuviera otra oportunidad mejor.

—Si pudiera leer lo que contiene el mensaje, quizás pudiera ayudaros de alguna forma…

Duncan la observó enigmático.

—Si os enseñara la carta no os dejaría volver.

—¿Por qué? —se rebeló Leonor —¿Por qué razón?

—Porque si supierais quién la escribe y llegara a sus oídos, él no descansaría hasta mataros.

Las palabras de Duncan impresionaron a Leonor. Sin embargo, ahora más que nunca, sintió deseos de saber.

—¿Él…? Es la reina, la reina es vuestra interlocutora, vos mismo me lo dijisteis.

—Me temo que la reina se ha convertido en un simple peón de quien intercedió ante ella en nuestro nombre —masculló.

Leonor lo miró a los ojos con la esperanza que estos le revelaran la verdad. Solo vio unos iris de un azul profundo y atormentado. Renunció a seguir rogándole que le dejara leer el manuscrito recibido, de todas formas, no importaba… no había sido escrito por su padre.

Volvió la tristeza y la pulsión por deshacerse en llanto, sin embargo, se contuvo y una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla. No quería volver a derrumbarse ante el señor de Dunbar y que él la viera destrozada y sollozante, así que decidió que era el momento de marcharse.

Sin embargo, Duncan la tomó de la mano y no la dejó marchar. Se acercó a ella y, suavemente, con la palma de su mano, secó la humedad de su rostro, la abrazó con dulzura y musitó, junto a su oído, algunas palabras en su idioma. Leonor no podía estar segura, no acabó de entenderlo por completo, pero creyó entender que le suplicaba su perdón.

CAPÍTULO 21

El invierno se apoderó definitivamente de Dunbar y la nieve cubrió por completo cada rincón del paisaje. Algunos árboles lucían sus muñones solitarios, tristes. Otros, más afortunados, aún estaban

arropados por hojas que escondían el verdor bajo el manto blanco que caía del cielo, mientras en su interior albergaban un hálito de vida, esperando paciente el regreso del calor y la energía de la primavera.

La calma del exterior contrastaba con el bullicio del castillo, que acogía a las mujeres y los hijos de los hombres que habían marchado a la península. Las mujeres ocupaban su tiempo preparando comidas, cosiendo, charlando o dando pescozones a los chiquillos más traviesos.

Leonor disfrutaba viéndolos jugar y, algunas veces, participaba en sus juegos. Duncan dedicaba algunos ratos a enseñarles a luchar con unas espadas de madera que habían fabricado. Este se acabó convirtiendo en el juego favorito de la mayoría de los niños.

Desde la conversación que habían mantenido en el establo, Duncan solía buscar la ocasión para preguntarle cómo se encontraba, pues temía que volviera a recaer de las fiebres e intentaba darle ánimos contándole cualquier historia que pudiera hacerla sonreír.

Leonor apreciaba sobremanera el esfuerzo que hacía el guerrero por animarla, ya que él solía permanecer serio y pensativo cuando no advertía su presencia. Ella reconocía, a su pesar, que no podía evitar sentirse emocionada y feliz cuando él se encontraba cerca.

La joven había negado durante mucho tiempo sus sentimientos por Duncan, pero, finalmente, había acabado rindiéndose a la evidencia, reconociéndose a sí misma que se había enamorado de aquel hombre.

Era algo irracional, estaba enamorada de su enemigo, del guardián de su prisión y no era lo más sensato, en realidad era una locura, aunque interiormente deseaba con todas sus fuerzas que él también sintiera lo mismo por ella.

Otra de las distracciones preferidas de los niños era escuchar a Asur contar historias de la Tierra de Alba, de sus héroes y batallas. La chiquillería escuchaba embelesada los relatos del anciano, en los

que aparecían gigantes que izaban montañas, guerreros que vencían dragones y hadas que vivían en lo más recóndito de los bosques.

A Leonor le encantaba oír estas historias, pero, sobre todo, le emocionaba y asombraba la pasión que mostraba un extranjero hacia aquellas tierras. Asur había llegado a amarlas e, incluso, había adoptado como propio su pasado y sus tradiciones.

Aquella noche, sentados frente a la gran chimenea del salón, a solas Asur y Leonor, se entretuvieron hablando durante mucho tiempo. La joven le contó lo mucho que la asombraba que se hubiera adaptado tan bien a la vida en Alba y que supiera historias del pasado de este pueblo que ellos mismos desconocían.

Asur le explicó que todo tenía que agradecérselo a su esposa. Gunelle fue quién le transmitió el amor por su tierra. Pese a todo, añadió con pesadumbre, su hijo Eric le había recriminado con dureza que se mostrara tan reticente a atacar los territorios de Lothian, creyendo que su indecisión se debía a que aún se consideraba hispano y por tanto más partidario de Castilla que de las tierras de Dunbar.

Asur, que había luchado y había sido herido guerreando a favor de Dunbar, se había sentido tan lastimado por estas palabras que no se había molestado en explicarle a su hijo que su reticencia a luchar contra Lothian no era por causa de su nacimiento en la península. Lo que temía, en realidad, era llevar a los hombres de Dunbar a una batalla de la que muchos no volverían. Su experiencia de vida se lo había enseñado de las formas más terribles.

Eric y él estuvieron evitándose durante mucho tiempo, dolidos y enfrentados por sus diferencias de opinión. Pese a los temores de Asur, el enfrentamiento con Lothian llegó y muchas vidas se perdieron, entre ellas la de Ranulf MacGregor, el líder del clan y padre de Duncan. Esas pérdidas no contribuyeron a acercarlos.

La llegada de Leonor y Maryam, y la relación de Eric con esta los volvió a enfrentar, puesto que Asur le recordó que la mujer

debería volver a su casa y que no era sensato enamorarla para después abandonarla a su suerte.

Leonor escuchó muy interesada lo que Asur le contaba frente a la lumbre. El anciano prosiguió su relato. Mientras ellas habían estado fuera repartiendo el grano, Eric le había confesado que estaba realmente enamorado de Maryam y que la acogería como su esposa si ella consentía quedarse con él.

Al oír esto, Leonor confirmó su sospecha de que volvería sola a Castilla, pues no obligaría a Maryam a separarse de su amado. Extrañamente, el pensamiento de su regreso le provocó una punzada de dolor. Deseaba con todas sus fuerzas volver a ver a su padre, que él comprobara que estaba sana y salva, pero no quería dejar atrás a Duncan, no sabía si podría soportarlo.

Cuando Asur concluyó, Leonor se mantuvo tan ensimismada en sus cavilaciones que no oyó a Duncan acercarse.

Los hombres hablaron del ganado y los caballos que requerían de cuidados especiales en invierno. Poco después, Asur se disculpó por su cansancio y se marchó a su aposento.

Duncan se sentó cerca de ella, frente al fuego. Permanecieron en silencio durante un buen rato, mientras se calentaban al amor de las llamas.

Leonor reconocía que no era apropiado que una doncella estuviera sola con un hombre, pero su vida había cambiado tanto en los últimos meses que le traía sin cuidado unas normas de conducta que nadie iba a reclamarle en aquellas tierras.

Pensó en subir a su alcoba, pero no le apetecía encontrarse con Maryam. No podría evitar preguntarle qué pensaba hacer con respecto a Eric y presentía que la joven optaría por quedarse junto a él. Y se confesó, reconociéndose una cobarde, que le dolería su decisión por más que la entendiera y quiso retrasar el momento de hablar de ello.

Observó a Duncan que permanecía absorto observando el fuego. Las llamas encarnadas se reflejaban en su rostro, dándole

una apariencia serena un instante, demoníaca al otro.

Leonor pensó que así lo veía ella. A veces era capaz de ser dulce y amable, y entonces provocaba que ella se sintiera feliz y olvidara en qué circunstancias se encontraba allí.

Sin embargo, otras veces la miraba con algo parecido al odio y, pese a que hubiera querido estar cerca de él, conseguía alejarla.

Duncan bebió un largo trago de la copa que se sirvió al llegar. Carraspeó antes de hablar.

—No he podido evitar escuchar el final de vuestra conversación con Asur, pero no os he escuchado decir nada de lo que pensáis sobre la situación de vuestra amiga.

Leonor meditó unos instantes su respuesta.

—¿Qué podría decir? Es una decisión que tendrá que tomar Maryam. La quiero como a una hermana y me gustaría que permaneciéramos siempre juntas, pero… no separaría a dos personas que se aman.

—Entonces os debo de parecer un desalmado puesto que os separé de vuestro prometido… —Leonor no contestó—. ¿Lo recordáis a menudo?

—Añoro a mi padre y a mi ama Elvira, que es como una madre para mí. A mi prometido, don Pedro, apenas lo conozco, así que… no, no lo echo de menos. Iba a casarme a finales de año, pero sentía que no estaba preparada, no era lo que yo deseaba.

Se sorprendió al oír su propia confesión. Estaba contándole a Duncan sus sentimientos hacia su futuro esposo con toda sinceridad.

—Quizá os arrebaté la oportunidad de conocerlo mejor…

—Es posible, pero temo que me hubiera decepcionado. No era el amor lo que nos iba a unir, sino el interés de nuestros padres.

—¿Creéis en el amor? —Duncan posó sus ojos sobre ella y un extraño fuego hizo brillar su mirada.

—Sí —contestó Leonor sin titubear. No sabía si Duncan se burlaba de ella al preguntarle algo tan íntimo o lo hacía porque

quería oír su respuesta sincera. No le importó. Decidió desnudar su alma—. Mis padres se amaron y él siguió queriendo a mi madre, aunque la muerte se la arrebató. Mi padre pretendía protegerme de los sufrimientos del amor al casarme con el señor de Tuy. Ahora sé que tenía razón cuando me dijo que el amor… duele.

Duncan la miró interrogante, con un brillo de esperanza en sus ojos.

—Se puede amar y no ser amado —prosiguió la muchacha—. Asur me dijo una vez que esto era hermoso, pero que no era comparable a la dicha de sentirse correspondido. Yo he reconocido ese sentimiento, he sucumbido a él, aunque sé que es una insensatez y ahora… Ahora no sé si soy correspondida o estoy siendo una infeliz al pensar que pudiera serlo. Quizás en mis circunstancias no debería soñarlo siquiera.

Mientras confesaba sus sentimientos Leonor mantuvo la cabeza baja, avergonzada, incapaz de enfrentarse a su mirada. Aquello no era apropiado en absoluto, pero desahogarse al fin, tras muchos meses poniendo diques a sus sentimientos le infundió de repente una valentía desconocida. Levantó la cabeza, irguió la barbilla y fijó sus ojos negros en los azules de él, esperando una respuesta. Le había confesado lo que su corazón había callado durante mucho tiempo porque, en el fondo, tenía la esperanza de sentirse correspondida, ya que sus miradas y sus gestos así se lo habían demostrado.

Tras unos momentos de espera ilusionada, volvió a reclinar la cabeza, avergonzada por haber abierto su corazón y expuesto sus sentimientos, esperando una respuesta que nunca llegó.

Duncan la había mirado con una expresión parecida a la compasión y después había endurecido su gesto con frialdad.

Ella asimiló su silencio intentando aparentar una valentía que no sentía, en su interior se sentía devastada, sin embargo, no se arrepentía de haberse expuesto. Si no era correspondida, si el resultado a su confesión era su repudio, dejaría de atormentarse inútilmente y tan solo pensaría en regresar a su hogar, donde

atesoraría por siempre el tiempo pasado junto a él, aquellos lejanos besos y caricias, su sonrisa, su coraje y fortaleza… y su rechazo.

Por su parte, Duncan la había escuchado emocionado, sintiendo el acelerado compás de su corazón jubiloso cuando ella le confesó sus sentimientos. Oírla decir que lo amaba y que esperaba ser correspondida, era lo más hermoso que le había pasado jamás.

Sin embargo, el sentido del deber se imponía constantemente en sus pensamientos. Era el responsable de su pueblo. De él y de sus acciones dependía la fortuna de sus gentes. Su corazón estaba dividido entre el amor por Leonor y el deber hacia su pueblo.

No tenía sentido negar lo que sentía por ella. El simple hecho de verla cada mañana había traído luz a su vida y lo había hecho soñar con un futuro en paz, próspero para su aldea y compartido entre ambos. No obstante, reconocía que esto era una locura, a ella le esperaba otra vida, muy lejos de estas tierras.

¿Debía, entonces, confesarle lo que realmente sentía o negar que la amaba para no alimentar falsas ilusiones entre ambos? Tenía que elegir entre una felicidad breve, que se acabaría truncando, o destruir de golpe lo que pudiera comenzar entre ellos.

Duncan se inclinó hacia delante en su silla, quedando muy cerca de ella, los rostros muy juntos. Tomó la barbilla de Leonor y se mordió los labios. Luchaba entre el deseo de besarla y la necesidad de desalentarla.

Ella esperó unos momentos la respuesta de Duncan, pero él se mantuvo indeciso, sin proferir una sola palabra.

Se sintió burlada. Se había rendido al hombre que la arrancó de su hogar. Muy a su pesar, se había enamorado perdidamente de él, y como acto final de entrega había desnudado su alma y le había ofrecido su amor. Había soñado por un momento que Duncan la correspondería y que juntos resolverían su situación. En cambio, solo obtuvo su silencio y su desdén.

Era más de lo que podía soportar. Avergonzada se levantó, recogió su falda para poder caminar más aprisa y se dispuso a salir

rápidamente del salón.

Duncan la contempló mientras salía de la estancia, humillada, y notó como si un soplo de aire frío le helara el corazón.

¿Qué estaba haciendo? ¿Iba a dejar que Leonor pensara que las atenciones que tuvo con ella, sus conversaciones y sentimientos compartidos habían sido una burla de su parte? ¿Cómo iba a seguir mirándola a los ojos si la dejaba marchar sin hacerle saber cuánto la amaba?

Corrió tras ella y la alcanzó subiendo las escaleras.

Había decidido dejar de razonar y que fuera su corazón el que hablara. Ella merecía saber la verdad y él no podría vivir pensando que lo odiaba. No sabía qué les depararía el futuro, pero estaba dispuesto a luchar por mantenerla a su lado.

La detuvo a mitad de las escaleras.

La muchacha quiso continuar su huida para ocultar la desilusión que la embargaba. Él interpuso su cuerpo delante de ella y la obligó a detenerse.

—¡Apartaos!

—Leonor… os ruego que me escuchéis.

—No es necesario que digáis nada. Está todo muy claro. Me he comportado como una necia creyendo que vuestras atenciones significaban algo que solo estaba en mi imaginación. Estoy tan avergonzada… —Leonor hablaba sin mirarlo a los ojos. Pese a su rechazo, lo amaba y deseaba con una intensidad que la aturdía.

—Leonor… —Duncan volvió a repetir. La voz le salía rota e intensa, abrumada entre la necesidad de redimirse y el deseo—. He sido un necio por no confesar mis sentimientos. —Ella irguió la cabeza y lo contempló desconcertada—. La verdad es que os amo más que a mi vida, como nunca amé a nadie. —Duncan acercó su rostro al de ella, quedando tan cerca que Leonor sintió su cercana, turbadora e imponente presencia y temió que sus piernas no la sostuvieran—. Perdonadme si os he hecho daño por mi cobardía. Lo cierto es que esto que siento me aterra.

—Laird… no juguéis conmigo, os lo suplico —susurró, con una voz débil, contenida por el deseo.

—¿Cómo podría demostrároslo? Si no os he confesado antes mis sentimientos ha sido por temor a lo que pueda pasar en el futuro. Quiero que mi pueblo se libere del yugo de Lothian y, a la vez, quiero que os quedéis conmigo. No sé cómo lo haré, pero no dejaré que os vayáis de mi lado.

—Yo también he pensado en todo esto. He luchado contra lo que siento por vos, pero he perdido, no me avergüenza decirlo, no puedo ocultarlo más. Y os aseguro que también tengo el corazón dividido entre mi tierra y vos, pero estoy convencida de que mi padre entenderá. Conseguiremos que Lothian respete a vuestro pueblo. Mi padre lo entenderá… nos ayudará.

Duncan no era, en modo alguno, tan optimista como Leonor, pero sonrió ante la ingenuidad de la joven. Decidió que ya seguiría mañana dándole vueltas al asunto. Ahora solo quería disfrutar de la mirada limpia y profunda de su amada, de la suavidad de su abrazo y del calor de sus besos.

Tomó su rostro entre sus poderosas manos y la besó con ternura. Con delicadeza le mostró la tibieza y la suavidad de sus labios hasta que el deseo entre ambos convirtió su encuentro en una ardiente llama de pasión arrebatadora.

Leonor apenas podía contener un corazón desbocado que parecía querer salir del pecho. Junto a Duncan se sentía desfallecer, su mente se quedaba en blanco y no importaba más que el placer de los sentidos. Ella aprendía de sus caricias y las devolvía gustosa. Adoraba sentirlo estremecerse ante su contacto, oír su respiración rápida junto a su oído, que le susurrara su nombre suplicante, notar el calor de las manos masculinas sobre su piel y sus ansias por embriagarse de ella.

—Leonor… —Duncan le imploró con voz ronca junto—, no debo seguir… si no paramos ahora, no seréis doncella por la mañana.

Leonor, ruborizada al imaginar lo que Duncan quería evitar, liberó sus brazos del cuello masculino y se apartó lentamente.

Duncan aún la sujetaba por la cintura, cuando suspiró.

—Deseo más que nada en el mundo haceros mía —dijo—, pero creo que vuestro padre consideraría un ultraje que os tomara antes de que él nos diera su consentimiento. Quiero que él sepa que os respeto y que no os mancillé como un salvaje ni me aproveché de las circunstancias. Mi intención es que os escuche y que, vos misma, le deis vuestro parecer.

Leonor asintió con la cabeza. Aún se encontraba aturdida por la placentera intensidad de sus labios y de sus caricias.

La acompañó hasta su alcoba y se despidieron con un apasionado beso.

Aquella noche la joven se durmió flotando en una nube de felicidad. Por primera vez no sintió la angustia por estar apartada de su padre y de Elvira. Tenía el convencimiento de que, en cuanto los viera y les hablara de sus sentimientos, de la nobleza de carácter de Duncan y del motivo de su rapto aceptarían su relación y les darían su bendición.

Ni por un momento, Leonor imaginó las nubes de tormenta que se ceñían sobre Castilla y su rey.

CAPÍTULO 22

Burgos, Castilla, primavera de 1072

Entre la marabunta de gentes que transitaba la plaza mayor de Burgos, se distinguía un jinete que, a golpes de fusta, conseguía que la muchedumbre se apartara y le dejara pasar. Venía de Sahagún y traía un mensaje urgente para el rey.

Tenía tanta prisa por entregárselo como miedo de hacerlo, pues sabía que las nuevas no agradarían en absoluto al rey castellano.

El rey Sancho montó en cólera al oír la noticia de que su hermano Alfonso había escapado de su encierro. Despidió al mensajero malhumorado y mandó llamar a algunos de sus más fieles consejeros y jefes de su ejército.

En el salón del trono, ante una contenida reina que permanecía sentada e impasible, el rey, inquieto y airado, paseaba de un lado a otro sumido en oscuros pensamientos, intentando elaborar un plan que le permitiera de nuevo asumir el control sobre Alfonso y Urraca, a la que sabía responsable de la fuga de su hermano favorito.

En cuanto llegaron la mayoría de sus leales hombres, Sancho se retiró dejando a Alberta a solas con sus cavilaciones. La displicencia que antes mostraba, se convirtió ahora, que Sancho no podía verla, en un mar de desesperación y arrepentimiento.

El objetivo de Alberta al aliarse con Alfonso había sido únicamente apartar a la bastarda de su padre. Había pensado ingenuamente que Sancho acabaría aceptando su desaparición e, incluso, posible muerte a manos desconocidas. No había contado con el amor desmedido por su hija, que había acabado convirtiendo el norte de la península en una vorágine de enfrentamientos y

muertes, persiguiendo un rastro fantasmal que le indicase el paradero de Leonor.

Alberta se preguntó si debía confesar la verdad a su esposo para que acabasen de una vez las luchas fratricidas. De inmediato desechó esta idea. Si Alfonso no había confesado, no lo haría ella. Quizás su cuñado muriera en algún envite entre ejércitos y ya nadie podría descubrirla.

Le horrorizaba pensar qué le haría Sancho si se enteraba de su parte de culpa en la desaparición de su hija. Tal era su terror que pensó recurrir de nuevo a la bruja Muniadona, a quién nunca perdió de vista. En esa ocasión le pediría una ponzoña que ella misma tomaría, si finalmente, Sancho la descubría.

Imaginó y casi sintió el dolor intenso y amargo del veneno royéndole las vísceras y un grito agudo e inhumano salió de su garganta. Se desplomó exánime en el suelo, donde la encontrarían, poco después, los soldados de guardia.

Sancho partió a la amanecida del siguiente día. Había acudido a la habitación de la reina a despedirse, pero ni siquiera había entrado, puesto que sus doncellas le advirtieron que la reina había pasado muy mala noche, entre pesadillas y un extraño estado febril que le impedía hablar con coherencia.

Desde su alcoba, Alberta escuchó la salida del séquito de su esposo. Abrió los ojos, se levantó apresuradamente y, tambaleante, se asomó a la ventana para verlo partir.

Aquella noche había soñado que Teresa regresaba del más allá y lo reclamaba a su lado, y que una cohorte de demonios se la llevaban a ella.

Quería verlo, porque presentía que no volvería a contemplarlo con vida. Ansiosa, lo buscaba entre sus tropas, sin importarle que la vieran casi desnuda, tan solo con un fino camisón. Sus damas se miraron atónitas hasta que, por fin, una de ellas le puso un grueso echarpe encima del camisón.

Le pareció que la reina murmuraba algo y aproximó su oído para escucharla mejor, pero solo pudo oír una retahíla de palabras sin sentido, en la que se mezclaban rezos y maldiciones por igual.

Asustada, la doncella se apartó y se persignó para ahuyentar los demonios que se apoderaban del alma de su reina.

A lo largo de tres días, Sancho encaminó sus huestes hacia San Facundo, donde se reuniría con el resto de sus tropas. Pasaron la noche allí y al día siguiente partieron hacia Zamora, reino de su hermana Urraca.

En una conversación privada, le pidió a uno de sus más leales guerreros, Rodrigo Díaz de Vivar, que se adelantara con un pequeño séquito y le exigiera a Urraca explicaciones de lo sucedido con Alfonso, así como información acerca del paradero de su hija.

Sancho confiaba plenamente en su alférez principal, no en vano habían crecido juntos y se admiraban y respetaban mutuamente. Contaba, además, con el afecto especial que Urraca le tenía a Rodrigo, pues durante unos años habían convivido juntos en Zamora bajo la tutela de Arias Gonzalo, que los había criado y educado a ambos como a sus propios hijos. Si alguien era capaz de conseguir que el cruel corazón de Urraca se ablandara, ese era sin duda Rodrigo, de quién ella anduvo enamorada.

Atardecía cuando Rodrigo, acompañado de quince hombres, cruzaba las murallas zamoranas después de haberse identificado ante los numerosos guardias apostados en las almenas. Sin duda, la astuta reina preveía que una ofensiva por parte de Sancho no tardaría en llegar.

Rodrigo rezó para que Urraca se plegara a sus requerimientos. Sin embargo, conocía a la mujer y sabía que jamás toleraría las condiciones de su hermano.

No bien entró en el castillo, la reina de Zamora salió a recibirlo acompañada de los principales de su corte.

Intercambiaron afectuosos saludos en los que recordaron los años de su infancia y juventud juntos. No obstante, Rodrigo tenía una misión que cumplir y cuya respuesta era de vital importancia para su señor, por lo que pronto solicitó a Urraca privacidad para exponer su mensaje.

La soberana despidió a su séquito y pidió a Arias Gonzalo que la acompañara. Sentada en el sillón real y con don Gonzalo apostado a su derecha, se dispuso a escuchar lo que Rodrigo Díaz venía a decirle:

—Hablad, puesto que tan importante es ese mensaje que no permite que dos viejos amigos celebren su reencuentro.

La voz de Urraca tenía ese tono meloso y dicharachero que Rodrigo reconocía tan bien y que, en el fondo, pretendía ocultar sus preocupaciones e intereses. Se conocían desde niños. Él la hubiera tomado por esposa si hubiera estado dentro de sus posibilidades, pero ella era la hija del rey y él un humilde soldado al que la infanta se dignó a amadrinar cuando fue investido caballero.

Era lo máximo a lo que pudo aspirar por su parte. Los años habían pasado, pero ella seguía tan hermosa como siempre. Se obligó a replegar sus recuerdos al fondo de su memoria y cumplir la misión que le había sido encomendada.

—Mi señor Sancho se halla muy disgustado por la huida de don Alfonso. Dado que el traslado hasta el Monasterio de Sahagún se debió a un ruego vuestro y bajo vuestro compromiso de vigilancia, os pide explicaciones acerca del paradero del preso.

—¿Preso? ¿Así es como nombráis ahora a un rey y superior vuestro? —El tono de voz de Urraca se volvió más áspero.

—Señora, os ruego que me disculpéis, pero no reconozco como rey más que a mi señor don Sancho y así será hasta el día de mi muerte.

Una sombra malévola oscureció un instante la mirada azul de doña Urraca. Elevó altiva la barbilla antes de responder.

—Mi querido Rodrigo, quisiera poder daros noticias del desafortunado Alfonso, pero me temo que es imposible. —Se acarició una de sus rubias trenzas antes de seguir—. Desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra y de nada han servido los tormentos que han sufrido los guardias que destiné a custodiarlo; nada han visto u oído. Me temo que esta misteriosa desaparición me recuerda a alguna otra…

—Señora, al menos os diría dónde se encuentra su hija o qué fue lo que le sucedió… —suplicó el alférez del rey en un intento por encontrar una posible solución que evitara dar un ultimátum a la reina.

Urraca fingió meditar unos instantes.

—No, no recuerdo que contara nada… —Rodrigo se hallaba estupefacto ante tan descarada sarta de mentiras—. En fin, siento mucho que hayáis venido hasta Zamora para nada, pero ya que estáis aquí cenaréis en mi compañía.

—Me temo que aún no han terminado mis demandas…

Urraca, que se disponía a levantarse del asiento, volvió a ocuparlo de nuevo y dirigió una mirada cómplice a don Gonzalo.

—Concluid pues, y sed breve —le espetó con tono irritado, encarándose de nuevo con el representante del rey castellano—, vuestra presencia me ha puesto de excelente humor, pero me está molestando el interrogatorio.

Rodrigo pensó que ahora llegaba la parte más difícil de su mensaje a Urraca. Preveía que la decisión de Sancho no sería aceptada por la mujer y que, por tanto, se avecinaban tiempos muy complicados para ambos.

—Reflexionad señora, quizás don Alfonso os transmitiera algún dato, alguna pista sobre el paradero de doña Leonor.

Urraca arrugó la nariz al escuchar el nombre de la bastarda. Se removió, impaciente, en su sillón.

—Me temo que no hay nada que pueda hacer para ayudaros.

—Entonces, me veo en la obligación de transmitiros el mensaje del rey Sancho en caso de que no atendáis a sus demandas. Os comunico que tendréis que entregarle la villa inmediatamente para que sea gobernada por él y pase a formar parte del reino de Castilla. —La reina abrió desmesuradamente los ojos y cerró con fuerza los puños que reposaban sobre su regazo—. En cuanto a vos, señora, abandonaréis la ciudad para ser conducida hasta Medina de Rioseco, donde viviréis hasta el fin de vuestros días.

Urraca, iracunda, se puso en pie sin dar crédito a sus oídos.

—¿Cómo se atreve? ¿Acaso mi persona es inferior a la de esa bastarda para que por su causa deba renunciar a mi herencia? Soy hija de Fernando el Magno —gritaba—. ¡La primogénita! Si hubiera nacido varón toda Castilla me pertenecería. Sin embargo, nací mujer y tuve que suplicar a mi padre que me concediera una tierra donde se me respetara y tratara conforme a mi condición de infanta. ¿Acaso piensa Sancho que voy a regalarle esta ciudad para que la herede la hija de una plebeya?

—Señora, teneos… —Don Gonzalo intentó calmar a la reina.

Conteniendo la ira, la soberana de Zamora volvió a sentarse con absoluta dignidad en su trono y remarcando las palabras una a una sentenció:

—Id y decidle a mi hermano que antes moriré junto a las gentes de Zamora, que entregarle la villa

CAPÍTULO 23

Los días más crudos del invierno pasaron entre el bullicio de los pequeños que se alojaban en el castillo y los momentos de calma, durante los cuales los mayores, reunidos frente a la chimenea del salón, intercambiaban impresiones sobre sus preocupaciones.

El retorno de los hombres de la península ibérica era el tema más discutido por todos, aunque últimamente se comentaba, también, el cambio en la relación entre Duncan y Leonor, que todos habían percibido, aunque ellos intentaran disimularlo, y se preguntaban cómo afectaría esto a sus planes para liberar sus tierras de la amenaza de Lothian.

Duncan, por su parte, no cesaba de darle vueltas. Si el motivo de la lucha del rey Sancho contra su hermano García era la desaparición de Leonor, dudaba que el monarca pudiera algún día perdonarle la sangre derramada en la búsqueda de su hija. ¿Sería Leonor capaz de transmitir a su padre los sufrimientos causados por el pueblo de Lothian, al que pertenecía la reina Alberta, a su pueblo hermano Dunbar, y así hacer más comprensible y hasta *necesario* su rapto? ¿Qué papel jugaría la reina ante los nuevos términos del trato?

Estaba claro que no saldría bien parada si Sancho se posicionaba a su favor. ¿Qué sería del mediador que pretendía mantenerse al margen del trato entre la reina y Duncan y que, con seguridad, negociaba en su propio beneficio?

Los únicos momentos de descanso para su mente y su alma eran aquellos que le proporcionaban los juegos de los niños y, sobre todo, los ratos compartidos a solas con Leonor, en los que se abandonaba a sus sentimientos por ella y no permitía que sus desvelos le amargaran esos raros y preciosos instantes de intimidad juntos.

Asur, por su parte, observaba receloso las miradas y sonrisas que intercambiaban los jóvenes. Internamente se alegraba de que ambos hubieran reconocido su mutuo amor, que Asur vislumbró mucho antes de que ellos mismos lo descubrieran. No obstante, le preocupaba que en el futuro estuvieran abocados a separarse.

Maryam pronto supo de lo sucedido entre Leonor y Duncan. La castellana se lo contó exultante de felicidad y le habló de su decisión de transmitir a su padre los agravios sufridos por el pueblo de Duncan y la necesidad de resarcirlos por ellos. Confiaba en que su padre le diera su bendición para desposarse con él. Maryam se contagiaba del optimismo de su amiga y soñaba con la vuelta de Eric y de un futuro compartido.

Los jóvenes intentaban que su amor no fuera demasiado evidente, puesto que pensaban que no sería entendido por el pueblo de Dunbar, que tanto había sufrido por causa de MacAlpin, quien era respaldado, al fin y al cabo, por el padre de Leonor.

Confiaban en que la situación cambiara y fuera el propio rey castellano quien trajera la paz a su pueblo, para que este pudiera apreciar a su hija como la elegida de Duncan.

Mientras tanto, esperaban con ansia algunos momentos de intimidad en los que poder intercambiar palabras de amor, besos robados y caricias que permanecían en el recuerdo de ambos durante mucho tiempo.

A veces, se quedaban junto a la lumbre hasta tarde, esperando que Asur, que se había erigido en guardián de la pareja, se quedara dormido y pudieran, tomados de la mano, susurrarse palabras de amor y sueños de un futuro próspero y en paz.

Más tarde, en la soledad de la alcoba, Leonor se debatía entre la felicidad de amar y ser amada y la nostalgia por su padre y Elvira. Le angustiaba pensar en la desazón que estaría pasando su padre al no saber de ella y no olvidaba la imagen de Elvira atada al árbol y abandonada en el bosque.

El amor era un sentimiento extraño, pensaba mientras analizaba cómo ella pasó del odio más profundo a Duncan a la pura

necesidad de verlo para ser feliz.

Recordaba cómo intentó resistirse a la atracción por el guerrero, pero él consiguió que ella se interesara por su pueblo, que comprendiera los motivos de su rapto. La había tratado como a una invitada y no como a una prisionera. Cuando estuvo enferma, la había cuidado y había penado por ella.

Durante su convalecencia se conocieron y establecieron vínculos especiales. Leonor pensó con angustia que su amor por Duncan era tan fuerte que solo la muerte podría destruirlo. Y recordó el amor que un día unió a sus padres Sancho y Teresa. ¿Cómo su padre no iba a entenderla?

Poco después de la entrevista entre Rodrigo Díaz y doña Urraca, las tropas de Sancho se asentaron alrededor de las murallas zamoranas. El rey castellano conoció por boca de don Rodrigo, a quien en el campamento comenzaban a llamar Cid, emulando a los árabes que lo llamaban *sidi* o señor, la negativa de Urraca a prestarle ayuda para encontrar al fugado Alfonso o a su desaparecida hija.

Se dispuso, entonces, a preparar a sus tropas para asaltar la ciudad.

Sancho dedicó buena parte del día a inspeccionar la fortaleza. Era notoria la fama de Zamora como ciudad inexpugnable y el rey hubo de reconocer que se hallaba muy bien guarnecida.

Zamora se levantaba sobre un terreno elevado que permitía a sus habitantes avistar y reconocer, de antemano, quién se acercaba. A un lado la limitaba el río Duero, que hacía de barrera natural ante posibles invasores. A lo largo de los siglos habían ido construyendo una sólida muralla de más de dos mil metros de perímetro que la cercaba completamente. Al interior de la ciudad se accedía por ocho puertas relativamente equidistantes y suficientemente vigiladas y por varios portillos auxiliares.

Pese a que Sancho era consciente de que el asalto a la villa tomaría su tiempo y sería tarea ardua, pasaron la noche preparándose para atacar al amanecer.

Por espacio de tres días y tres noches estuvieron combatiendo sin tregua. Las bajas se contaban por centenares. Muchos eran los caídos en el bando zamorano, sin embargo, los que combatían a pecho descubierto, desde el exterior, sufrieron una auténtica matanza.

El río Duero arrastraba en su recorrido los cuerpos de muchos hombres que fueron abatidos en su ribera y que ya no recibirían cristiana sepultura. Los que aún permanecían en pie, miraban pasar las rojas aguas con aprensión y desasosiego y, poco a poco, se fue extendiendo entre las mesnadas un temor supersticioso y desmoralizante.

El conde García de Cabra y Diego Ordóñez, entre otros, fieles del rey Sancho, le aconsejaron encarecidamente detener la lucha, puesto que no se habían producido avances importantes y los soldados se hallaban amedrentados pensando en la muerte segura que les aguardaba.

Sancho decidió entonces cesar el ataque, pero mantener el cerco a la villa. No entrarían víveres, ni refuerzos. Nadie saldría tampoco. Aguardarían sin importar el frío, sin perder la paciencia, a que fuera la propia reina la que entregara su bien más preciado.

Mientras tanto, el reino de taifa de Toledo acogía al depuesto rey Alfonso con honores y grandes dispendios. No en vano el califa musulmán Almenón era leal vasallo suyo.

En un palacete cedido por el rey de la taifa y situado junto a los muros del alcázar, Alfonso llevaba una vida relajada en compañía de varios aliados incondicionales, entre ellos los hermanos Ansúrez, Pedro, Gonzalo y Fernando. Echaba de menos a su devoto

compañero Vellido, pero sabía que su labor en Zamora era de vital importancia para seguir contando con la fidelidad de Urraca.

Entretenía las jornadas cazando; era una afición que le apasionaba y los montes de Toledo estaban llenos de jabalíes y ciervos, siendo acompañado por Almenón y miembros de su gobierno la mayoría de las veces.

Pero, sin duda, lo que más celebraba eran las noticias que llegaban sobre el cerco de Zamora. Admiraba la resistencia de su hermana y la terquedad y obstinación de su hermano. De cualquier forma, los acontecimientos estaban transcurriendo tal y como él había previsto y no podía dejar de alegrarse ante el predecible discurrir de los mismos.

CAPÍTULO 24

Con la llegada de la primavera, la tierra perdió su envoltura helada, los días se hicieron más largos y cálidos y la gente dejó su encierro en el castillo para dedicarse a tareas que les permitían pasar más tiempo en el exterior.

Muchas familias volvieron a sus casas donde esperarían el regreso de sus esposos o parientes. Mientras tanto, el castillo se sometió a una profunda limpieza primaveral. Se abrieron las puertas y las ventanas, se sacudieron los tapices y las alfombras, se barrieron a fondo los suelos y se volvieron a esparcir hierbas frescas de agradable olor. Las chimeneas fueron deshollinadas y en ellas se quemaron tomillo y romero que impregnaron las estancias con sus deliciosos aromas.

Los rayos del sol calentaban la tierra y los seres que habitaban en ella, y ese calor infundió un soplo de aire esperanzador en los corazones. Las mujeres suspiraban por el pronto regreso de los hombres. Duncan oteaba con frecuencia el horizonte por si veía aparecer el barco amigo y con ellos unas anheladas buenas noticias.

Gracias al buen tiempo, la gente retomó la afición al agua y al aseo personal. Se volvió frecuente la imagen de niños bañándose juntos en una gran tina en el patio del castillo. Algunos se lavaban de buen grado y otros eran conducidos a base de empujones y algún que otro pescozón. Después de los niños era el turno de los mayores que, sin demasiado pudor, se desnudaban y bañaban, usando jabones que ellos mismos fabricaban con distintas hierbas y que dejaban sobre la piel un agradable olor.

Algunos, los más osados, preferían bañarse en algunos de los múltiples riachuelos que discurrían cerca del castillo y cuyas aguas bajaban heladas provenientes del deshielo de las altas montañas.

Duncan solía salir a caballo diariamente y tras algunas horas fuera volvía con varias piezas de caza y el pelo y la ropa húmedos. Leonor, intrigada, le pidió acompañarlo una tarde y el laird se mostró encantado ante su proposición.

Montados a caballo cabalgaron un rato, mientras Duncan le hablaba de la caza típica de la zona y le contaba anécdotas ocurridas durante las partidas de caza mayor con sus hombres. En una de estas partidas, Eric había sido herido por un oso, lo que le había producido la fea cicatriz que le atravesaba un lado de la cara. Por fortuna no había sufrido la pérdida de la visión.

Tras un rato cabalgando, llegaron junto a un pequeño lago de aguas límpidas y transparentes, rodeado de una frondosa vegetación.

Duncan ayudó a Leonor a bajar de su caballo y dejándolos atados a unos matorrales cerca de la orilla, se alejaron evitando hacer cualquier ruido para no espantar la caza.

El joven llevaba un arco y flechas y pronto demostró su destreza en el uso de los mismos.

La muchacha sintió curiosidad por el manejo del arma y Duncan se mostró dispuesto a enseñarle. Situándose tras ella, el señor de Dunbar le mostró cómo colocar los brazos convenientemente y a flexionar el derecho para mantener con la debida tensión cuerda y flecha.

El cuerpo de Leonor se ajustaba a cada uno de los movimientos del guerrero, imitando la tensión de sus músculos al sostener y disparar la flecha. Los primeros intentos resultaron un completo fracaso, pero sorprendentemente las siguientes tiradas se aproximaron bastante al blanco.

Leonor no podía creer que acertara alguna vez. La cercanía con Duncan la ponía nerviosa, la turbaba sobremanera, por lo que no conseguía mantener el pulso firme. Él le susurraba instrucciones al oído para evitar espantar la caza y, con delicadeza, colocaba de la forma correcta su muñeca, su brazo o su cadera. Leonor al sentir el contacto de sus cálidas manos notaba como las mariposas de su

estómago se extendían por todo su cuerpo y se convertían en brasas ardientes, que se deshacían en su vientre.

De forma inconsciente, se aproximó aún más a su cuerpo musculado y en tensión, buscando su contacto, sintiendo su piel rozando la suya, aspirando el aroma del cabello que acariciaba su mejilla.

Para Duncan la situación hacía tiempo que se había convertido en una tortura deliciosa e insoportable. La sentía tan cerca que apenas podía controlar sus manos y su cuerpo.

Ansiaba la proximidad de sus caderas y de sus labios, que ella humedecía de vez en cuando con la punta de la lengua. Quería perderse entre su pelo, sus labios, su cuello y después seguir explorando su piel hasta rebasar el límite que él mismo se imponía.

De repente, apartó el arco y la flecha de la joven con cierta brusquedad y murmuró algo sobre tomar un baño helado.

Con rápidas zancadas se acercó al lago y, despojándose con presteza de sus ropas, se lanzó al agua.

Leonor se quedó atónita ante la rapidez con la que Duncan se zafó de su contacto, pero aún le admiró más verlo lanzarse al agua desnudo. Por un momento se quedó inmóvil sin saber muy bien qué hacer.

El arco, las flechas y toda la ropa del hombre se hallaba desperdigada por doquier. Intentando no pisarlas, se acercó a la orilla.

Duncan había desaparecido de la vista. Esperó un tiempo a que asomara, pero comenzó a sentirse intranquila conforme pasaba el tiempo y no regresaba a la superficie.

En su cabeza, pensamientos sobre un posible accidente revoloteaban. Intranquila, se quitó las botas y, arremangándose la falda y las enaguas, fue entrando en la helada agua transparente, intentando verlo.

Con los nervios a flor de piel por su desaparición, Leonor tomó aire y se sumergió insegura en busca de Duncan. Al salir oyó la risa

cristalina del hombre.

—¡Leonor, os bañáis vestida! —le dijo divertido.

—¡Duncan, me habéis dado un susto de muerte! —repuso enfadada, salpicándolo de agua —. ¡Creí que os habíais ahogado!

Duncan volvió a reír ante la ocurrencia de Leonor. Todos los niños de Dunbar pasaban la mitad del año en remojo en alguno de los arroyos o lagos desperdigados por la comarca, o al menos así había sido mientras habían soplando vientos de paz, y él había aprendido a nadar siendo un crío.

—Debéis quitaros esas ropas —ordenó repentinamente serio.

—¿Estáis bromeando? —dijo sorprendida.

—En absoluto. Tienen que estar secas cuando os las volváis a poner si no queréis enfriaros. —Duncan se acercó a ella y con presteza le desató el corpiño.

Leonor se dejó hacer entre temerosa y expectante. Confiaba lo suficiente en él como para estar segura de que nada que no quisiera iba a ocurrirle, pero, y ¿si lo deseaba?

Duncan le sacó la camisa y ella misma le dio su falda. Quedó tan solo con una saya que la cubría hasta las rodillas, pero que, mojada por el agua como estaba, era prácticamente transparente.

Duncan llevó sus ropas a la orilla y las colocó encima de unos matorrales para que se secaran. Antes de entrar de nuevo, admiró la silueta de Leonor mientras vadeaba por la orilla y se preguntó si sería capaz de mantener la templanza si regresaba a su lado.

Suspiró y se lanzó al lago. Lo mejor sería que salieran y regresaran pronto, o ni el agua más fría conseguiría bajarle la temperatura que le subía peligrosamente cuando se encontraba cerca de ella.

La muchacha lo vio sumergirse, desnudo e impúdico, un cuerpo firmemente cincelado y esculpido, musculado por una vida de entrenamiento y lucha, y volvió a notar las mariposas en su vientre y un extraño fuego que la abrasaba desde dentro.

Apartó la mirada, avergonzada de que él se diera cuenta de que lo contemplaba con admiración, pero el guerrero ya se dirigía hacia ella con una sonrisa que mostraba unos hermosos dientes blancos. Trató de alejarse, le intimidaba su cercanía, sin embargo, ella apenas sabía nadar y Duncan la alcanzó sin esfuerzo alguno.

Se miraron a los ojos y no fue necesario hablar para entenderse. Duncan atendió al instinto que los empujaba a estar juntos. Para Leonor estos sentimientos eran nuevos y la asustaban. Duncan atrapó la boca de Leonor con un ansia y pasión casi animal.

Asustada, trató de zafarse, lo que hizo que él la apretara contra su cuerpo. Leonor, ante su contacto cálido y febril, abandonó su inútil intento de resistirse y se sumó al placer que Duncan le hacía sentir en lo más profundo de su ser.

Las manos del guerrero recorrían su cuerpo, sus labios sometían su piel y ella participaba de buena gana, olvidados ya los convencionalismos. La tomó en brazos, las piernas femeninas envolvieron las caderas del hombre. Él la apretaba contra su cuerpo, contra la dureza de sus formas, de la que solo una húmeda saya la separaba. No era lo más correcto ni lo más sensato, pero la razón había desaparecido y no existía más que la pasión desatada y el deseo que recorría sus venas.

El rumor de un lejano galopar de caballos los sacó por un momento de su dulce y apasionado ensueño. Quienes fueran se acercaban con prisas hacia la fortaleza.

Inquietos por desconocer si se trataban de aliados o adversarios; deseosos de que fueran nuevas procedentes de Castilla, decidieron que lo más prudente sería volver al castillo.

Con desgana, desenlazaron los cuerpos que aún se buscaban con ansia primitiva, saborearon los últimos besos y nadaron hasta la orilla para vestirse aprisa, conteniendo los suspiros por el mágico momento interrumpido.

Recuperaron los caballos y cabalgaron con presteza hacia Dunbar.

CAPÍTULO 25

Al cruzar las puertas de entrada del castillo, vieron a un gran grupo de jinetes con el escudo y las armas del clan Kerr. La ampulosa figura de Roger de Kerr destacaba sobre las otras, mientras gritaba instrucciones a sus hombres y soltaba juramentos.

Una gran sonrisa de satisfacción apareció en su rostro al ver a Duncan, aunque su semblante se tornó inesperadamente serio al descubrirlo acompañado de Leonor.

Se saludaron efusivamente y entraron en el salón donde les esperaba una deslumbrante Maud con el rubio cabello suelto, adornado por una corona de flores.

Duncan se extrañó al verla de esa guisa, pues solo las doncellas podían llevar el pelo suelto y flores. Maud era viuda y como tal la costumbre exigía que lo llevase recogido en trenzas de elaboración más o menos complicada.

Leonor, por su parte, tuvo un extraño y desagradable presentimiento al ver al clan Kerr en el castillo. Roger la saludó con frialdad y Maud le dirigió una mirada glacial. Intuía que no habría buenas noticias para ella.

Celebraron una cena especial en el salón principal como muestra de cortesía a sus vecinos y aliados. Duncan se sentó en el centro de la mesa, como correspondía al dueño del lugar. Junto a este la costumbre dictaba que se sentara la esposa o dueña y los invitados a la derecha. Duncan sentó junto a él a Leonor y a Asur, y a Roger y su hija en el lugar de los invitados, que no disimularon su malestar al ver a la extranjera sentada al lado del jefe del clan MacGregor.

Durante gran parte de la noche la conversación giró en torno a la negociación entre Castilla y Dunbar, que representaba a todos los

clanes al sur de la tierra de Alba que eran avasallados por MacAlpin.

Duncan no pudo evitar transmitirle las últimas noticias recibidas, pues dejaban a Leonor en una posición sumamente vulnerable.

El guerrero conocía lo suficiente a Roger de Kerr y al resto de los señores acosados por Lothian como para saber que no dudarían en eliminar a Leonor si sus demandas no eran satisfechas. En modo alguno dejaría que esto sucediera, pero le interesaba que siguieran estando de su parte, ya que tenerlos en su contra le acarrearía graves problemas.

Le habló de la partida que envió a principios de invierno a la península para averiguar qué estaba sucediendo y tratar de establecer contacto con su aliado. Le pidió paciencia puesto que hasta que la navegación no se hiciera segura, no podría establecer ningún tipo de comunicación y estaba seguro que cuando esta se restableciera redundaría en provecho de sus intereses.

Evitó contarle que no pensaba separarse de Leonor, que había dejado de ser una mera mercancía a intercambiar y también que planeaba tomarla como esposa.

Sin embargo, Maud percibió las miradas cómplices que Duncan y Leonor intercambiaban y no se sintió, en absoluto, indiferente ante ellas. Recordó que su relación con Duncan se había enfriado por completo cuando se desposó con el normando, pero había creído vislumbrar un rayo de esperanza cuando, tras su muerte y al no tener hijos, había regresado a casa de su padre y se había reencontrado con el jefe MacGregor en varias ocasiones.

Si Leonor acaparaba la atención de Duncan, ella no tendría la oportunidad de reconquistar al guerrero tal y como había planeado.

En realidad, la visita a las tierras de Dunbar había sido fruto de una sugerencia suya a su padre, que veía con muy buenos ojos la unión de las dos tierras a través del enlace entre ellos.

Maud, cansada de esperar un gesto incitante por parte de Duncan, decidió animarlo a tomar la decisión que ella esperaba y

levantándose de su silla se acercó al guerrero, para sentarse sobre sus rodillas desvergonzadamente, ante el beneplácito de su padre.

Duncan, asombrado de su desfachatez, se puso en pie y, la obligó de forma amable, aunque con firmeza, a regresar a su asiento junto a su padre. Este gesto fue claramente entendido por todos los presentes.

Roger de Kerr, con el rostro encendido por el desaire y el *uisge beatha* ingerido, se puso en pie con tal violencia que volcó copas, platos y silla y se puso a gritar a Duncan sin contención alguna.

—¿Cómo os atrevéis a tratar así a mi hija? ¿Es que acaso una mujer de mi sangre os provoca asco?

—Calmaos, Roger. —Duncan se levantó de su asiento y puso una mano sobre el hombro del padre de Maud, que la apartó de un manotazo—. No es asco lo que me provoca vuestra hija, pero no quiero crearle falsas esperanzas sobre lo que pueda esperar de mí.

—¿Os desagrada la idea de uniros a mi hija? Sabéis muy bien las ventajas que esto os reportaría. Vos seríais mi favorito a la hora de heredar mis tierras.

Duncan pensó de qué manera podría rechazar tan suculenta oferta sin que el jefe del clan se sintiera ofendido ante sus hombres, que seguían expectantes la disputa entre ambos.

—Mis sentimientos por Maud murieron hace tiempo.

—¡Diablos! —rio Roger de Kerr—. Si solo es eso, no temáis, ¡ella sabrá despertarlos con toda seguridad! —Tiró del brazo de su hija y la empujó junto a Duncan.

Las risas se generalizaron por todo el salón. Los hombres se relajaron después de la tensión, tras la descortesía de Duncan. Este miró a Leonor, que lo observaba con sus grandes ojos, temerosa ante la delicada situación. Quiso tomarla de la mano y asegurarle que su amor era para ella, que lo único que intentaría a partir de ahora sería ganar un poco de tiempo hasta que hubieran resuelto el problema con su padre. Sin embargo, Maud se situó entre los dos,

sentada en el brazo de la silla del guerrero, e impidió toda comunicación entre ellos.

Aquella noche, Leonor tuvo que soportar a una animada Maud prodigando todo tipo de carantoñas a Duncan, que se dejaba hacer sin entusiasmo. En cuanto pudo, se despidió y subió hastiada a su alcoba.

Durante mucho tiempo estuvo sentada en el pretil de la ventana. No tenía sueño ni ganas de hablar, pero Maryam la acompañó hasta que el sueño la venció y Leonor la obligó a meterse en la cama. Ella siguió junto a la ventana, deseando que llegara la mañana y no se confirmaran sus temores.

Apenas despuntaba el día, cuando Leonor despertó al oír voces enojadas que venían de la planta baja. Se echó una capa sobre los hombros y, aunque bajar a ver lo que ocurría no fuera lo más prudente, decidió hacerlo.

En el salón, discutían Duncan y Roger. Maud, apartada en una esquina, presenciaba la disputa, furiosa. La conversación se desarrollaba de forma tan brusca y rápida que a Leonor le costaba auténtico esfuerzo entenderla.

—No eres de fiar, Duncan MacGregor —afirmaba el jefe del clan Kerr—. Has perdido tu autoridad sobre la prisionera y las negociaciones con la corona castellana no pueden dejarse en tus manos. Velas más por sus intereses que por los tuyos propios.

—Faltáis a la verdad, la protección del clan estará siempre por encima de todo, incluso de mi propia persona.

—Si hicieras lo que conviene al clan, te unirías a mi hija y nuestros pueblos se convertirían en uno. Seríamos el clan más fuerte al sur de las tierras de Alba.

—Tuvimos la oportunidad una vez y no velaste para que llegara a buen término. Elegiste al normando.

—¿Aún estas resentido con Maud? ¡Está bien, aún tengo otra hija sin comprometer! ¡Tómala a ella!

—No se trata de eso. No puedo, no sería justo para ella, no la amo.

—Porque amas a la extranjera… Entonces, es cierto lo que Maud me advirtió…

Duncan se mesó los cabellos y en voz baja masculló:

—Los dioses saben que he intentado con todas mis fuerzas evitarlo, pero ha sido inútil.

Roger permaneció pensativo unos momentos.

—Está bien. Dada vuestra incapacidad para velar debidamente por nuestros intereses, la castellana vendrá conmigo —impuso a continuación con voz autoritaria—. Reuniré a los jefes de los otros clanes y juntos decidiremos qué hacer con ella.

Al oír la exigencia del señor de Kerr, Duncan se abalanzó a él con la agilidad de un felino.

—¡Nunca!, ¿me oís? —le espetó con su rostro a escasos centímetros del de Kerr—. ¡Nunca, mientras yo viva, os la llevaréis de mis tierras, ni de mi lado! Yo fui el elegido para apartarla de los suyos y yo seré el que la custodie hasta que llegue el momento de devolverla.

—Entonces quizás deba transmitir lo que está sucediendo a nuestro rey.

—Vos sabéis tan bien como yo que quien osa llamarse rey de Alba no es más que un usurpador casado con la prima de nuestro mayor enemigo: Guillermo de Inglaterra. Sabéis que nos vimos abocados a raptar a la castellana ante la pasividad del monarca a nuestras reclamaciones. No quiso comprometerse contra el poderoso MacAlpin y perder su favor. Si le dais motivo, conseguiréis lo que en el fondo desea: nos arrebatará nuestras tierras.

—Os equivocáis. Solo vos saldréis perdiendo. Recordad lo que tanto detestáis… mi hija estuvo casada con un normando, familiar de la reina, no seré yo sospechoso de traición sino vos, al actuar contra

Castilla a espaldas de nuestro rey. No tenéis elección, entregadme pues a la prisionera…

Duncan apretó los puños en un intento de contener su furia contra quien había dejado de ser su aliado. Solo le quedaba una opción, la única ante la cual no se negaría ningún laird de las Highlands que se respetase.

—Decidid las armas, elegid a vuestro mejor guerrero, combatiremos. Quién resulte vencedor, se quedará con Leonor.

Roger de Kerr era un hombre acostumbrado a la lucha y a quien le agradaban sobremanera que los asuntos se resolvieran mediante duelos, la mayoría de las veces encarnizados, en la que solo uno de los contendientes sobrevivía. Sin embargo, no aceptó el ofrecimiento de Duncan de inmediato. Lo sabía desesperado y quiso llevar la proposición al límite.

—Hacerme con la prisionera no será suficiente como para aceptar vuestra oferta. Si pongo en conocimiento del rey lo que está sucediendo, os quedareis sin ella y yo no tendré que arriesgar a ningún guerrero. Subid vuestra apuesta…

—¿Qué queréis?

—¡Vuestras tierras! ¿Estáis dispuestos a ponerlas en la balanza por vuestra dama o debo acudir al rey?

Asur y otros hombres presentes en la sala se revolvieron inquietos, alguno incluso hizo amago de sacar la espada. Duncan les hizo un gesto para que se contuvieran. En el fondo, esperaba que el señor de Kerr le exigiera sus posesiones. Las ambicionaba desde hacía mucho tiempo. Si no se las había intentado arrebatar antes era porque la guerra se lo había impedido y esperaba hacerse con ellas mediante el enlace de una de sus hijas.

Ahora que esto no era posible, lo intentaría por otros medios. Duncan ni siquiera se tomó un minuto para reconsiderar aceptar a una hija de Kerr. Pelearía con el mismo diablo por conservar a Leonor.

Buscó la mirada de Asur, transmitiéndole una disculpa.

—Así sea —contestó, dirigiéndose a Roger—. Si vuestro guerrero resulta vencedor, os quedaréis con Leonor y con mis tierras. Sin embargo, si yo os venzo, jamás me reclamaréis a la mujer ni volveréis a poner un pie en mis dominios, pues eso será vuestra condena de muerte.

Roger de Kerr, satisfecho por el consentimiento de Duncan, no añadió nada más y salió del salón, seguido por Maud, que lucía una sonrisa complaciente.

CAPÍTULO 26

Leonor, que escuchó la disputa sin ser vista, se sintió aterrada al oír a Duncan desafiar al señor de Kerr y aceptar las terribles condiciones del trato.

En cuanto sus piernas tuvieron fuerzas suficientes para sostenerla, subió precipitadamente hasta una de las torres más altas del castillo, donde se refugiaba cada vez que necesitaba pensar.

Llegó a su destino casi sin aliento. Le faltaba la respiración, y no precisamente por el esfuerzo realizado. El mero hecho de pensar que Duncan pondría su vida en peligro y que pudiera llegar a perderlo, la oprimía y angustiaba más allá de lo que podía soportar.

Si alguna vez había tenido duda sobre los sentimientos del guerrero hacia ella, acababa de resolverlas. Estaba dispuesto a luchar por conservarla a su lado y en esta disputa se jugaba sus propias tierras y… su vida.

Leonor contempló, desde la imponente balconada a la que se accedía desde la torre, cómo una miríada de nubes oscuras y densas iban arremolinándose, empujadas, azotadas por un violento céfiro.

Abajo, en el infinito océano, las olas se revolvían y rebelaban ante el yugo del viento y rompían violentas contra el acantilado y los muros del castillo.

La visión del cielo en lucha con el agitado mar la hizo estremecerse. Ella sentía la misma ira y rabia que los elementos. Ojalá pudiera expresar todo el enojo, la desazón y la angustia que la consumía.

¿Qué sentido tenía, pensaba, encontrar el auténtico amor, si la vida te lo arrebataba al instante siguiente? Recordó las palabras de su padre cuando le dijo que amar era sufrir.

Si hubiera permanecido a su lado, su vida sería más sencilla, no hubiera conocido a Duncan, no habría sabido lo que es amar y atormentarse… Si no hubiera conocido a Duncan…

Ya era tarde para lamentos. Pese a todas las angustias sufridas, él era lo mejor que le había pasado. No cambiaría ni un solo minuto de su pasado, ni sus sentimientos y experiencias junto a él. Una cadena invisible los ataría para siempre. Un lazo que ningún señor de Kerr conseguiría romper.

Unos rayos centelleantes hendieron el firmamento que, atormentado, se quejó con lúgubres truenos. El mar reflejó como un espejo el drama desgarrador del cielo. Las olas inquietas pugnaban por liberarse del dominio del viento. Pronto llegaría al castillo la intensa tempestad.

Decidió que no permitiría que Duncan pusiera su vida en peligro por ella. Si el jefe del clan Kerr quería custodiarla, así sería. No tenía sentido contarle lo que había decidido, lo que pretendía, puesto que él jamás lo permitiría.

Por propia voluntad se entregaría a Roger de Kerr si con ello evitaba que Duncan pusiera en peligro su vida.

Tras tomar esta decisión se sintió aliviada, ligera, como si se hubiera desprendido de una pesada carga. Soportaría vivir sin él si sabía que estaba vivo. Aunque su cuerpo estuviera encarcelado, su mente volaría libre, hasta los hermosos recuerdos compartidos.

El dolor de su ausencia sería más leve si sabía que su corazón aún palpitaba y que en él existiría siempre un lugar para ella.

Cuando más tarde se encontraron, ambos fingieron una serenidad que no sentían. Ella no le reveló que había escuchado su discusión con el señor de Kerr. Él no le contó lo que había sucedido y que había prohibido a todos los presentes en la disputa que lo ocurrido llegara a oídos de Leonor. No quería preocuparla, contaba con ganar. No tenía otra opción. Por ella, por sus gentes y su tierra.

La lucha tendría lugar dentro de tres jornadas, si el tiempo lo permitía. Hasta entonces, saborearía cada minuto que pasara con ella como si fuera el último.

Para Leonor estos serían los últimos instantes que pasarían juntos, pues estaba decidida a partir muy temprano al siguiente día, antes que la lucha se produjera o él pudiese detenerla.

Aquella noche una espantosa tormenta descargó toda su rabia y furia sobre las tierras de Dunbar. Alguien corrió la voz del trato al que Duncan se había comprometido con el señor de Kerr y aquel temporal se consideró un signo de mal agüero.

El pueblo de Dunbar consideraba a Duncan, al igual que anteriormente a su padre, como un jefe justo y preocupado por su bienestar. Si la lucha se decantaba a favor del señor de Kerr, los dioses no lo permitieran, muchas familias estaban dispuestas a marcharse de la tierra que los había visto nacer.

CAPÍTULO 27

Leonor se puso en marcha antes del amanecer. Se encaminó a los establos y despertó a uno de los muchachos que se encargaba del cuidado de los caballos. Le pidió que la acompañara, pues tenía que llevar un mensaje al condado de Kerr y necesitaba que le indicara el camino.

Pese a que el jovenzuelo aún andaba medio dormido, se extrañó de la demanda de Leonor y le advirtió que Duncan debería saberlo.

—Pero ¿quién te crees que me ordena llevar el mensaje? Duncan se enfadará si lo molestas a estas horas y yo personalmente me encargaré de que te castigue.

Esas palabras fueron suficientes para el poco avispado jovencito quien, diligente, preparó dos caballos y partieron al galope antes de que el sol empezara a despuntar.

Maryam no encontró a Leonor en su alcoba al despertar y la buscó sin descanso durante buena parte de la mañana.

Preocupada, preguntó a Asur y lo puso al corriente de la desaparición de su señora. Un mal presentimiento atenazó el corazón del anciano, que corrió tanto como sus viejas piernas les permitieron hasta el establo, donde comprobó que faltaban dos caballos, y reunió a los mozos para preguntarles por ellos.

A muchas millas de allí, la lluvia, que había comenzado de nuevo al amanecer como una leve llovizna, se convirtió en un auténtico

aguacero que dificultaba el avance de los jinetes.

Los caballos, asustados, se encabritaban, y Leonor y el mozo apenas conseguían calmarlos.

Finalmente, decidieron guarecerse bajo el saliente de uno de los promontorios que delimitaban la costa y esperar a que la lluvia amainara para continuar el viaje.

La muchacha estaba muy asustada. Hubiera preferido que el viaje hubiera sido más sencillo y que, a los miedos que su propio corazón albergaba, no se les sumara los peligros de un desplazamiento complicado.

Deseó haber llegado ya a Kerr y que su entrega hubiera librado a Duncan de la posibilidad de perder sus tierras y su vida. No importaba que la etapa más oscura de su existencia comenzara ahora, al menos había tenido la dicha de conocer el amor, pero… ¿y si mientras viajaba le sucedía algo y no conseguía llegar a su destino? ¿Qué sería de Duncan?

Sentada en el suelo, se apretujó aún más contra las rocas del saliente pese a que le herían la espalda. Escondió la cabeza entre las piernas e intentó ocultar su miedo al asustado jovencito, que a duras penas contenía a los espantados caballos.

Duncan solo tuvo que vislumbrar el semblante de Asur para saber que algo realmente terrible había sucedido. Y sus pensamientos apuntaron hacia Leonor. Cuando Asur lo confirmó, un extraño dolor se apoderó de su alma. Pese al temporal que se cernía sobre Dunbar, voló en busca de su caballo y suplicó a los dioses que Leonor se encontrara a salvo.

Ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaban allí, guarecidos apenas de la tormenta.

Leonor estaba aterida y notaba los músculos entumecidos por el frío y la inmovilidad.

Poco a poco, el cielo pareció irse calmando y las nubes fueron tornando lentamente el negro en gris. La lluvia iba remitiendo. La muchacha confió en volver pronto al camino.

De repente, un ensordecedor trueno descargó justo encima de ellos. Los caballos se encabritaron y, enloquecidos, echaron a correr.

El mozo, que hasta que el trueno se oyera había estado dormitando, despertó sobresaltado y nada pudo hacer por sujetarlos. Miró a Leonor afligido y corrió en pos de los animales.

Leonor asumió que, sin su montura se le complicaría llegar a Kerr, y no podría volver a Dunbar, así que decidió partir tras él. Sin embargo, pocos pasos después asumió que lo había perdido de vista.

La lluvia, fina pero persistente, empapaba sus ropas y volvía su falda extremadamente pesada, lo que unido al suelo enfangado hacía que su avance fuera sumamente dificultoso. Abatida, volvió a echar una ojeada a su alrededor por si conseguía averiguar dónde estaba el mozo o los caballos.

No encontró rastro alguno. Suspiró.

Recogió su falda y decidió avanzar hacia dónde suponía que estaba la aldea de Kerr. Esperaba que, mientras tanto, el chico pudiera encontrar los caballos y regresara a su lado.

No tenía noción del tiempo que llevaba caminando, ni si estaba haciéndolo en la dirección correcta. Se sentía muy cansada, pero no podía obligarse a hacer otra cosa que seguir avanzando.

Poco a poco, los árboles empezaron a escasear y comprobó que se acercaba a la playa. Leonor recordó que, durante el invierno, al regresar de Kerr había dejado la costa a su izquierda, por lo que supuso que no iría demasiado desencaminada.

Dirigió sus pasos hacia la playa y desde allí vislumbró lo que parecía ser una aldea cuyas hogueras dejaban un rastro de humo en un cielo plomizo y atormentado.

No fue eso lo único que vio. Próximos a las cabañas, pero avanzando en su dirección, varios jinetes, que parecían haber advertido su presencia, espoleaban a sus monturas con las espadas en alto.

Leonor no tenía la seguridad de que fueran guerreros de Kerr y, si lo eran, que sus intenciones fueran pacíficas, así que corrió hacia el bosque, buscando el refugio de los árboles. Quería llegar hasta el laird y hablar con él para ofrecerse a cambio de que perdonara el enfrentamiento con Duncan. Sin embargo, aquella súbita persecución le hizo temer que sus hombres no se molestasen en saber quién era o conocer sus razones para estar allí. Ella contaba con llegar hasta la aldea y ser conducida pacíficamente hasta la vivienda del jefe. En ningún momento pensó que ella pudiera suponer una amenaza o que fuera a ser perseguida.

Encontró refugio entre la arboleda cuando los jinetes estaban a punto de alcanzarla.

Eso solo los detuvo momentáneamente. Con destreza, los guerreros se lanzaron en su persecución a través de los árboles.

Leonor no necesitó mirar atrás para comprobar que la seguían muy de cerca. Podía oírlos tan bien como a su propia respiración agitada y el sonido retumbante de su corazón a punto de estallarle en el pecho.

Al límite de sus fuerzas, tropezó y cayó al suelo.

Inmediatamente, los jinetes la rodearon.

Se dio la vuelta y, pese a encontrarse extenuada, se levantó. Sintió un dolor agudo en un tobillo cuando posó el pie en el suelo. Aun así, intentó huir.

Los hombres, guerreros de Roger de Kerr según mostraban sus escudos y armas, desmontaron entre risas y burlas soeces.

Uno de ellos la empujó. Perdió el equilibrio y cayó al suelo. Se sentó e intentó recomponerse, ocultar el miedo y mostrar una tranquilidad que no tenía, para intentar explicarles en su idioma que había caminado hasta allí para hablar con su jefe, que era emisaria de un valioso mensaje, de un asunto de vital importancia para las tierras de Kerr y Dunbar.

Los tres hombres se lanzaron miradas irónicas y, horrorizada, vio cómo se cernían sobre ella, haciendo caso omiso a sus súplicas.

Intentó incorporarse de nuevo.

En ese momento, uno de los hombres se abalanzó sobre Leonor, situándose encima e inmovilizándola contra el suelo. Con una de sus manos libres, la joven, consiguió agarrar una piedra y lo golpeó en la sien. El golpe aturdió al hombre que sacudió la cabeza enfadado y le propinó una bofetada.

Leonor percibió el sabor metálico de la sangre en su boca y, más que dolor, sintió indignación, asco y un miedo espantoso a lo que sabía que iba a suceder a continuación. Deseó morir o perder la consciencia, con tal de no sentir las vejaciones del hombre, cuyas manos recorrían obscenamente su cuerpo mientras ella trataba de zafarse. Sin embargo, pese a todo lo que le estaba sucediendo, no estaba preparada para el terror que la sobrecogió a continuación.

Una gigantesca espada pasó a tan solo unas pulgadas de su rostro impactando en la cabeza del guerrero que la sujetaba contra el suelo. La sangre del hombre la salpicó y su cuerpo sin vida se desplomó sobre ella.

Gritó enloquecida, horrorizada. Nunca había visto la muerte tan cerca como ahora. ¿Acaso lo que había deseado hacía unos momentos iba a cumplirse?

Consiguió deshacerse del cuerpo sin vida que la estorbaba justo a tiempo de ver cómo un guerrero salvaje atacaba a los otros dos, conseguía matar a uno y hacer huir al otro.

Leonor, asustada, creyó que ahora sería su turno e intentó huir casi arrastrándose. El dolor en el tobillo era lacerante, le subía en

oleadas por una pierna inútil. Agotada, se hubiera resignado a morir si su pensamiento no estuviera ocupado por el deseo de librar a Duncan del enfrentamiento, de evitarle la posibilidad del deshonor de perder sus tierras y la muerte. Aún tenía que llegar hasta Kerr.

El guerrero la atrapó y ella ocultó su rostro con las manos. Temblaba descontroladamente, mientras él, abrazándola, le hablaba. Pero Leonor era incapaz de reconocer las palabras.

Entonces, la apretó contra su pecho y la meció suavemente, renunciando a apartarle las manos del rostro.

Poco a poco, ante el abrazo consolador y la ausencia de peligro, la joven fue calmándose. Pese a que aún tiritaba de miedo, Leonor acabó reconociendo su olor y su piel. Era él. Duncan.

CAPÍTULO 28

Señorío Real de Zamora, verano de 1072

El asedio a Zamora duraba ya varios meses. Ni víveres, ni armas, ni ninguna otra cosa había entrado o salido de la ciudad fortificada.

En su interior la situación era prácticamente insostenible. La hambruna se había apoderado de la villa, la gente moría de inanición y sus cuerpos se amontonaban a la espera de poder ser enterrados. La gente se amotinaba a las puertas del palacio de la reina Urraca pidiéndole una solución. Querían seguir siendo súbditos de la notable Urraca, pero no querían ver morir a sus hijos de hambre.

Dentro de palacio, Urraca se reunió como todos los días con su fiel consejero Arias Gonzalo. Las noticias que este le proporcionaba eran cada vez más descorazonadoras. Hacía días que Gonzalo le había sugerido que lo más sensato sería rendirse puesto que los habitantes de Zamora se hallaban al límite de sus fuerzas. Los castellanos habían mantenido el asedio durante meses y nada hacía presagiar que fueran a ceder un ápice.

Urraca había reconvenido al anciano. Rendirse no era una opción, le había dicho, y seguía pensándolo. Haría cualquier cosa que estuviera en sus manos antes que entregar la villa a su odiado hermano Sancho.

Dada la desesperada situación, se hacía necesario tomar una decisión pronto. Solicitó a su consejero que fuera a buscar al devoto servidor de Alfonso que la había acompañado desde que comenzó el cerco.

Cuando Vellido Dolfos llegó, Urraca contemplaba pensativa la ciudad desde un gran ventanal de su majestuoso salón. Pidió a Gonzalo que se retirara, ya que quería hablar a solas con Vellido.

—Decidme, Dolfos, ¿vos también pensáis que la situación se ha vuelto tan insoportable como para que tengamos que entregar esas cartas a Sancho?

—Señora… —Vellido Dolfos lanzó un profundo suspiro antes de continuar —Mi buen rey Alfonso de León las dejó a mi custodia, pero vuestra es la decisión. Me pidió que estuvieran a vuestra disposición para que os sirvieran con el mejor provecho —continuó—. Sabed que es imposible reunir un ejército que haga frente a las tropas dirigidas por el Cid, pero si el uso de estas cartas calma a Sancho, es probable que os permita una negociación honrosa.

Urraca volvió a dirigir la vista hacia su hermosa ciudad, pero sus pensamientos se encontraban ahora muy lejos de allí. Recordó los años en que Rodrigo Díaz y ella eran apenas unos niños que jugaban juntos y sentían un gran cariño mutuo.

Urraca había fantaseado con la idea de contraer matrimonio con él, pues no había en el reino caballero más apuesto y valiente. Sin embargo, su alcurnia de infanta había hecho impensable una boda tan desigual.

Pensó que si se hubiera rebelado, ahora sería la mujer más influyente del reino. Su inteligencia y astucia, y la espada y el ardor guerrero del Cid, habrían hecho posible la reunificación de las tierras de su padre y el sometimiento de las musulmanas, y juntos habrían forjado y dirigido el imperio más poderoso de la tierra.

Su pronóstico sobre Rodrigo Díaz se había cumplido. Él se había convertido en el guerrero más valiente y temido de toda la península, era respetado por igual por cristianos y musulmanes. Ella, en cambio, no era más que la señora de una ciudad que le sería arrebatada en breve.

Apretó los puños para contener la rabia y la ira que pugnaban por estallar. Un silencio incómodo se extendía por el salón, mientras Urraca iba dando forma a una idea que le permitiera conservar lo único que tenía. No abandonaría lo que tanto le costó conseguir, por lo que tanto suplicó a su padre, sin jugar hasta la última de sus cartas, aunque fuera la más vil de todas.

—Dolfos, me temo que a estas alturas Sancho no me permitirá más salida que el destierro y el deshonor. Mi ciudad, mis gentes y mi riqueza servirán a una nueva dueña, pues no dudo que en cuanto Sancho sepa dónde está su hija la traerá y la hará señora de lo que, con tanto esfuerzo y lágrimas, conseguí de mi padre. —Urraca le lanzó una enigmática mirada a aquel adicto siervo de su hermano antes de proseguir—. Además, la posición de mi hermano Alfonso será extremadamente delicada si Sancho me arrebata la ciudad. Probablemente, nunca vuelva a recuperar su reino y su vida dependerá de lo que el castellano disponga.

—Mi reina, haría lo que fuera por vos, todo lo que estuviera en mi mano, si ello hiciera posible que vos conservarais vuestra villa y mi señor recuperara su reino.

—A veces pienso que para Alfonso y para mí la vida sería mucho más fácil si el rey Sancho no existiera. —Urraca dejó que las palabras y su mensaje calaran en el hombre y antes de continuar lo miró directamente a los ojos—. Daría cualquier cosa a quién me devolviera la ciudad. Vellido, ¿sois vos el valiente que Zamora y su reina necesitan?

Apenas unas horas después, un mensajero con importantes noticias llegaba hasta el campamento del rey Sancho, situado en la ribera del río Duero. Era portador de un mensaje de la reina Urraca en el que se le solicitaba que recibiera a su enviado Vellido Dolfos y le dispensara un trato especial, puesto que portaba importantes nuevas y unas cartas que debían ser conocidas estrictamente por el rey y en privado. Le informaba que la ciudad le sería entregada en breve, pero confiaba que la información que ponía a su alcance le permitiera una salida honrosa y conforme a su alcurnia.

Sancho aceptó la demanda sin dilación, puesto que sospechaba que estaba a punto de conocer el paradero de su hija, no en vano el emisario era un conocido vasallo de su hermano Alfonso, de quién no dudaba era el artífice de la desaparición de Leonor.

Junto a la orilla del Duero, a cierta distancia del campamento, se preparó un tosco emplazamiento para recibir con discreción al emisario de Urraca.

Pese a las súplicas de buena parte de los abanderados principales de su ejército, el rey prefirió recibir a Vellido Dolfos con el único acompañamiento del caballero Diego Ordóñez. Confiaba en la seriedad y honorabilidad del enviado de su hermano.

Si el mensaje que iba a transmitirle le satisfacía, estaba dispuesto a ser magnánimo con las condiciones de entrega de la villa. Sin embargo, si su hermana tramaba alguna vileza bien sabría él defenderse, no en vano era conocido por su fuerza y su destreza con la espada.

Vellido Dolfos llegó a media tarde, cuando las sombras que los cuerpos proyectaban sobre la tierra comenzaban a alargarse, como queriendo escapar de su destino.

Se saludaron de forma cortés, aunque extremadamente fría por parte de Sancho.

Exigió a Vellido las cartas prometidas por Urraca y este le pidió indulgencia para con sus señores. Sancho, sin embargo, no estaba dispuesto a olvidar las vidas sacrificadas por culpa de sus ambiciosos hermanos y le pareció una gran muestra de soberbia por parte de Urraca querer influenciar, en modo alguno, en su decisión para con ella.

Arrodillándose humildemente, Vellido le hizo entrega de dos pliegos manuscritos, que Sancho se apresuró en desplegar y leer.

El caballero Ordóñez permanecía a cierta distancia vigilando a ambos, mientras que el enviado de la reina esperaba expectante, próximo al rey Sancho y pendiente de cualquier expresión que este dejara traslucir durante la lectura de las cartas.

Tras acabar de leer la primera, Sancho sintió que la presión que le atenazaba el corazón desde hacía tiempo conseguía aliviarse en cierta forma.

Por fin sabía con quién y dónde se encontraba Leonor y comprendía los motivos que llevaron a unos extranjeros indeseables a raptar a su hija.

Ahora tenía la esperanza de conseguir su pronto regreso, puesto que no dudaba que los hombres del norte mantendrían su palabra de mantenerla a salvo y él se plegaría a cualquier condición para traerla de regreso, más aún a una, que le parecía, hasta cierto punto, justa, pues nunca estuvo al tanto de las vilezas que el hermano de la reina se permitía con su ayuda.

Se dispuso a abrir el segundo pergamino, esperando encontrar las condiciones para la liberación de Leonor, cuando sintió un pinchazo agudo en su espalda. El dolor lo traspasó y se extendió, dejándolo sin respiración. El escrito cayó de su mano, mientras se agarraba el pecho y buscaba un sostén sobre el cual apoyarse para no desplomarse, pues le fallaban las fuerzas y su visión se hacía cada vez más borrosa. Lo último que vio fue a Diego Ordoñez corriendo hacia él tan pálido como un cadáver.

Jamás olvidaría el fiel caballero Ordoñez, cómo el traidor Vellido hundió un venablo en la espalda de su rey Sancho, un puñal que no había acertado a descubrir en un registro anterior, pues lo debió de llevar bien oculto entre las ropas.

Dio voces clamando auxilio para su señor y la captura del traidor, que corría hacia las murallas cargando con los pergaminos que el rey castellano había leído antes de ser malherido.

Mientras Ordoñez daba voces implorando por la vida agonizante de su señor el rey, Sancho nada oía, sumido en una profunda niebla de la que nunca despertaría.

Poco a poco, la niebla se fue disipando en su mente y esta dio paso a una luz radiante de la que saldría una silueta de mujer. Sancho dejó de luchar contra su destino cuando descubrió que era Teresa quién se acercaba a su encuentro. Sus ojos se llenaron de

ella, tan hermosa y vital como cuando la conociera hacía veinte años. Su sonrisa le aplacó sus dudas y miedos y sintió que ya nada podía retenerlo en el mundo. Leonor estaría bien y encontraría su destino lejos de su lado, en otras tierras quizás, pero nada debía temer, pues si estaba bien para Teresa, también estaría bien para él. Teresa tomó sus manos entre las suyas, cálidas y reconfortantes y él se dejó llevar.

Gruesas lágrimas cayeron de los ojos de los caballeros reunidos en torno al rey castellano. No despertó el monarca durante su corta agonía y exhaló su último suspiro con una sonrisa en los labios. Diego Ordóñez supuso que se debió a las noticias que leyera en las cartas que el huido Vellido le llevara, aunque no tenían forma de saberlo pues el pérfido las había robado.

Lo persiguieron hasta los mismos muros de la muralla, donde se le esperaba tras una puerta camuflada, que se descubrió muy bien protegida, ya que varios hombres que perseguían al indigno Dolfos fueron abatidos con flechas disparadas desde las almenas.

Una terrible aflicción se extendió por todo el campamento al conocer la muerte del rey Sancho. Tan próximo a alcanzar su objetivo, la odiada parca se cruzó en el camino del buen rey, truncando su vida y la de futuros herederos que ya no tendría.

Leonor permanecería en el destierro, olvidada, a propósito, por aquellos que le eran más próximos, pero a los que molestaba. Ella sería quién construiría su propio destino.

Había quedado huérfana.

Castilla quedaba huérfana también.

CAPÍTULO 29

Finalmente, ambos tuvieron que confesar que habían actuado a espaldas uno del otro. Duncan ocultándole el duelo contra Kerr, Leonor obviando que lo había oído todo y había decidido actuar por su cuenta para evitar que el enfrentamiento se produjera.

Después de asegurarse que la muchacha se encontraba relativamente bien, aunque con un tobillo magullado y dolorido, Duncan no escondió su terrible enfado por su temeridad, pese a que ardía en deseos de abrazarla y besarla, pues creyó que la perdería a lo largo de aquel infausto día. Por fortuna, había encontrado al mozo de cuadras en el camino y le había confirmado sus sospechas acerca de su paradero.

Cuando se sintió más tranquila, Duncan la subió al caballo a horcajadas y apoyó su espalda contra su pecho protegiéndola como a una niña. La notaba aún temblorosa, así que imprimió a su montura un trote suave durante el trayecto que los devolvió a casa.

Leonor iba serenándose poco a poco, recostada sobre el pecho de Duncan, percibiendo el suave vaivén de su respiración. No quería preocuparlo, pero entendía que le debía una explicación. Comprendía su enfado y no quería que pensara que la decisión de acudir al encuentro de Roger de Kerr le había resultado fácil. Debía hacerle entender que era lo más conveniente. No podría soportar verlo herido o algo peor y tampoco quería ser la causante de que perdiera sus tierras.

Cuando consiguió serenar su respiración al compás de la del guerrero y lo sintió más calmado, le pidió:

—Deberías llevarme de vuelta al condado de Kerr. Sabes que es lo mejor para los dos.

—¿Para ti también? —le preguntó mirándola a los ojos —. ¿Es

lo que verdaderamente quieres?

—Lo que quiero es que conserves tus tierras… y tu vida. Moriría si por mi culpa te sucediera algo… Cuando todo esto se resuelva, volveremos a estar juntos.

—¿En serio crees que en el clan Kerr serás tratada como a una huésped? —La voz de Duncan mostraba su enojo—. El señor de Kerr no tendrá paciencia para esperar una respuesta que aún tardará en llegar. Te forzará para su disfrute si no acaba contigo antes.

Leonor bajó la cabeza avergonzada.

—Lo soportaré si sé que estás vivo —musitó, no obstante.

Duncan detuvo el caballo y tomándola de la barbilla le espetó:

—¿Crees que podría seguir viviendo si no estuvieras a mi lado? —La joven quiso responder, pero calló ante la intensa mirada del hombre, en la que se reflejaba sus sentimientos por ella. La abrazó suavemente como temiendo lastimarla—. No me abandones nunca —le susurró al oído.

Ella echó atrás la cabeza y la descansó sobre su hombro. No le contestó, pero pensó que ella tampoco querría vivir si él sucumbía en la lucha.

La tormenta fue abandonando el cielo de Dunbar y finalmente el combate pudo celebrarse conforme estaba previsto.

El laird no permitió que Leonor estuviera presente en la liza y para sorpresa de ella la mandó a unos aposentos que estaban situados justo detrás de las cocinas. Fuera custodiaban la puerta dos guerreros. Duncan les había dado la orden de ponerla a salvo en caso de que él no sobreviviera y que esperaran a Eric bien escondidos para que, a su vuelta de Castilla, la devolvieran con su padre. No consentiría que Roger de Kerr se apropiara de ella, conocedor de lo que el viejo sátiro sería capaz de hacerle. Prefería sufrir el deshonor de incumplir la palabra dada a morir sabiendo los tormentos que podía llegar a padecer su amada.

Desde el amanecer, Leonor, acompañada por Maryam, permanecía en aquellas lejanas habitaciones donde ningún ruido llegaba. Inquieta y angustiada en extremo, mataba el tiempo paseando de un lado al otro de la pequeña estancia, preguntándose qué estaría sucediendo, si ya habría comenzado el combate y a quién habría designado el señor de Kerr como su luchador, pues era una regla que se respetaba desde siempre que el jefe del clan de mayor edad podía designar un sustituto más joven entre sus guerreros para que luchara por él.

Se establecieron las posiciones en el patio de armas. Se echó a suertes el punto de partida desde donde cada guerrero iniciaría el combate.

A Duncan le tocó combatir a su enemigo con el sol de frente, lo que constituía una desventaja, pero confiaba en mudar su posición al comenzar la lucha.

Las armas escogidas fueron las típicas espadas de los jefes del clan; largas y pesadas, de poderosa empuñadura y letales ante un golpe decidido. Cada uno portaba el escudo de su clan.

La sorpresa llegó cuando el jefe de Kerr presentó a su elegido. Era un gigante barbado, corpulento y con fama de tener una fuerza extraordinaria que, sin embargo, no pertenecía al clan.

Asur protestó por la elección y Roger de Kerr la explicó diciendo que era el prometido de su hija pequeña y que, por tanto, ya formaba parte del clan. Todos se preguntaron si la elección no habría sido al revés, primero el guerrero más conveniente para derrotar a Duncan y después el compromiso con la mujer.

En cualquier caso, los hombres tomaron sus posiciones y ante una numerosa concurrencia, entre la que se hallaba Maud de Kerr y sus hermanas, comenzó la lucha.

En las alejadas estancias donde había sido recluida, Leonor, con el corazón en un puño, le contaba a Maryam una pesadilla que había tenido aquella misma noche.

Nada le había comentado a Duncan para no preocuparlo. Aquella mañana él la acompañó hasta donde se encontraba sin darle explicación alguna y se habían despedido con un beso. En aquel momento, ella había recordado de súbito la pesadilla que tuviera durante la noche y que hizo que se despertara sobresaltada. Y desde entonces no podía dejar de rememorarla.

Maryam la escuchó atenta mientras la joven, con voz entrecortada, le relataba sus recuerdos.

El sueño había sido tan vívido que parecía que había sucedido en realidad. Ella se encontraba de nuevo en su hogar de Burgos y recorría el castillo buscando a su padre, a Elvira y a Duncan, sin éxito. Al llegar a su alcoba, se sorprendió al encontrar las contraventanas abiertas de par en par permitiendo que un fuerte viento agitara las cortinas del lecho y apagara los candelabros.

Se aproximó a la ventana con temor, presintiendo algo terrible y en el suelo vio un pájaro grande, negro, que la miraba sin miedo con sus duros ojillos oscuros, brillantes como piedras de río y desprovistos de vida. Lo azuzó para que echara a volar y saliera de la alcoba lo que hizo que el pájaro se posara en el alféizar de la ventana. Al dirigir su vista hacia allí, divisó una multitud de cuervos posados en otras ventanas, sobre los tejados, los árboles y los aperos del patio contrastando de manera macabra con la luz del atardecer, observándola mientras posaban sobre ella sus malévolos ojos muertos.

Después de los primeros enfrentamientos, Duncan descubrió por qué Roger había elegido a ese guerrero y es que, pese a su corpulencia, era extremadamente ágil y fuerte, lo que le permitía la ventaja de manejar la gran espada sin notar el cansancio que acababa conllevando su enorme peso.

Aunque Duncan empezaba a acusar el agotamiento, no estaba dispuesto a ceder ni un ápice, conocedor de lo mucho que se jugaba. Lucharía hasta su último aliento.

Los guerreros blandían sus espadas sobre la arena del patio de armas. Los choques eran perpetrados con decisión de forma continua y provocaban sonidos metálicos, secos, cortantes, que mantenían en vilo la respiración de todos los presentes.

El señor de Dunbar detuvo un golpe tras otro con su espada. Gotas de sudor resbalaban por su frente. Notaba cómo el cansancio comenzaba a hacer mella en su cuerpo; las molestias de la herida en el hombro volvían a manifestarse.

Decidió que no podía permitirse desgastarse más en sostener la lucha. Ya no se limitaría a frenar el avance del guerrero de Kerr, era hora de contraatacar. Si el guerrero le superaba en fuerza, él debería hacerlo en astucia.

Le atacó decididamente y con rapidez en diversos puntos claves de su cuerpo y comprobó que las piernas era lo que más le costaba defender. Ese era su punto flaco. Todos los hombres tenían alguno, y allí era a donde debía dirigir sus golpes, sin descuidar su propia defensa en lo más mínimo.

La fatiga se hacía patente en los dos guerreros, pero Duncan, haciendo un supremo esfuerzo, logró herir al gigante en los muslos y, aprovechando su desconcierto, ahondó en el tajo, por lo que el guerrero se desplomó en el suelo.

Roger de Kerr le gritó para que se levantara y siguiera luchando hasta entregar la vida, pero, pese a que se puso en pie como pudo, la pérdida de sangre era tal, que aquello sería como matar a un animal sentenciado.

Volvió a caer y Duncan lo señaló con su espada mientras le ofrecía perdonar su vida sin menoscabo de lo que él como vencedor ya había ganado: conservar sus tierras y a su amada.

Roger de Kerr escupió al guerrero que yacía en el suelo y le espetó que podía quedarse con él y molestarse en enterrarlo. Para él ya no valía nada.

Con ojos llameantes por la ira y la rabia de una pérdida que no había esperado, el laird del clan Kerr, reunió a sus huestes para salir

sin tardanza del castillo.

Los hombres gritaron por la victoria del laird MacGregor, mientras Duncan y sus allegados veían partir a los de Kerr con un suspiro de alivio.

Antes de que la comitiva del clan enemigo dejara definitivamente el castillo de Dunbar, Maud de Kerr, apartándose unos instantes del lado de su padre y sus hermanas, se acercó a Duncan y le anunció iracunda que ella misma había tomado cartas en el asunto, ya que, previendo un desenlace desfavorable en la lucha para su clan, había mandado mensajeros a informar al rey de Alba del secuestro de la castellana. Maud no se había conformado con el pacto entre guerreros y había traicionado a ambos.

El corazón de Leonor comenzó a latir desacompasado al ver a Duncan en la puerta de la estancia cubierto de polvo y sangre.

De inmediato comprobó que sus heridas no revestían gravedad y se abrazó a él llorando y riendo, feliz como nunca lo había sido en su vida pues el hombre que amaba estaba vivo.

Maryam suspiró aliviada, pero mientras los contemplaba pensativa, no dejaba de darle vueltas a la pesadilla que Leonor le había contado. En su interior presentía que aquello era un signo de mal agüero y que, tal vez, su sombra no abarcaba a Duncan sino a Castilla.

Algo debía de estar sucediendo en aquellas tierras y tal vez no fueran buenas noticias las que Eric trajera. Desde hacía días lo sentía cada vez más próximo a ella, sin embargo, ansiaba y, extrañamente, a la vez, temía que llegara.

CAPÍTULO 30

Más tarde, una vez aseado y curadas algunas heridas superficiales, Duncan bajó al salón donde encontró a Leonor rodeada de niñas a las que con paciencia peinaba para ir convirtiendo sus greñas en primorosas trenzas. La estuvo contemplando un rato, satisfecho de que una aparente normalidad hubiera retornado al castillo.

Sin embargo, ahora debían enfrentarse a un nuevo problema, el que se presentaría cuando Malcolm Canmore, rey de Alba, supiera del rapto de Leonor.

Durante su aseo, Duncan había estado dándole vueltas al asunto y había encontrado una posible solución que a decir verdad le satisfacía sobremanera. Aunque era imprescindible contar con el consentimiento de Leonor.

Una vez terminó, bajó a buscarla al salón y esperó divertido a que la muchacha terminara de componer el peinado de la última de las niñas y, tomándola de la mano, se la llevó del salón, pese a las protestas de la chiquillería.

Pasearon un rato por los pasillos laberínticos del castillo para acabar en la torre donde muchas veces se habían reunido lejos de miradas suspicaces. Durante el recorrido Leonor le había preguntado a Duncan por el combate y pese a su reticencia no había tenido más remedio que contar a grandes rasgos lo que ocurrió.

Ya en la torre, ante una inmensa veranda desde la que se contemplaba el oscuro mar que bañaba la tierra de Dunbar, Duncan le expuso la amenaza de Maud de Kerr.

Leonor se sintió indignada ante el engaño del clan Kerr. No le importó que Duncan le explicara que probablemente Roger de Kerr no estuviera enterado de la traición de su hija. A fin de cuentas,

significaba que aquello por lo que había arriesgado su vida Duncan, estaba otra vez en el aire.

—¿Qué haremos ahora? El rey exigirá mi custodia y a buen seguro os castigará por vuestra osadía —se condolió la joven.

—Nadie os apartará de mi lado y mucho menos un rey casado con una inglesa. Aunque creo que Margaret de Aetheling nos ayudará a evitar que su marido pueda reclamaros.

—¿Cómo? —quiso saber sumamente interesada.

—Ella es católica, no sé si lo sabéis. Una mujer de probada virtud y bondad, aunque casada con un bruto y un salvaje. Malcolm respeta las creencias de su esposa, pues en el fondo es un hombre supersticioso y temeroso de los dioses. Respetará, sin duda, el sagrado vínculo del matrimonio cristiano bajo el cual se casó con su esposa.

—¿Qué intentáis decir? —musitó la joven.

Duncan sonrió travieso y se acercó aún más a Leonor. Con suavidad le retiró un mechón rebelde que le tapaba parte de la mejilla. Con el dorso de la mano le acarició suavemente el pómulo donde estuviera el ondulado cabello y con su pulgar recorrió la línea de sus labios.

—¿Cómo lo habéis hecho? ¿Cómo habéis conseguido apoderaros de mi alma? —Duncan acercó su rostro al de ella tan próximo que se embebía en su aroma y en su dulce aliento.

—Duncan… —musitó cerrando los ojos mientras sentía el cálido contacto de sus dedos sobre la piel. Retendría este momento para siempre…

Con los ojos cerrados sintió el suave calor de sus labios. Entreabrió los suyos para recibirlo con ansia, con la avidez de un sediento el agua. Jugaron un rato, lamiendo la suavidad de sus labios, despacio, recreándose en el momento, disfrutando de su intensidad.

Leonor revolvía con sus manos el pelo del hombre, largo hasta los hombros, mientras que él la sujetaba por la cintura y hundía otra

mano en la oscura cabellera de la joven.

—Leonor… —le suplicó junto a su oído—, convertíos en mi esposa.

La muchacha abrió los ojos y lo miró sorprendida por su repentina propuesta.

—Sé que deseabais pedir la bendición de vuestro padre tanto como yo, pero si celebramos nuestra boda por el rito cristiano, Malcolm Canmore la respetará y no os arrancará de mi lado. —Duncan sonrió a la joven, expectante, con una encantadora sonrisa llena de promesas de gozo.

—Nunca dudé que nuestros esponsales serían cristianos —le respondió Leonor sonriente—. No me fiaría ni un instante de la palabra de vuestros dioses guerreros y malhumorados.

Duncan levantó a la joven en vilo y le dio un ardiente beso.

—Sin embargo —aclaró Leonor una vez volvió a tener los pies en el suelo y la disponibilidad de sus labios—, ya que no puedo obtener la bendición de mi padre para nuestra boda, me gustaría pedírsela a Asur. Él ha sido como un padre para mí desde que llegué y quisiera contar con su aprobación.

—Sea pues, hablaremos con Asur y con su bendición prepararemos la ceremonia para que se celebre lo antes posible.

Asur estaba atendiendo al guerrero herido, pero en cuanto llegó al salón donde se encontraban Maryam, Leonor y Duncan, este les reveló que todo por lo que habían luchado hoy carecía de valor, ya que la hija de Kerr se había encargado de informar al rey.

—¡Es una arpía! —exclamó Maryam sin poderse contener.

—Vuestro combate fue noble y limpio. Ganasteis merecidamente —terció Asur—. Maud de Kerr no ha tenido un comportamiento honorable.

—Creo que he encontrado la solución para evitar que el rey pueda reclamar a Leonor —apuntó Duncan.

—¿Cómo…? —Asur dejó la pregunta en el aire al constatar cómo Duncan y Leonor intercambiaban miradas sin disimulo alguno. Ella, repentinamente seria, se dirigió al anciano.

—Asur, vos sois lo más parecido a un padre que tengo en estas tierras —confesó—. Nos acogisteis —miró a Maryam—como a unas hijas. Nos tratasteis con respeto y cariño y os preocupasteis por nuestros sentimientos, además de por nuestra salud. ¿Daríais vuestro permiso para que el laird y yo nos uniéramos en matrimonio?

Asur les sonrió, sabedor desde mucho antes que ellos que sus vidas estaban destinadas a unirse.

—Duncan sabe que al principio me opuse a vuestra relación —reveló el anciano—. Quería evitaros sufrimientos innecesarios pues es… era bien sabido que vos debíais regresar a vuestras tierras al concluir las negociaciones, concluyeran como hubiera lugar. No obstante, hay sentimientos que no pueden domeñarse y desde que nacen están destinados a superar cuanto obstáculo encuentren en su camino. Sé muy bien lo que digo. Aunque sea ya anciano y esté algo achacoso no he olvidado lo que se siente… Por eso reconozco lo que os une y sé que luchareis contra viento y marea por mantener ese vínculo y defender vuestro amor. Sabed que siempre tendréis mi apoyo y mi bendición.

Leonor abrazó al anciano al que quería de verdad. No le era desconocido que, en principio, Asur no viera con buenos ojos lo que estaba naciendo entre los dos, pero supo aceptarlo cuando comprendió el dolor que supondría para ellos negarlo.

Maryam se unió al abrazo y todos pasaron esa noche entre risas, alegres, al fin y al cabo, porque Duncan había vencido a Kerr y había salvado no solo sus tierras, también su vida y la de su amada.

Felices por el futuro en común al que se habían comprometido, que no se presentaba fácil, pero por el que lucharían definitivamente unidos, contra viento y marea.

CAPÍTULO 31

La boda se celebró una semana más tarde. La mañana otoñal se despertó radiante y hermosa, perfecta para los jóvenes enamorados y para todos los miembros del clan que habían podido asistir en tan corto espacio de tiempo desde que se les invitara. Se adecentó convenientemente el salón principal y se embelleció con flores frescas, velas aromáticas y alfombras.

Avisaron a un sacerdote de una aldea cercana al castillo y este se encargó de disponer un pequeño altar con todo lo necesario en la zona más destacada del salón.

Fuera, el patio era un auténtico hervidero de sirvientes e invitados, los unos preparando mesas, bancos y copas para la comida que se serviría después de la ceremonia, los otros buscando ayuda para atender sus caballos, entre otras demandas.

El bullicio hacía imposible el aburrimiento.

La mezcla de olores, colores y sonidos era de lo más variada. Los invitados podían contemplar la preparación de los arreglos para el posterior convite, entre los que se encontraba la colocación de inmensos ramos de flores, con los que unas muchachitas adornaban primorosamente el patio. Si se aproximaban a las cocinas, la ligazón de olores era de lo más estimulante al apetito, no en vano se había cazado y pescado con prodigalidad durante toda la semana para que nada faltara ese día.

Si el invitado decidía acercarse al salón principal, una cascada de melodiosos acordes procedentes de las *clàrsachs* o arpas típicas de la región lo recibía, mientras que los músicos se esmeraban en su último ensayo.

Ajenos a toda la marabunta de preparativos y al trasiego de criados y convidados, Duncan y Leonor se preparaban en sus

habitaciones.

Duncan estuvo oteando el horizonte muy temprano por la mañana por si divisaba el barco de Eric. Le apenaba que su amigo no pudiera estar en un día tan especial para él.

Esperaba que no tardara mucho en regresar y que le perdonara por haber dado este paso sin su presencia, aunque estaba seguro de que su compañero lo entendería.

Leonor por su parte se levantó al amanecer incapaz de permanecer por más tiempo en la cama. Apenas había dormido de tan nerviosa como estaba.

Sin hacer ruido para no despertar a Maryam, entreabrió las contraventanas y dejó que la débil luz del alba entrara en la alcoba.

Habían pasado la noche juntas como dos hermanas, compartiendo confidencias acerca de lo que una esposa debía conocer sobre la noche de bodas. Había sido una conversación sumamente reveladora para Leonor, que las mantuvo en vela hasta altas horas de la madrugada.

Sonrió y se mordió los labios, pícara, ante el recuerdo de lo que Maryam le contara durante la noche y supo que su curiosidad y también su inquietud crecerían conforme se acercara el momento de estar a solas con Duncan.

Los sonidos del patio la distrajeron, familias de invitados comenzaban a llegar, unidos y alegres por participar en el enlace del jefe del clan.

Sus pensamientos volaron hasta su padre y hasta su ama Elvira, y un velo de tristeza se instaló en sus ojos. Reconoció que lo único que le faltaba para ser plenamente dichosa en ese día eran ellos.

Llegado el momento los invitados ocuparon sus lugares en el salón y Duncan esperó junto a Maryam a que Leonor bajara de sus aposentos.

Una delicada melodía de *clàrsach* comenzó a sonar cuando Leonor hizo su aparición acompañada de Asur. Recorrió el camino alfombrado hasta donde la esperaba Duncan, que le sonreía radiante de felicidad.

Los ojos de Leonor brillaban emocionados y reflejaban la miríada de pequeñas llamas que iluminaban el salón. En su pecho sentía arder la llama más poderosa, el fuego de un amor abrasador y extraordinario que compartía con Duncan y rezó para que se mantuviera así todos y cada uno de los días que les quedaban por vivir. Una sonrisa de felicidad y los ojos brillantes de Duncan le confirmaron que era correspondida por igual y que en su corazón bullía la llama del amor por ella.

Tras la ceremonia los invitados fueron acercándose a felicitar y agasajar a su señor y a la nueva señora del castillo y las tierras de Dunbar. Después se dirigieron al patio principal donde les esperaban dispuestas mesas adornadas con finos manteles, dispuestos para la ocasión tan especial que celebraban, y las más exquisitas viandas.

En los aledaños del castillo, los siervos se encargaban de repartir comida a todos aquellos que habían acudido a felicitar a los contrayentes.

Los festejos continuaron toda la tarde y se prolongaron hasta bien entrada la noche. Los hombres bebían, comían y bailaban sin descanso las ruidosas danzas típicas y Leonor y Maryam se atrevieron a enseñar a las mujeres una danza castellana por la que fueron muy aplaudidas.

La castellana atendía con diligencia a sus invitados, que se habían convertido ahora en parte de su familia y no dejaba de interesarse por Maryam, tratando de entretenerla, pues había observado cierta tristeza en su expresión, en algunos momentos, algo que ella achacaba a la ausencia de Eric.

Maryam, en realidad, no solo se sentía triste por la falta de su enamorado, en su interior intuía que pronto llegaría, aunque tenía el oscuro presentimiento de que no habría buenas noticias para Leonor y temía sobremanera aquel momento.

Duncan, por su parte, también se encontraba inquieto. Le preocupaba la tardanza de Eric y lo que tuviera que contar. Se preguntó si las nuevas que trajera podrían cambiar de alguna forma la sagrada unión llevada a cabo por la mañana.

Sacudió la cabeza para desembarazarse de tan aciagos pensamientos. Contempló a Leonor al otro lado del salón, que sonreía divertida ante el comentario de alguna dama. Ella se sintió observada y se encontró con sus ojos.

Permanecieron unos instantes embelesados el uno en el otro, hasta que algunos de los hombres que acompañaban a Duncan comenzaron a hacer comentarios pícaros acerca de la noche por venir y Leonor, que imaginó las chanzas, bajó la vista azorada.

Pese a que la fiesta se encontraba bastante animada, Leonor y Duncan pretextaron cansancio, ante las bromas de los presentes, para retirarse a la alcoba que compartirían en adelante, la que había pertenecido a Duncan como señor del castillo.

La muchacha había estado solo una vez en ella, cuando le ayudó a cambiarse el vendaje, tras ser herido accidentalmente por uno de sus hombres, y la había visto con ojos bien distintos a cómo la veía ahora.

La estancia lucía suavemente iluminada por la luz de varios candelabros y el fuego de la magnífica chimenea. Delante de la chimenea una extraña alfombra de pelo blanquísimo cubría el suelo.

La cama con dosel era enorme, muy apropiada, pensó Leonor, para acoger con comodidad el cuerpo de Duncan, que era alto y musculoso. Se sonrojó al pensar que ahora habría de cobijar el de los dos.

Leonor, de pie en el centro de la habitación, se sentía cohibida, tímida. Todo lo que Maryam le contara ayer le venía a la mente y, aunque en aquel momento le había parecido divertido, ahora, al pensarlo, la hacía sentirse azorada.

Duncan apreció la turbación de su joven esposa y, pese a que su deseo por tomarla lo abrasaba, se obligó a ser paciente y generoso e iniciarla en el sendero del placer de la forma más gozosa y menos dolorosa posible.

La contempló mientras iba deshaciendo su peinado, quitando, una a una, pequeñas horquillas con flores que habían sujetado su cabello durante el día.

Se acercó por detrás y tomándola de la cintura, aspiró el intenso aroma a flores que desprendía su pelo, que ya solo llevaría suelto para él, como correspondía a la tradición.

La abrazó y hundió el rostro en su cabello, de un negro intenso y que lo había hechizado desde la primera vez que la viera. Notó el leve temblor de Leonor y temiendo haberla lastimado le susurró al oído:

—¿Os he hecho daño?

—En absoluto, es que me siento tan turbada…

—No haré nada que no queráis que haga…

—Soy vuestra, os pertenezco, lo sabéis. Quiero entregarme por completo a vos y también haceros mío, pero… tendréis que enseñarme y ser… delicado.

Duncan sonrió ante las palabras de Leonor, le dio la vuelta hasta que sus rostros se enfrentaron y depositó sobre sus labios un suave beso que acabó convirtiéndose en un volcán en el que se mezclaba la ternura, el ardor, la suavidad y el fuego más intenso.

Con delicadeza, sus dedos fueron desatando el corpiño, deshaciendo los lazos del vestido, apartando capas de ropa, hasta que quedó desnuda frente a él.

La tomó en brazos y la depositó con suavidad sobre la cama, mientras la envolvía en sus ojos color del cielo llenos de amor y pasión. Leonor le devolvió una mirada preñada de deseo y de timidez.

Al notar el azoramiento de su joven esposa, decidió que un poco de vino ayudaría a relajarlos. Volvió junto a la mesa para

escanciar vino especiado en una copa e intentar recomponerse ante la visión del cuerpo desnudo de Leonor, que lo estaba aniquilando de puro deseo.

Recordó cuando visitaron las tierras de Kerr y la estuvo buscando en el bosque. Al encontrarla, le pareció un hada etérea y hechicera que había llegado para atormentar su paz de espíritu y sacar fuera sus más salvajes instintos. La vida había sido magnánima con él al entregarle a su amada, y él viviría para hacerla feliz.

Bebió un sorbo de vino y acercó su copa a Leonor. Se recostó junto a su cuerpo, mientras ella bebía pequeños sorbos de líquido carmesí.

Algunas gotas escaparon de sus labios y se deslizaron por su barbilla. Leonor intentó atraparlas con su lengua, en un movimiento que a Duncan le pareció extremadamente sensual y, acercándose a ella, sorbió lentamente las gotas escarlata de su barbilla y sus labios.

Esta lo miró voluptuosa, dejó la copa vacía a un lado y, atrevida, comenzó a despojarlo de sus ropas.

Los dedos de la mujer recorrieron la suave piel de su pecho. Se detuvieron cerca de la cicatriz que le dejó la herida sufrida durante el entrenamiento y que, por fortuna, había cerrado a la perfección. Leonor la cubrió de besos, mientras recordaba cuan diferente era la apreciación que por aquel entonces tenía de Duncan. Antes la atemorizaba, ahora su presencia la estremecía y la hacía desfallecer de pura necesidad.

Continuó besándolo, subiendo por la anhelada curva de su garganta, hasta encontrar su boca.

Duncan recorría y acariciaba con sus manos, con sus labios y su lengua cada centímetro de piel de Leonor, que sentía morir de placer a su contacto.

Desnudos, los besos se extendieron y multiplicaron hasta el infinito, las caricias no tuvieron límites y el tiempo se detuvo hasta que sus cuerpos se fundieron, entregándose a un ardiente vaivén

que los condujo al delirio, alcanzando la perfecta sincronía de uno solo.

CAPÍTULO 32

Amanecía cuando los vigías alertaron de la llegada de un barco conocido a la costa. Asur no quiso molestar a Duncan y él mismo dio instrucciones para que se les enviaran caballos a esperarles. Poco después, llegaban a las puertas del castillo un grupo de jinetes cansados, pero deseosos de regresar al hogar.

Asur y Maryam salieron prestos a recibirlos. Por fin llegaban los esperados guerreros de Duncan, liderados por Eric. Después de los saludos y muestras de afecto, entraron todos al salón.

Eric, al que ya habían puesto al día sobre el enlace, bromeó sobre los cambios experimentados en Dunbar mientras que él se hallaba ausente, aunque expresó su deseo de felicitar a la pareja con su más sincera enhorabuena.

Acordaron no interrumpir a los recién casados con las nuevas hasta que estos decidieran bajar al salón. Mientras tanto, ellos darían cuenta de un copioso almuerzo.

Maryam se sentó junto a Eric intentando penetrar en sus pensamientos. Su temor se hacía ahora más intenso. Ya no tenía dudas de que Eric portaba alguna mala noticia. La sorpresa de Eric ante el enlace de Duncan con la castellana iba más allá del hecho de comprometerse con la extranjera. Algo había sucedido en la península que los afectaría directamente y, quizás, desaconsejara esta unión.

No obstante, ya era tarde. El destino que había unido a Leonor y Duncan no podía ser cambiado.

Suaves rayos de luz entraban por la ventana, entreabierta apenas. Leonor despertó y se desperezó mimosa mientras contemplaba a su

amado, que dormía a su lado.

No hacía mucho que ambos habían conciliado el sueño después de una maravillosa noche de amor apasionado, pero ella se sentía demasiado feliz para apartar sus ojos de Duncan y volver a dormirse. Multitud de recuerdos de las horas pasadas ocupaban sus pensamientos y se sonrojó al recordarlos.

Duncan le había mostrado su amor y su deseo de maneras tan excitantes y plenas que por momentos sintió que se desmayaría de placer.

Con la yema de sus dedos acarició el cuerpo de su amante, desde los dedos de los pies hasta los rubios cabellos que se desparramaban en la almohada. Leonor percibió cómo, aunque aún no se había despertado, el cuerpo del hombre se endurecía respondiendo a sus caricias. Traviesa, comenzó a soplarle en el cuello, repartiendo pequeños besos y caricias aquí y allá. Con un gruñido Duncan abrió los ojos y le sonrió pícaro.

No bajaron a comer hasta bien avanzada la tarde. Juntos entraron en el salón donde les esperaban un grupo de invitados y, con inmensa alegría, se percataron de que Eric y sus hombres habían regresado sanos y salvos.

Fue un momento de inmensa felicidad para Duncan, pues tendría ahora la oportunidad de compartir su dicha con su mejor amigo, casi un hermano.

Sin embargo, la reserva de Eric al felicitarlos le hizo sospechar que no portaba buenas noticias. Sabía que Leonor estaba deseosa de escuchar sobre su tierra y su padre, pero aprovechando que unas invitadas la mantenían entretenida, decidió que hablaría en privado con su hombre de confianza para conocer de antemano a qué debían enfrentarse. Su primer pensamiento fue que el rey Sancho se opondría con rotundidad al enlace.

No imaginó que algo mucho peor había ocurrido en tierras zamoranas.

Leonor los vio marchar, de seguro en busca de tranquilidad para comentar las noticias que el grandullón traería. Pese a que se hallaba inmersa en una nube de felicidad, no podía evitar pensar en lo que Eric estaría contando a Duncan en esos momentos.

Maryam descubrió la preocupación en el semblante de su amiga. Notaba, además, algo forzada su sonrisa y sus ademanes para con sus invitadas. La sierva tampoco conocía lo que Eric relataría a Duncan, pero seguía sintiendo, cada vez con mayor intensidad, una extraña desazón, como un mal agüero.

Duncan se encontró con Eric en una pequeña estancia del castillo, lo suficientemente apartada de los ojos y oídos de todos, donde se custodiaban los valiosos mapas que solían usar cuando podían mercadear y donde habían preparado estrategias de ataque a enemigos como Lothian.

Eric no vaciló en transmitir la principal noticia a Duncan, más impactante de lo que en principio supuso que sería, ahora que se había unido a Leonor, hija del rey de Castilla.

—El rey Sancho ha sido asesinado.

El guerrero tardó unos segundos en interiorizar lo que oyó. Su odiado enemigo y, sin embargo, el amado padre de su esposa. Asesinado. ¿Cómo afectaría la noticia a Leonor?

Se angustió al pensar en el momento en que tendría que decírselo y le dolió profundamente el sufrimiento que le causaría.

—¿Cómo? ¿Qué ocurrió?

—El rey castellano había sitiado la ciudad de Zamora, persiguiendo a su hermano Alfonso de León y a su hermana Urraca, que era su protectora. Un traidor salido de entre los leales de Alfonso lo acuchilló de mala manera a orillas del río Duero. La gente piensa que la ambición desmedida del rey Sancho lo llevó a atacar las posesiones de sus hermanos. No saben la verdad, que Sancho perseguía a Alfonso para descubrir el paradero de su hija.

—Antes de eso… ¿lograsteis hablar con el rey de Castilla?

—No llegamos a la ciudad hasta dos días después de su asesinato —le explicó Eric—. Nunca tuvimos la oportunidad de hablar con él.

—Sancho no deja herederos legítimos —declaró Duncan—. ¿Eso significa que Leonor es la sucesora?

Eric negó con la cabeza y Duncan se sintió aliviado, por un instante había temido perderla.

—Ni por un momento Alfonso la dejaría reinar. Ella es ilegítima como sabéis y sus leyes son diferentes a las nuestras, no heredan los bastardos. El cuerpo de su hermano estaba aún caliente cuando Alfonso se proclamó rey de Castilla, Galicia y León. Ahora gobierna el reino, pero se dice que comparte las decisiones con su hermana Urraca, a quién tanto debe.

—¿Y qué ha sido de la reina Alberta?

—Ha ingresado por voluntad propia en un convento. Quienes la rodean dicen que ha perdido la cabeza. Oye voces que la atormentan y siente la presencia de espíritus. Está enloquecida. Que su dios se apiade de su alma pecadora. —Eric hizo amago de escupir al suelo para alejar la sombra de la locura que acompañaría hasta la muerte a la hermana de su enemigo.

—Esto significa que, con toda probabilidad, Lothian dejará de recibir apoyo de Castilla. —Duncan expresaba sus pensamientos en voz alta—. Alfonso no tiene compromiso alguno con esas tierras y le interesará concentrar sus fuerzas en mantener sus territorios unidos. ¿Crees que ahora lucharemos en igualdad de condiciones?

—Nada hace pensar que el rey Alfonso vaya a apoyarlos. Y tal como dices, es él, más bien, el que necesita ayuda para apaciguar las revueltas que las sospechas de su participación en el asesinato de su hermano provocan. —Eric reconoció la profunda preocupación en el semblante de su amigo Duncan. Descansó su mano sobre su hombro en un gesto amistoso—. Nunca te reprocharía tus esponsales con la castellana, pero si el rey no hubiera muerto, te

encontrarías en un grave aprieto si se hubiera opuesto a tu matrimonio con su hija. Ahora ambos sois libres.

—Es cierto lo que dices —reconoció a su pesar—, pero no es esta la noticia que esperaba anunciar a mi esposa el día después de nuestro enlace.

—Quizás no debieras contárselo…

Duncan le lanzó una mirada triste a su compañero en tantas batallas.

—He aprendido que es mejor decir la verdad por terrible que sea. Prometimos no ocultarnos nada y no faltaré a mi palabra. Si le mintiera y ella llegara a enterarse… jamás me lo perdonaría.

—Creí que mis noticias te alegrarían, pensaba que era portador de las mejores nuevas.

—Has hecho un excelente trabajo, amigo mío. Has navegado en las condiciones más difíciles y, pese a ello, has regresado con todos mis hombres sanos y salvos. Es incuestionable que no serán buenas noticias para Leonor, pero, por el contrario, lo son para nuestras tierras, que se verán libres de la esclavitud de Lothian. Lo cierto es que hubiera preferido que el rapto de Leonor no hubiera desencadenado tan destructora cadena de acontecimientos. Sancho luchaba por recuperar a su hija. Me temo que nunca llegó a saber que estaba en nuestras tierras y que hubiera sido fácil rescatarla. Sabía que Alfonso ambicionaba su posición, y que Leonor, en cierta forma, lo molestaba. Sin embargo, no conté con que su desmedida ambición precipitaría los acontecimientos en pos de la muerte de su propio hermano, de su propia sangre…

—No fue nuestra intención, Duncan, causar la muerte del rey ni las matanzas entre los pueblos hispanos. Tampoco pretendíamos hacer daño a Leonor… fuera cual fuese el resultado de las negociaciones. Recuerda que así lo decidimos, pese a las opiniones en contra de otros clanes. Sin embargo, no pudimos prever que Alfonso nada le diría al rey castellano para así conducirlo a una guerra.

Duncan se pasó una mano por el pelo. Sus pensamientos bullían en torno a la reacción que despertaría en Leonor la noticia del asesinato de su padre.

—Te ruego que no digas nada a nadie hasta que ella lo sepa.

—Por supuesto.

—Nos veremos más tarde, Eric. Ahora debo pensar cómo voy a decírselo a Leonor.

Eric salió del aposento cariacontecido. El rey castellano había muerto, la reina Alberta estaba demente y esto implicaba que Dunbar podría defenderse de su enemigo en igualdad de condiciones. Estaba seguro de que la prosperidad y la paz llegarían pronto a su hogar.

Sin embargo, entendía la preocupación de Duncan, lo que Leonor pensaría cuando recibiera las terribles nuevas. Él tendría que enfrentarse también a la reacción de Maryam cuando se lo contara, aunque parecía que, de alguna manera, la muchacha intuía que no habría noticias felices.

CAPÍTULO 33

Leonor se encontraba en el huerto junto a Asur. Una suave brisa los acompañaba en su paseo y un cielo azul y limpio les daba cobijo.

Tras la llegada de los guerreros de la península, los habían dejado descansar, aunque Asur podía ver la necesidad de la joven por conocer de primera mano las noticias que Eric traería. En cuanto acabara su reunión con Duncan le pediría todos los detalles. Mientras tanto entretenían el tiempo paseando y comentando anécdotas de la boda, a las que Asur sumaba entrañables recuerdos de la suya propia.

De vez en cuando alguna florecilla llamaba la atención de Leonor y la tomaba para prenderla en su trenza que, orgullosa, ella misma se había hecho para demostrar a todos su condición de desposada. Se sentía feliz, amada, y quería que todos lo supieran y compartieran su felicidad.

Soñaba con reunirse pronto con su padre y hacerlo partícipe de su dicha. Lograría convencerlo de que su vida estaba en Dunbar, junto a Duncan.

Rodearon un pozo que se encontraba al final del huerto y regresaron por otro camino. Al final del mismo vislumbraron a Duncan que, desde hacía rato, los contemplaba sin acercarse a ellos. Pensativo, los recibió con una leve sonrisa. Leonor detectó un brillo de tristeza en sus ojos, se extrañó de que no acudiera a su encuentro y temió sus palabras.

—Duncan… ¿qué ocurre?

Asur entendió la necesidad de conversar a solas. Él también necesitaba oír por boca de su hijo si las negociaciones habían llegado a buen puerto. Se despidió y marchó en busca de Eric.

Duncan tomó las manos de Leonor entre las suyas y le contó:

—Eric nos ha informado de lo que ha sucedido durante los pasados meses en vuestras tierras, Leonor. Los ejércitos de vuestro padre y de vuestro tío Alfonso se enfrentaron. Vuestro padre apresó al rey leonés, pero este consiguió escapar con la ayuda de la reina de Zamora. Lo persiguió hasta allí y sitió la ciudad…

—¡Eso es imposible! —lo cortó la joven—. Mi padre no atacaría nunca a sus propios hermanos. ¿Qué motivos tendría para…? —De repente, calló, al dilucidar cuál era el motivo. Ella era la causa.

Su padre no sabía dónde se encontraba.

«¿Cómo era eso posible? ¿No estaba Duncan negociando su regreso?», pensó. Ella volvería a Castilla acompañada de Duncan para que lo reconociera como a su esposo. Quería la bendición de su padre y su protección para su nuevo hogar.

—Pero Eric ya ha hablado con él, ¿no es así...? —lo miró a los ojos temerosa—. ¿Él no sabe nada aún? —acertó a pronunciar con un deje angustiado.

—Nunca pudimos hablar con él.

Los inmensos ojos oscuros de Leonor reflejaron todo el miedo que sintió ante la respuesta del hombre.

—Dime la verdad, Duncan —le suplicó con un hilo de voz, mientras estrechaba sus manos con fuerza entre las de él —. ¿Qué le ha ocurrido a mi padre?

—El rey de Castilla ha muerto.

El rostro de Leonor reflejó incredulidad. Parpadeó desconcertada. No podía creerlo.

Seguramente sería un error. Sin duda no se trataría de su padre.

—¡No! —dijo liberándose de sus manos—. ¿Qué locura decís? Mi padre es el rey Sancho el Fuerte. Es el guerrero más diestro y valiente con la espada. Jamás lo vencerían en combate… —Leonor tembló al imaginar a su padre rodeado de soldados enemigos. Buscó con la mirada el apoyo de Duncan, pero en sus ojos solo vio

compasión—. ¿Cómo…? ¿Quién…? —imploró con los ojos cuajados de lágrimas.

—Un maldito traidor lo asesinó cuando se disponía a tomar Zamora.

Leonor escuchó la respuesta con extraña entereza. Duncan se aproximó para abrazarla, pero ella se alejó como si la amenazara un demonio.

—Decidme —exigió—, ¿quién ocupa ahora su trono?

—Alfonso de León —contestó apesadumbrado.

Lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas, pero, extrañamente, su expresión no era de tristeza sino de odio. Un odio atroz hacia su tío y hacia el propio Duncan quien, al intentar aproximarse a ella, recibió un gesto de desprecio.

—¡No me toquéis! ¡No volváis a hacerlo!

Leonor huyó en dirección al castillo sin mirar atrás, sin buscar el abrazo de la persona que más amaba ahora que ya no estaba su progenitor. En su cabeza, las imágenes de su padre siendo asesinado por tratar de encontrarla la conducían a un estado próximo a la locura.

¿Cómo había podido permitir Duncan que esto ocurriera? ¿Acaso la había engañado todo este tiempo hablándole de un acuerdo que nunca tuvo intención de llevar a cabo? ¿Era esto lo que buscó desde el principio? ¿Acabar con su padre para que no pudiera seguir ayudando a Lothian?

En su pecho se instaló un dolor agudo, profundo, de una intensidad jamás imaginada cuando entendió que jamás volvería a ver a su padre y que había contraído matrimonio con quien había posibilitado su muerte. No quiso pensar en que Duncan también se había visto involucrado en sucesos que escaparon a su control; para ella su rapto había desencadenado el cruel asesinato de su amado padre.

Su corazón se rebelaba ante estos pensamientos, pero no podía dejar de darles vueltas, una y otra vez, buscando, inútilmente,

algún hecho que eximiera de la responsabilidad a Duncan.

Maryam acudió en busca de su amiga tan pronto le contó Eric acerca del magnicidio. Encontró al laird en el patio y este le contó cómo había recibido la noticia y que había creído conveniente ante su petición, dejarla por un tiempo a solas. Le suplicó, no obstante, que se asegurara que estaba a salvo y que se encontraba todo lo bien que lo permitieran las circunstancias.

Mientras que Maryam partía en busca de su ama, Duncan confió en que pronto le permitiera estar a su lado para consolarla y reconfortarla, para poder superarlo juntos.

La alcoba de Leonor estaba prácticamente a oscuras. Las contraventanas cerradas evitaban que la luz del soleado día entrara. Tan solo una vela sobre la mesa impregnaba de una mortecina claridad el aposento.

Maryam creyó que no había nadie y decidió buscarla en la que ahora era su nueva habitación, la que pertenecía a Duncan. Se acercó a la vela para apagarla y marcharse, cuando oyó como si un quejido lastimero saliera de la garganta de algún animal. Tomó la llama para guiarse y se asomó al otro lado de la cama de donde procedía el sonido.

Encontró a Leonor sentada en el suelo, encogida sobre sí misma. Sollozaba y gemía.

Maryam dejó la vela a su lado y se sentó junto a ella, con las lágrimas corriendo libres por su rostro. La abrazó y besó muy fuerte, tratando de consolarla. Escuchó cómo Leonor se lamentaba y repetía, muy bajito, una y otra vez, dos palabras: «mi culpa».

CAPÍTULO 34

Los días pasaban y Leonor no había vuelto a salir de su alcoba. Apenas tomaba alimento y se pasaba el día durmiendo o en silencio, sentada frente a la ventana, contemplando el paisaje sin verlo, en realidad, y sin querer hablar con nadie.

Duncan la visitaba con frecuencia, pero siempre acababa marchándose sin conseguir recibir de ella más que su indiferencia, en ocasiones, y en otras dolorosas miradas de odio. Entendió, sin que ella le dirigiera una sola palabra, que lo acusaba de la muerte de su padre y que su amor por él se había convertido en rencor.

Pretendía que lo dejase consolarla y explicarle que nada tuvo que ver con lo que le ocurrió al rey Sancho, pero en el fondo sabía que no tenía argumentos para hacerlo, que, pese a que nunca fue su intención, con su rapto, él fue el instrumento que desencadenó los terribles acontecimientos que concluyeron con la muerte del monarca.

Comprendía sus sentimientos. Ella se sentía una extranjera en estas tierras, sin familia, traicionada por su propio esposo. Y él no tenía palabras, ni la capacidad de transmitirle que no era así, que lo mejor que tenía en su vida era ella, que ella era su principio y su final, y que haría cualquier cosa que le pidiera para que volvieran a amarse como antes. Todo con tal de verla feliz, de volver a ver una sonrisa en sus labios, de compartir juntos su dolor.

Leonor, recluida en su alcoba, sin fuerzas, ni ganas de vivir también lo echaba terriblemente de menos. En los escasos momentos de lucidez que su pena le permitía, sentía que estaba siendo, de alguna forma, injusta con él, que quizás debiera dejar que le explicara cómo las cosas se torcieron hasta este punto, de quién fue el error que llevó a su padre a la muerte. Quizás ambos habían sido meros títeres en manos de otros.

Sin embargo, cuando pensaba en los angustiosos momentos que su padre debió pasar buscándola, sin saber nada de ella y todo el sufrimiento que su desaparición le acarreó, hasta terminar siendo asesinado, su mente se cerraba, no lo soportaba, no quería aceptar que ya no volvería a verlo, a explicarle dónde había estado, a pedirle su bendición, caía sin remisión en una profunda oscuridad y una lacerante amargura que nublaba su razón y la desesperaba hasta el extremo de no querer seguir viviendo.

Se decía que nada merecía, puesto que ella había sido dichosa, había rozado la felicidad con la punta de los dedos, mientras que él luchaba y sufría una muerte horrible. Se castigaba sumida en morbosos pensamientos y castigaba sin quererlo a todos los que estaban a su alrededor y penaban por ella.

Duncan vagaba por el castillo como un alma en pena, sin conseguir recuperar a su amada. No había nada que devolviera la paz al espíritu de Leonor, cuya razón parecía haber volado muy lejos y solo un cuerpo inerte, incapaz de sentir otra cosa más que odio y desconsuelo, la ataba al mundo.

Todos los intentos de Maryam y Asur por conseguir confortarla eran en vano.

Cada vez que Duncan la visitaba, crecía su tristeza y su dolor, pues no había ninguna mejoría. Leonor seguía consumida por una espiral morbosa de culpa y agonía.

Una tarde de avanzado otoño mientras Duncan contemplaba el mar desde la misma torre donde Leonor solía refugiarse tantas veces, tomó una decisión.

Debía viajar a la península para encontrarse con el rey Alfonso. Aún había asuntos pendientes entre ellos que necesitaban ser resueltos. No permanecería más tiempo viendo cómo Leonor se apagaba lentamente, si en sus manos tenía una mínima posibilidad de hacer algo por ella.

La noche antes de su partida, Duncan la visitó en su alcoba. Dormía profundamente y en la almohada su pelo negro como el

azabache se desparramaba enmarcando una cara en extremo demacrada.

Duncan sintió un pellizco en el alma al ver cómo los sufrimientos habían invadido el cuerpo de su esposa hasta convertirla en la sombra de lo que era. Aunque ella no lo escuchaba, desahogó su corazón, pues dormida no podría echarlo de su lado. Le pidió perdón por todo lo sucedido y le confesó que, aunque ella llegara a perdonarlo algún día, él siempre se culparía de lo ocurrido. Le habló de su partida a la península, pese a que detestaba tener que separarse en estos momentos de su lado, y le suplicó que tratara de restablecerse, pues ella era lo único por lo que merecía seguir viviendo.

Antes de marcharse, acarició su mejilla y sus cabellos y la besó dulcemente en los labios. Leonor se estremeció un instante, pero no despertó y Duncan, abatido, salió de la habitación.

CAPÍTULO 35

Leonor abrió los ojos en cuanto los primeros rayos de sol del pasajero otoño la alumbraron. Sintió una sensación extraña, un vacío, una pérdida que no era solo la de su padre. Sus pensamientos la llevaron hasta Duncan y temió, sin saber por qué, no volver a verlo.

Se levantó y comprobó que sus piernas apenas la sostenían. Buscando el amparo de los muros para no caer, bajó hasta el salón donde una asombrada Maryam la vio llegar como si fuera un fantasma. De inmediato, le ofreció su ayuda y tras sentarla a la mesa le sirvió un humeante plato de *broth*, un caldo elaborado con carne, cebada y verdura, que le ayudaría a reponer fuerzas.

Mientras comía Leonor reconoció que esa mañana se había despertado extrañamente lúcida después de no sabía cuánto tiempo abrumada por el peso de su pena. Había soñado con Duncan y se había despertado con la necesidad de verlo y con la sensación de no haber sido justa con él, pues su desolación no le había permitido razonar con claridad.

Se dio cuenta de que, si seguía culpándole y castigándolo sin darle la más mínima oportunidad de explicarse, acabaría echándolo definitivamente de su vida. Y no quería eso, en realidad. No podría sobrevivir a otra pérdida.

—Maryam, necesito hablar con Duncan, ¿dónde puedo encontrarlo?

Maryam contempló a su amiga con una mezcla de asombro y compasión, pues muy temprano en la mañana Duncan había partido rumbo a la península.

Caviló sobre cómo decírselo sin causarle más daño.

—Leonor, Duncan levó anclas esta mañana. Debía resolver unos asuntos urgentes, pero prometió regresar lo antes posible.

—¿Dónde ha ido?

—Pensaba encontrarse con el señor de Lothian y los jefes de otros clanes…

Era una verdad a medias porque temió contarle que su principal propósito era reunirse con el que, sospechaban, era el auténtico asesino de su padre.

—¿Y por qué no me dijo nada?

—Leonor… no os habéis encontrado bien últimamente.

La joven intentó asimilar lo que su amiga le decía.

—¿Cuánto tiempo he estado… enferma?

Maryam la tomó de las manos tratando de transmitirle su fuerza y ánimo.

—Varios meses. Temíamos que no os recuperaríais, pero ¡gracias a Dios habéis regresado de entre las sombras!

—Mi padre fue asesinado… —Leonor se asombró al oírse decir en voz alta lo que tanto la corroía—. Nunca llegaréis a entender lo que siento.

La muchacha apretó sus manos con suavidad.

—Lo sé y lo siento mucho por vos, pero pensad que, al menos, tuvisteis el regalo de conocerlo y quererlo durante muchos años —le contestó—. Yo ni siquiera recuerdo ya quiénes eran mis padres, pues al ser esclavos me separaron de ellos para venderme a otros amos.

—Maryam… —Leonor bajó la cabeza apesadumbrada—. Perdonadme, os lo ruego. Tampoco conocí a mi madre, pero, a diferencia de vos, en mi vida no hubo demasiadas preocupaciones hasta que mi padre me comprometió con Pedro de Tuy. Entre mi padre y Elvira se encargaron de suavizar la falta de mi pobre madre. Sin embargo, mucho han cambiado mis circunstancias desde que llegué aquí. Me siento tan culpable de lo ocurrido a mi padre… culpable por haberlo traicionado al amar a su enemigo. Y no sé si

estoy siendo injusta con Duncan al condenarlo también por lo sucedido. No lo sé, Maryam… —se justificó con lágrimas en los ojos.

—En mi opinión yo diría que sois totalmente injusta… —Eric apareció de improviso bajo el arco de entrada sin que ellas lo hubieran oído. Se acercó hasta la mesa que ellas ocupaban. Al llegar al salón había escuchado las últimas palabras de Leonor y no había podido evitar dar su opinión. Estaba deprimido y enfadado por la partida de su amigo en pos de una misión incierta.

—¡Eric! —le reprendió Maryam, temerosa de que sus palabras la hicieran recaer de nuevo en su aflicción.

—Deja que diga lo que piensa… —terció la castellana.

—Tratamos de contactar con vuestro padre cuando la situación con MacAlpin se hizo insostenible. —Eric se sentó junto a ellas y se dispuso a contarle lo que pensaba que ya era hora que Leonor supiera—. Abusaba del apoyo de Castilla para someter y esclavizar a las regiones vecinas. Los clanes atacados luchamos por defender nuestras tierras y nuestras vidas. Por esta causa muchos hombres murieron, entre ellos el padre de Duncan, Ranulf MacGregor. —Eric observó cómo Leonor palidecía y trataba de contener las lágrimas que hacían que sus ojos brillaran tristes—. No tuvimos más opción que recurrir al aliado de nuestro enemigo, vuestro padre, pues sabíamos de su fama de soberano justo, para intentar poner fin a los saqueos y la pérdida de vidas. Sin embargo, ni siquiera se tomó la molestia de recibirnos personalmente, ocupado como estaba en resolver problemas en las fronteras de su reino. Delegó nuestras demandas en un subalterno, un individuo sin potestad alguna…

»Quién sí se tomó la molestia de escucharnos, para nuestro asombro, fue la reina Alberta de Lothian, hermana de nuestro enemigo. Ella nos recibió calurosamente y prometió solucionar el conflicto a cambio de un sencillo servicio. —Eric tomó aire para proseguir su relato. Leonor escuchaba sobrecogida sin perder un detalle—. A través de un intermediario, que más tarde supimos que se trataba del rey Alfonso, nos pidió el secuestro de la bastarda. —La joven tragó saliva y se mordió los labios al ser nombrada de tal

despreciable manera—. Si apartábamos al rey de su hija por un tiempo, ella nos aseguró que llamaríamos su atención y que se avendría a ejercer su influencia sobre su hermano para recuperarla. —Eric se detuvo apenado por el triste semblante de Leonor—. Perdonadme si os he ofendido al llamaros bastarda, pero para nosotros ser un hijo fuera del matrimonio no supone una vergüenza y los tratamos a todos por igual. —Miró a Maryam de soslayo.

»Los clanes se reunieron y decidieron aceptar la proposición. Sabíamos que erais, pese a vuestra condición de ilegítima, un bien muy preciado para vuestro padre, y estábamos seguros de que accedería a intercambiaros a cambio de retirar su apoyo a nuestros enemigos. Creímos que apenas os tendríamos que retener algunas semanas, que Alberta buscaba congraciarse con su esposo ejerciendo de mediadora con su hermano, interesada en vuestro bien. En cambio… la reina permitió que Alfonso de León llevara la negociación y este comenzó a dar excusas para vuestra vuelta. Ahora sabemos que, probablemente, ella nunca quiso vuestro regreso y que esto, en el fondo, fue un regalo que el rey Alfonso utilizaría en su provecho y que le acabaría posibilitando el acceso al trono de Castilla.

Leonor sopesó en silencio la sincera confesión de Eric. Desde que Duncan le confesara que era con la reina con quién trataba, había tenido un mal presentimiento. Ella nunca la había aceptado, pese a que no había posibilidad alguna de que sucediera a su padre.

Quizás lo que más le dolía era que ella era hija del amor y no de un matrimonio de conveniencia. Su padre nunca llegó a amar a Alberta, ella no tuvo herederos y eso le amargó el carácter hasta el extremo de querer eliminarla.

Al final, logró su propósito; que su padre no volviera a verla. ¡Qué ironía! Tanta sangre derramada y tantas vidas perdidas sirvieron para que el trono que ella compartía con Sancho acabara en manos de Alfonso, el ambicioso, astuto y pérfido rey de León.

Durante todo el tiempo que Leonor permaneció absorta en sus pensamientos, sus amigos la acompañaron en silencio. Eric no se

atrevió a añadir nada más en espera de su reacción.

Leonor se sentía muy cansada y profundamente triste, pero ya no le quedaban lágrimas que derramar. El relato de Eric le había dolido profundamente, pero eximía a Duncan de buena parte de culpa. Todo se gestó en la península, él no fue más que el instrumento del que se sirvieron para sus pérfidos planes. Además, no podía dejar de pensar que su padre, Ranulf MacGregor, también había muerto en una batalla injusta.

—¿Qué ha sido de la reina? —quiso saber, levantando la barbilla, mostrando una expresión altiva.

—Ha ingresado en un convento, dicen que está loca. Permanecerá enclaustrada hasta el fin de sus días.

—¿Y es Alfonso de León el nuevo dueño de Castilla?

—Así es.

—Tarde o temprano recibirá su merecido. Está maldito pues ha atentado contra su propia sangre.

Eric y Maryam permanecieron en silencio, la joven mora asintió levemente con la cabeza, reconociendo el sino de los hieren a los suyos.

—Duncan… —el tono de su voz se volvió dulce cuando su nombre salió de sus labios, contrastando con el que había usado antes para saber sobre su tío y la reina—. ¿Cuándo volverá?

—Tiene asuntos pendientes con Alfonso de León —contestó Eric—. Volverá cuando los haya resuelto.

—¿Qué clase de asuntos? —preguntó alarmada.

—Alfonso sabe que vos estáis aquí. Aunque no tengáis derechos dinásticos, seguís siendo de su sangre y hay mucha gente que no lo termina de aceptar como rey. Duncan quiere asegurarse de que os dejará en paz y no intentará ir contra vos en ningún caso.

—Pero es muy peligroso enfrentarse a ese desalmado. ¿Por qué habéis consentido…?

—Os aseguro que no hay fuerza en el mundo que pueda hacer desistir a Duncan MacGregor de hacer lo que se le mete entre ceja y ceja, el muy cabezota, y ahora se ha empeñado en amaros y buscar vuestro bien. Por eso, pese a que no quería dejaros sumida en el dolor, decidió que quizás fuera de más utilidad en la península.

—No le permití estar a mi lado —se sinceró—. Si le ocurriera algo …

—No os preocupéis —contestó Maryam—, Duncan sabe defenderse. Vos debéis ahora intentar reponeros.

—Es tan difícil… Siento una honda tristeza… por mi padre, por Duncan y por mí misma…

—Hacedlo por Duncan, que os ama desesperadamente, como vos a él. Sé que no habéis olvidado vuestros sentimientos… —le pidió su amiga—. Lo haréis muy feliz si a su regreso os encuentra recuperada.

Leonor no contestó. En su corazón aún persistía la sombra de culpa por la muerte de su padre, que arrastraba como una losa, y la responsabilidad de Duncan, pese a la explicación de Eric. Tendría que desterrar estos sentimientos o aprender a convivir con ellos. Si no lo hacía, nunca conseguiría recuperar la cordura.

CAPÍTULO 36

Mientras Duncan navegaba rumbo a la costa norte de la península, el rey Alfonso se enfrentaba, en sus propias tierras, al descrédito y la deshonra. La noticia de la conjura contra el rey castellano en Zamora se había propagado por las tierras cristianas. El pueblo, consternado ante la pérdida de tan buen señor, le lloraba y clamaba justicia.

Alfonso, deseoso de contentar a los que ahora eran sus vasallos, pidió a Urraca la cabeza de Vellido Dolfos. Sacrificaría a quién tan bien le había servido si con eso conseguía aplacar a su pueblo y redimirse ante él.

Sin embargo, Urraca no estaba dispuesta a desprenderse de la prueba que inculpaba a Alfonso y que le permitía a ella intervenir y disponer en los asuntos del reino. Su condición de mujer no le había permitido gobernar como hubiera sido su destino si su madre no hubiera engendrado varones, pero ahora que la providencia y su propia astucia la habían acercado al trono, no iba a dejarse apartar tan fácilmente.

Los nobles, en especial aquellos leales y afines al rey castellano, liderados por el Cid, Rodrigo Díaz, exigían, antes de prometer lealtad al nuevo señor, un juramento público en el que Alfonso comprometiera su palabra de que nada tuvo que ver con la muerte del rey Sancho.

Alfonso se mesaba los cabellos y ardía de cólera ante la idea de tener que jurar ante sus siervos como si fuera un vulgar plebeyo. Era rey por la gracia de Dios y ningún tribunal formado por hombres podría juzgarle. No había nadie por encima de él, ni siquiera igual. Solo permitiría que Dios le juzgara y esperaba que aún faltara mucho para ello.

Estaba seguro, además, que el Todopoderoso entendería sus razones para actuar como lo hizo, se decía convencido. No en vano,

pensaba, estaba destinado a conseguir grandes victorias en nombre del Creador conquistando tierras a los herejes e imponiendo en ellas la única fe verdadera.

Andaba tan ensimismado en sus cavilaciones que no oyó al sirviente anunciar la llegada de su hermana Urraca.

—¡Voto a Dios, Urraca! Sois sigilosa como un fantasma.

—¿Habéis visto alguno últimamente? —le preguntó irónica—. Andáis tan meditabundo que vos mismo parecéis un alma errante.

—Admiro vuestra capacidad de burlaros de los difuntos como si vuestra conciencia estuviera limpia de pecado.

—Los pecados compartidos son más llevaderos, Alfonso, vos deberíais saberlo.

El leonés trato de disimular el hastío y la repulsión que le producían las constantes visitas de su hermana, que se había instalado en el castillo y parecía no tener intención de marcharse a sus tierras.

—¿Habéis conseguido atajar las revueltas en Burgos y…?

—¡No me digáis lo que he de hacer! —la cortó iracundo.

—Espero que hayáis sido lo suficientemente contundente con vuestras represalias para que no se repitan.

—Soy el dueño y señor de sus vidas… y es preciso saber mostrar piedad para con el pueblo y más aún en estos momentos en los que mi posición es tan delicada.

—Precisamente por ello no debierais mostrar flaqueza ni vacilación a la hora de castigar a quién se rebele. Os tratarán como un títere si mostráis debilidad.

Alfonso calló lo que pensaba, que la única que la trataba como un títere era ella y que así sería, puesto que la hizo partícipe de sus planes para acabar con Sancho y conocía todos sus secretos.

Se consoló pensando que su sueño de unificar las tierras de sus hermanos se había cumplido en buena parte. En cuanto consiguiera la lealtad del ejército castellano, encabezado por el Cid,

comenzaría la conquista de los territorios musulmanes de la península. Convertiría las tierras musulmanas en cristianas y así Dios perdonaría sus pecados a cambio de miles de almas a las que evangelizaría.

Pensó en las batallas que llegarían y asumió que, mientras él estuviera inmerso en la lucha, no sería mala idea, después de todo, dejar que alguien con la inteligencia y el temple de Urraca asumiera sus obligaciones.

CAPÍTULO 37

Los habitantes de Dunbar se preparaban para afrontar un nuevo invierno. Para Leonor y Maryam este iba a ser el segundo en aquellos lares.

Leonor, como señora de las tierras, tuvo que dejar a un lado su dolor y colaborar, junto con Eric y Asur, en las tareas de aprovisionamiento y acondicionamiento del castillo y las aldeas pertenecientes al clan.

El trabajo era, en la mayoría de los días, agotador, pero le resultó de gran ayuda mantener la mente y las manos ocupadas. Añoraba a su padre y temía por Duncan, al que extrañaba sobremanera, pero se obligaba a pensar que se encontraría a salvo y que regresaría pronto. Fue, además, la primera en conocer una maravillosa noticia que alegró sus días: Maryam esperaba un hijo.

Leonor se encargó inmediatamente de que su amiga, pese a sus protestas, descansara convenientemente y delegara parte de sus tareas. Las tardes en que estaba libre de trabajo, la joven se encontraba en el nuevo aposento de Maryam, que compartía con Eric, y juntas se dedicaban a hacer ropa y sábanas para el bebé y compartían, ilusionadas, planes de futuro para cuando naciera.

Una tarde especialmente fría, Leonor regresaba junto con Eric y algunos hombres de visitar una aldea próxima, cuando se encontraron con una inesperada y no demasiado agradable sorpresa. En el castillo los aguardaba una delegación enviada por el rey de las tierras de Alba, Malcolm Canmore.

Tras hacer las convenientes presentaciones y saludos, los heraldos expusieron los motivos de su visita.

—Ha llegado hasta nuestro señor el rey una información extremadamente preocupante. Se nos ha advertido, por fuentes fidedignas, de que la hija del rey de Castilla ha sido secuestrada por el señor de Dunbar.

Eric sonrió irónico ante la rapidez con la que el rey de Alba había actuado en esta situación. Sin embargo, cuando se le pidió ayuda ante los abusos que sufrieron por parte de Lothian, se limitó a ser un mero espectador en la lucha entre sus gentes. Pensó que en este momento hubiera sido necesaria la sutileza de Duncan, ya que la diplomacia no era una de sus virtudes.

—Fue una situación a la que nos vimos abocados, puesto que no recibimos ayuda por parte de vuestro señor.

El representante real carraspeó ante la justificación del guerrero.

—Convendréis conmigo en que esta no es una situación aceptable para las buenas relaciones entre los reinos. Conocéis la situación tan delicada que sufrimos a causa del afán conquistador del rey inglés y esto podría llevarle a aliarse con el castellano en contra del pueblo de Alba.

—En ese aspecto no tendréis problema —Eric lanzó a Leonor una mirada de disculpa antes de continuar—. El rey castellano ha fallecido. No os hará ninguna reclamación.

—Estamos al tanto de lo ocurrido. Conocemos, también, que el rey Alfonso ocupa el trono de su hermano y que ha unificado gran parte del norte de la península ibérica. Cabe pensar que, como tío de la joven, quiera que regrese a su tierra.

Eric entendió que su rey lo que pretendía en realidad era devolver a Leonor para granjearse el reconocimiento de Alfonso y tenerlo como aliado. Sin embargo, Duncan había sido extremadamente claro: Leonor no abandonaría las tierras de Dunbar y su propia protección bajo ninguna circunstancia.

—Es por ello —continuó diciendo el mensajero—, que la joven castellana debe venir con nosotros para ser custodiada por el rey

hasta su devolución.

—No os llevaréis a la mujer en modo alguno. —Eric se acercó con gesto amenazante a los hombres.

La tensión se hizo patente. Las manos de los guerreros en el salón, tanto de un bando como de otro descansaban sobre sus espadas, prestas a ser sacadas en cuestión de segundos si era necesario.

Leonor se decidió a exponer su opinión, esperando que sus palabras fueran tenidas en consideración.

—Creo que es necesario que conozcan que he contraído matrimonio cristiano con Duncan MacGregor. Soy ahora su esposa y la señora de estas tierras, ante Dios y ante los hombres.

Los enviados del rey, sorprendidos ante la inesperada noticia, consultaron entre sí.

—Un matrimonio forzado puede ser anulado si ese es vuestro caso.

—No es mi caso —aclaró Leonor con voz firme—, las circunstancias que me trajeron hasta las tierras de Alba se produjeron tal y como lo habéis relatado, pero mi matrimonio fue consentido y deseado —la muchacha pensó con tristeza en cuánto había anhelado la bendición de su padre, que ya nunca tendría—. Amo a mi esposo y es mi deseo y obligación estar junto a él.

—¿Y dónde se encuentra el laird de Dunbar ahora?

—Está efectuando una visita de cortesía a mi tío. Aunque resulte difícil de creer, comparten negocios en común y deben de estar repartiéndose los beneficios —desveló con amargura —. No debéis temer, por tanto, que el rey leonés tenga algún tipo de indisposición contra estas tierras por mi causa, más bien, todo lo contrario.

Prudente, el emisario real, aceptó la explicación de Leonor. Informaría a su rey de la nueva situación para que, a la luz de las últimas revelaciones, decidiera qué hacer.

Se despidieron con gran ceremonia y cuando todos salieron del salón, Eric se acercó a una cabizbaja Leonor y la felicitó por su habilidad para convencerles y por su tacto con las palabras. Sin embargo, había algo que lo inquietaba.

—¿No creeréis realmente lo que habéis dicho?

—¿A qué os referís?

—Sobre los negocios en común de Duncan con el rey Alfonso…

Leonor lo miró enigmática.

—No sé qué pensar, Eric. Si caviláis sobre ello, fríamente, yo he sido todo este tiempo un instrumento para chantajear a mi padre, y, al parecer, lo sigo siendo ahora para mi tío, ¿por qué si no habría ido Duncan a la península?

—Él tiene sus motivos, pero os aseguro que solo busca vuestro bien y vuestra seguridad. Lamento que pese a lo mucho que os ama, aún no confiéis en él.

Eric se marchó, dejándola a solas con sus pensamientos. Le dolía haber expresado en voz alta lo que la corroía desde hacía mucho tiempo.

Desde muy niña había aprendido que ser la hija de un rey, aunque ilegítima, conllevaba beneficios, pero también inconvenientes, algunos muy amargos. Al parecer estos inconvenientes no se habían acabado con el fallecimiento de su progenitor.

Sus pensamientos oscilaban entre la desazón por estar separada de Duncan, y la desconfianza y el temor por su visita al rey Alfonso. Deseó que él estuviera de vuelta y que sus ojos le contaran la verdad.

El tiempo pasaba lentamente y de forma dolorosa si Leonor se paraba a pensar y se limitaba a esperar, así que buscó la forma de estar continuamente entretenida y que su mente no tuviera ni un segundo libre para torturarse.

Siguiendo las indicaciones de Asur, organizó el herbolario y mandó construir una habitación contigua, que amuebló con una gran

mesa y varios jergones para poder atender a los enfermos que venían atraídos por la fama de Asur como curandero.

Dedicó, en exclusiva, una sala a los niños que pasarían el invierno en el castillo y la acondicionó de manera que pudieran jugar sin peligro, así como recibir algunas clases de lectura y escritura por las mañanas.

Reorganizó y amplió la despensa y fue aprendiendo, gracias a Asur, la historia del que sería su pueblo ahora, los límites entre las tierras y las relaciones entre clanes.

Cuando lo más crudo del invierno llegó, Leonor se vio obligada a reducir su actividad. Dedicó, entonces, la mayor parte de su tiempo a acompañar a Maryam, cuyo vientre iba ensanchándose por momentos. Juntas cosían el ajuar del pequeño y confeccionaban y remendaban ropa para los niños del castillo.

En su mente anotaba mejoras que habría que hacer llegada la primavera para facilitar la vida a los habitantes de la aldea. Y, sin embargo, a pesar de estar ocupada en mil y un quehaceres, Leonor notaba que le faltaba la mitad de su alma.

No hallaría la paz hasta saber que Duncan se encontraba a salvo. Necesitaba saber de sus sentimientos por ella, hablar sobre el pasado, sincerarse sobre el presente para saber si podrían permitirse un futuro juntos.

Las noches se le hacían especialmente tristes sin tener el calor de su cuerpo junto al suyo. Había conocido la felicidad absoluta y, sin embargo, había sido tan breve que se preguntaba si hubiera sido mejor no haberla disfrutado nunca.

En la soledad de su alcoba, recordaba los momentos pasados junto a él, desde el primer beso en el bosque nevado de Kerr, hasta los últimos instantes de inmenso placer compartidos la noche de sus esponsales. Se preguntó si aún habría alguna oportunidad para ellos cuando Duncan volviera, si sus sentimientos hacia ella no habrían cambiado o si ella sería capaz de perdonarlo y perdonarse.

CAPÍTULO 38

La primavera trajo la visita inesperada de Margaret Aetheling, esposa del rey de Alba, quien acudió al castillo de Dunbar interesada en conocer a la castellana, hija de rey, que se había casado con un guerrero.

La reina Margaret era, al contrario que su brutal y tirano marido, una mujer de excelente educación y exquisitas maneras, que creía fervientemente en la Biblia y que pretendía cristianizar a los pueblos salvajes que conformaban las tierras de Alba o Escocia, como se acabaría llamando tras la unificación de los clanes.

Leonor, a petición de la propia reina, le contó las circunstancias que acompañaron su llegada a Dunbar. Para su sorpresa, Margaret le confió que había vivido una situación muy parecida con su esposo, pues también fue víctima de su rapto, aunque los motivos no fueron tan loables como los que trajeron a Leonor a estas tierras.

Malcolm Canmore recuperó el trono que el traidor Macbeth arrebató a su padre y dedicó sus fuerzas a unificar sus tierras y establecer alianzas entre los clanes. Casado con Thorfinn, oriunda de Alba, enviudó muy pronto y tras una breve estancia en tierras inglesas, quedó prendado de una prima del rey inglés William el Conquistador. Previendo la negativa del monarca a emparentar con su enemigo acérrimo, Malcolm raptó y desposó a la joven sin miramientos.

La reina abrió su corazón a Leonor y le confesó que, pese a lo sucedido, había aprendido a amarlo. Sin embargo, su naturaleza despótica y celosa le hacía, la mayoría de las veces, muy difícil la convivencia.

Margaret Aetheling encontraba el consuelo y las fuerzas necesarias para sobrellevar el difícil carácter de su esposo en la oración y en la enseñanza del cristianismo a los paganos.

Tras una estancia de varios días, durante los cuales departieron y se contaron confidencias como auténticas amigas, la reina de Alba tuvo que regresar junto al monarca.

Prometió a Leonor que nada debía temer por parte del rey, ya que ellos se encontraban unidos en cristiano matrimonio y Malcolm no atentaría contra el sagrado vínculo.

La monarca, además, se ocuparía personalmente de la protección de las tierras de Dunbar, puesto que había obtenido la promesa de Leonor de ayudarla en su tarea evangelizadora.

Llegó el verano y la joven continuó poniendo diques a su dolor a través del duro trabajo. Muchas noches acababa tan exhausta que se quedaba dormida en cuanto su cabeza rozaba la almohada. No obstante, solía despertarse de madrugada, sudorosa, y con el corazón acelerado por pesadillas que no conseguía recordar.

El discurrir lento pero inexorable de los días, la hacía pensar en las nieves del invierno, las tormentas, las malas condiciones para navegar y lo que esto significaba: el improbable regreso de Duncan.

Cada día oteaba el horizonte por si conseguía vislumbrar la silueta de un barco. Cada noche, cuando despertaba asustada por extraños sueños, trataba de controlar la terrible desesperación que le producía su ausencia. La mañana llegaba y esta encontraba a Leonor sentada junto a la ventana sumida en sus pensamientos.

La corte de León recibió a finales de un verano excepcionalmente caluroso, la inusitada visita de un grupo de hombres allende los mares, que vestían extrañas ropas y hablaban una desconocida lengua. Sorprendentemente, el rey Alfonso retrasó su partida a tierras de Toledo, prevista para el mismo día, por atender a los extranjeros.

No se le comunicó a Urraca esta circunstancia y no se enteraría de lo que se resolvió en dicha reunión hasta meses después, cuando el rey leonés regresó de su incursión por tierras toledanas.

Alfonso se marcharía satisfecho de lo pactado, pues no estaba en su mente preocuparse por una descendiente ilegítima de Sancho, teniendo que sofocar continuas revueltas en su reino. Dejaría que otros se ocuparan de ella.

Para el rey de Castilla, Galicia y León era más importante conquistar las tierras musulmanas para mayor gloria del verdadero Dios quien, a su debido tiempo, sabría recompensarle con sus propios y legítimos herederos. Descendientes que para su completa consternación, aún no tenía.

CAPÍTULO 39

Maryam se puso de parto una mañana de verano. Mientras Eric esperaba nervioso en el salón, Leonor, Asur y una reputada partera asistían a Maryam en sus labores. Por fortuna, el nacimiento tuvo lugar sin complicaciones y Maryam alumbró un niño fuerte y sano.

El bebé pronto constituyó una auténtica atracción por sí mismo. No solo alegró a los felices padres si no que, con su exótica belleza, piel oscura y ojos claros, causó admiración a los moradores del castillo.

Los momentos más felices del casi extinto verano y de las estaciones que se sucedieron los pasaría Leonor junto al bebé. Acogerlo entre sus brazos, mecerlo y aspirar su tibio aroma, suavizaba las angustias de su alma.

Llegó el otoño y este fue pasando lentamente sin que Duncan y su tripulación regresaran. La desesperación se apoderaba de Leonor, que veía cómo otro invierno llegaba sin que su amado hubiera retornado al hogar.

Eric y Asur también se sentían intranquilos, pero evitaban expresar su preocupación ante la joven. Padre e hijo habían limado asperezas desde el nacimiento del pequeño Alasdair y mantenían ahora una excelente relación. Lo único que enturbiaba la armonía del castillo era la ausencia de Duncan y sus hombres.

Las primeras nieves cubrían con su manto blanquísimo bosques y caminos, prados y senderos. El frío se combatía en el castillo con pieles y hogueras. Las chimeneas de cada sala se mantenían

encendidas sin descanso, procurando calentar las estancias con el cuido de no malgastar la madera aprovisionada durante el verano.

No había llama, en cambio, que calentara el alma aterida de Leonor. Intentaba ser optimista y confiar en el regreso de Duncan, se convencía de que todo iría bien, no podía perder la esperanza.

No obstante, una atrevida idea empezaba a formarse en su mente e iba adquiriendo cada vez más fuerza. Si Duncan no regresaba en primavera, ella misma iría a buscarlo. Se enfrentaría a su tío si era necesario.

Estaba segura que Eric la apoyaría, aunque no le pediría que la acompañase. No lo separaría de Maryam y de su bebé y su liderazgo y protección eran imprescindibles para Dunbar ahora que el laird se encontraba lejos. Otros hombres la acompañarían, pues había sabido ganarse su respeto y aprecio en el tiempo que llevaba allí. Pediría ayuda a la reina Margaret si fuera necesario, pero no se quedaría cruzada de brazos dejando que pasara el tiempo sin saber qué había sido de Duncan.

Arrebujada en una gruesa capa de lana, Leonor subió a la torre, como cada día, para otear el horizonte. Aunque hacía semanas que el invierno había hecho su aparición, no por ello dejaba de vigilar diariamente el mar.

Durante el tiempo que permanecía allá arriba expuesta al viento helado, Leonor rezaba, pedía a su Dios y a cuantos dioses paganos existieran que protegieran a Duncan y a sus hombres y los devolvieran a su hogar a salvo.

Aquella mañana parapetada tras las almenas de la torre vislumbró la silueta de un barco en lontananza. El corazón le dio un vuelco y su respiración se volvió entrecortada ante la posibilidad de que sus deseos pudieran hacerse realidad.

Por más que forzaba la vista no conseguía distinguir si se trataba de la nao que esperaba. Impaciente, bajó las escaleras

trastabillando, tan nerviosa que las piernas apenas la sujetaban.

Cruzó el castillo como una exhalación, corrió hasta los establos, preparó ella misma un caballo sin perder un segundo y cruzó el patio gritando a uno de los hombres allí apostados que avisara a Eric de la aparición de un navío.

Cabalgó sin aliento hasta la costa. Se dirigió hasta la bahía donde fondeó el barco que la trajo a ella. Por el camino no paraba de implorar y rezar porque fuera su barco y lo condujera hasta sus brazos.

Era mediodía cuando llegó al fondeadero. El frío le helaba el rostro y apenas sentía las manos, por lo que bajó del caballo con gran dificultad.

A lo lejos, un barco inmóvil permanecía impertérrito ante la agitación de los hombres en cubierta, ansiosos por poner los pies en tierra. Por más que lo examinaba no conseguía reconocerlo, aún no estaba segura de que se tratara de uno de los navíos del clan.

Al fin, los marinos echaron una chalupa al mar y fueron, poco a poco, subiendo a ella.

A Leonor le pareció una eternidad el tiempo que tardaron en remar hacia la playa. La consumía la impaciencia y los nervios, pero esperaría, en cualquier caso, pues se negaba a pensar que se tratara de una tripulación desconocida.

En cuanto el bote estuvo lo suficientemente cerca, uno de los hombres saltó al agua y comenzó a vadear con presteza en su dirección.

Leonor, al avistarlo, entró apresuradamente en el mar helado, mojando sus pies y la orilla de su vestido. Continuó avanzando hacia él lo más rápido que las olas le permitían.

Un hombre más delgado de lo que ella recordaba, con el pelo más largo y barba de semanas le salió al encuentro, pero ya no tenía dudas. Era él.

Se fundieron en un intenso abrazo, mientras las olas rompían contra sus cuerpos. Lágrimas ardientes surcaban el rostro de Leonor,

mientras él la besaba y reía alborozado al encontrarla sana, vivaz y enamorada. Sus miradas se encontraron y envueltos en ellas expresaron todo lo que sus corazones habían temido. Un largo beso acalló los temores, las dudas y el miedo.

No fueron necesarias palabras que explicaran lo que cada uno sentía en ese momento, el inmenso alivio de encontrar su otra mitad viva y apasionada, pese a todas las adversidades.

En cuanto los hombres fueron bajando del bote y descargaron los fardos que portaban, Duncan subió a Leonor a la barca y la enfiló de nuevo en dirección al barco.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella con la certeza de que ya no iría a ningún sitio sin él.

—Quiero enseñarte algo —Duncan la atrajo hacia él, mientras la miraba con un brillo de felicidad en los ojos—. Me dolió tanto marcharme y dejarte con tu tristeza… No imaginas lo feliz que me haces al verte animada, sentir que me correspondes… Eres lo que más quiero y lo que más me importa en el mundo y me encontré impotente al no poder hacer nada por rescatarte de tu desolación. Quiero que sepas que me marché intentando encontrar algo que te devolviera las ganas de vivir.

—Tú eres todo lo que necesito para ser feliz….

Duncan soltó una carcajada de felicidad y tomando su rostro entre sus manos le dio un millar de besos tiernos, suaves, impetuosos, ardientes.

Cuando se acercaron al barco, Duncan se obligó a detenerse y señaló la barandilla.

Ella vislumbró una silueta arrebujada en una amplia capa que la tapaba casi por completo. Conforme iba acercándose creyó distinguir rasgos familiares en la figura. El viento deslizó la capucha que le cubría la cabeza y, en ese momento, tuvo que agarrarse a Duncan para no desfallecer.

En cuanto la chalupa tocó la nao, la muchacha empeñó todas sus fuerzas para subir la escalerilla de cuerda tan rápido como sus

piernas le permitieron.

En la cubierta, con los brazos abiertos, más envejecida que la última vez que la viera, pero con una extraordinaria sonrisa de felicidad, la esperaba su aya Elvira. Su querida y anciana ama que la había criado desde niña y la quería como a una hija.

Las mujeres se abrazaron llorando y riendo de felicidad. ¡Leonor tenía tanto que contarle y que preguntarle! Sin embargo, tiempo habría para todo ello, ahora lo único que quería era sentir el abrazo de la anciana, su cálido y familiar aroma, arroparla y protegerla.

CAPÍTULO 40

Tímidos rayos de sol entraban en la alcoba a través de las abiertas contraventanas. Leonor sentada en el banco de piedra junto a la ventana, dejaba que el sol acariciara su rostro. Abrió los ojos y miró hacia el interior del aposento donde descansaba Duncan sobre el lecho, apenas cubierto con una nívea sábana. Respiró profundamente y mentalmente hizo un repaso a los acontecimientos de los últimos días.

La llegada de Duncan había supuesto una auténtica alegría para todos los habitantes del castillo y la seguridad que proporcionaba que el señor de las tierras se encontrase de nuevo en casa trayendo excelentes noticias acerca de la defensa de la región: Volverían a comerciar y a embarcarse sin temor a aranceles abusivos ni a ser asaltados.

Lothian había perdido su capacidad ofensiva y el propio Duncan les había llevado un mensaje del rey Alfonso haciéndoselo saber. El apoyo que, antaño, recibieran de la península había, definitivamente, concluido. Volvían a ser un pueblo libre. No más asaltos, luchas, matanzas. Los hombres volverían a labrar sus tierras, a besar a sus hijos, a abrazar a sus mujeres, sin temor a dejarlos desamparados para marchar a la guerra. Recompondrían sus casas, sus aldeas. Sus tierras volverían a ser labradas. Desaparecería la ruina y el hambre.

La llegada de Elvira, por otra parte, supuso todo un acontecimiento. Más íntimo, pero igualmente especial para Leonor.

Durante largas horas conversaron de todo lo sucedido mientras estuvieron separadas.

Elvira le contó que Duncan la sacó del convento donde estuvo retenida todo el tiempo. Casi había perdido la esperanza de volver a ver a su querida hija, especialmente tras saber de la muerte del rey Sancho. Le confesó que tuvo dudas acerca de la veracidad del relato

que le contó el extranjero, pero si existía la remota esperanza de reunirse con Leonor, ella aceptaba gustosa la invitación del guerrero.

El escocés la trató con auténtica consideración durante toda la travesía y le contó que se habían enamorado —aquello la escandalizó—, y que habían acabado casándose, lo que le supuso un extraño alivio. Leonor reía algo avergonzada por lo que Elvira pudiera haber pensado.

Asimismo, la anciana aya le relató que poco después del secuestro, fue rescatada por soldados del rey Sancho. Ella siempre sospechó que sus ropajes eran un engaño, que no eran soldados del monarca castellano, en realidad, ya que su mensaje de socorro nunca le llegó.

Todo ese tiempo estuvo recluida en un convento, donde rezaba día y noche sin descanso por el bienestar de su querida Leonor. Dios, proseguía la anciana, la había recompensado por su sufrimiento al permitirle reencontrarse de nuevo con ella.

La muchacha se sintió profundamente conmovida por el padecimiento de su querida ama y le prometió resarcirla por todas las penalidades. En adelante Elvira viviría en el castillo como una más de la familia y nunca volverían a separase.

Un momento emocionante fue la presentación del pequeño Alasdair a los recién llegados. Era un hermoso bebé, fuerte y lleno de vida, que enseguida encandiló a todos y por el que los padres recibieron efusivas felicitaciones.

Duncan y Leonor cruzaron miradas ilusionadas y cómplices, en las que se leía el deseo de ambos de compartir algo tan hermoso en un futuro próximo.

—¿Sonríes?

Leonor se sobresaltó al oír la voz de Duncan, pues sumida en sus pensamientos no lo había oído levantarse. Ella le devolvió la sonrisa. Se acercó y sentándose junto a ella, la abrazó.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

—En que soy todo lo feliz que podría ser, si no fuera por…

—Lo siento tanto, nunca me perdonaré…

—Duncan, me duele oírte hablar así. No quiero que pienses que te culpo. Tú no mataste a mi padre… No quisiste engañarlo. Si todo hubiera salido según tus planes, yo estaría ahora en Castilla y el rey Sancho seguiría gobernando… Os traicionaron a los dos. Tú también sobrellevas el dolor por la pérdida de tu padre.

—Mi padre murió con honor, luchando por su pueblo. No hay mejor muerte para un guerrero, Leonor. Ranulf MacGregor, señor de Dunbar, y Sancho de Castilla tienen más en común de lo que piensas. Ambos dieron su vida luchando por causas justas.

—Lo que me atormenta —confesó Leonor—, es el acto de traición de mi… del hermano de mi padre. Asesinarlo a sangre fría, sin darle la oportunidad de defenderse…

Duncan dudó un instante antes de continuar, pero pensó que ella debía saberlo.

—Durante la reunión que mantuve con tu tío me juró que no tuvo nada que ver en la muerte de tu padre. No salió de él la orden de asesinarlo.

Leonor se quedó momentáneamente perdida en los profundos y azules ojos de Duncan, como queriendo descubrir cuánto de verdad habría detrás de aquella afirmación del rey Alfonso.

—No puedo creerlo —rehusó obstinada —Él planeó cada paso desde que me raptaste. Espoleó a mi padre contra García y contra Urraca. Pretendía su muerte.

—Es cierto, aunque no estaba en Zamora cuando ocurrió… El traidor era un mensajero mandado por Urraca para negociar la rendición de la ciudad.

—¿Sugieres que fue ella?

—Alfonso me garantizó que fue una decisión propia de un vasallo demasiado fanático, aunque… quién sabe.

—Me resisto a creer que no tuvieran nada que ver. Cualquiera de los dos se beneficiaría de… la desaparición de mi padre. Como así

ha sido. Mi padre siempre me previno contra ellos. Él, sin embargo, no tuvo el suficiente celo.

Duncan acurrucó a Leonor contra su pecho.

—Leonor, el rey Alfonso jamás te molestará ni volverá a intervenir en tu vida, tengo su solemne promesa y te aseguro que no le interesa bajo ningún concepto romperla. Debes continuar con tu vida. Te ofrezco lo que tu padre siempre quiso para ti; seguridad y, por encima de todo, mi amor. ¿Crees que conseguirás ser feliz con esto? ¿Tan feliz como me contabas que eras de niña?

Los pensamientos de Leonor volaron lejos, hasta su infancia. Recordó a su padre sentado junto a ella en un banco de piedra del amplio jardín de su casa, rodeados de flores. Los ojos ambarinos del hombre miraban con profundo cariño a su hija, mientras le contaba la intensa historia de amor que la trajo a ella al mundo. Hija del amor, la llamó su madre, pues no tendría derecho a nada más que al cariño de su padre, pese a todo su poder y las posesiones con las que contaba.

Y a ella nunca le importó. Era feliz con la devoción de su padre y de su querida aya. No sería hasta mucho tiempo después y muy lejos de aquel jardín que se rebelaría ante la imposibilidad de encontrar el amor verdadero. Acabaría encontrándolo en un remoto lugar, muy lejos de su padre y su tierra.

—Si al menos me hubiera despedido, si él hubiera sabido que estaba bien… —susurró Leonor, atormentada.

Duncan la tomó de la barbilla y la obligó a enfrentarlo.

—Él lo sabe. De alguna forma sabe que ahora estás rodeada de personas que te quieren y a salvo. Es lo que siempre quiso para ti.

Leonor sonrió y volvió a abrazarlo. No quería que la viera al borde de las lágrimas. Había estado tanto tiempo sumida en la oscuridad que no se permitiría recaer nunca más. Ya no. Tenía mucho por lo que luchar, por lo que vivir.

En su corazón siempre habría un lugar especial dedicado al recuerdo de su padre y no lo llenaría de lamentaciones y tristezas.

No sería justo. Lo recordaría siempre como aquella vez, sentado junto a ella en el banco del hermoso jardín, sintiendo todo su cariño y adoración.

EPÍLOGO

Bandadas de pájaros cruzaban los cielos azules y brillantes de la tierra de Alba. La primavera había vuelto despachando sin contemplaciones las miserias del invierno.

Donde quiera se posasen los ojos un exuberante verdor confirmaba la fertilidad de la madre tierra.

Leonor, sola en el huerto de Asur, sonreía ante sus íntimos pensamientos. Había acudido a buscar unas hierbas que sospechaba necesitaría en adelante. Entusiasmada con su tarea no sintió llegar a Duncan y lo recibió con un respingo de susto.

—¿Es así como una esposa recibe a su señor? —preguntó él sonriente—. ¿Tanto pavor me tenéis? —ironizó, rodeándola de la cintura para atraerla contra su cuerpo y besarla apasionadamente.

Leonor respondió a sus besos con arrebatador anhelo.

—No os esperaba tan pronto de vuelta. Decidme, ¿cómo ha ido vuestra entrevista con Roger de Kerr? —quiso saber cuando él le permitió disponer de sus labios.

—Mucho mejor de lo esperado —reveló—. Se ha excusado por lo sucedido a causa de su hija Maud y ha ratificado su apoyo a nuestro clan, al igual que antes lo hicieron el resto de los clanes.

—Esas son buenas noticias.

—Yo no apostaría demasiado por su fidelidad, si no fuera porque cuento con una esposa que goza de las simpatías de la reina y se lo pensará dos veces antes de cambiar de opinión —afirmó mirándola con orgullo.

Leonor recordó la angustia que en el pasado soportara a causa de Roger de Kerr, aunque reconoció que por el bien de sus propias tierras era mejor rodearse de aliados, que de posibles enemigos.

—¿Qué planta buscáis? Dejadme que os ayude… ¿Tenemos algún enfermo o lastimado en casa últimamente, aparte del terrible Alasdair?

Leonor sonrió abiertamente al recordar al pequeño Alasdair, quien empezaba a dar sus primeros pasos y no consentía que nadie le ayudara, por lo que acababa lleno de chichones y morados. Iba a ser, sin duda, todo un hombrecito con carácter y determinación.

—Esto es eneldo —le explicó mostrándole una planta de brillantes hojas turquesas y pequeñísimas flores doradas. —Me haré una infusión con sus semillas.

—¿Te harás? ¿Qué te sucede? —preguntó preocupado.

Leonor sonrió, encantada, ante la súbita pero innecesaria preocupación de Duncan.

—Me tenéis en ascuas, ¿se puede saber qué es tan divertido? —inquirió frunciendo el ceño.

—Con esta tisana pretendo combatir unas molestas náuseas matinales que estoy notando últimamente.

—¿Nauseas? ¿Qué queréis decir…? ¿Es que acaso estáis…? —balbuceó mirándola sorprendido—. ¿Estáis… esperando un hijo?

Su sonrisa se hizo más amplia al contemplar su semblante emocionado.

—Tendréis que reconocer que cabía la posibilidad de que esto ocurriera tarde o temprano.

—¡Es maravilloso, Leonor! —reaccionó de súbito, atrapando su cintura y besándola con dulzura.

Se apartó para mirarla a los ojos durante un largo rato, en el que no fueron necesarias palabras, pues ambos comprendieron que las heridas poco a poco comenzaban a cerrarse.

El futuro, pacífico y lleno de promesas de bienestar y prosperidad que se abría ante ellos hacía necesario que en sus corazones no quedara rastro de culpas, rencores ni odios.

Leonor había abrazado y hecho suya la tierra de su esposo como Asur lo hizo en su día. Y, ahora, la mayor prueba del amor entre ellos latía en su vientre, un hijo concebido por quienes, una vez, fueron enemigos en tierras de Alba, en tiempos de oscuridad.

Aquella criatura gestada en la pasión y la esperanza era la confirmación del indestructible amor entre sus padres y de la fuerza de un destino que les estuvo prohibido pero que, sin embargo, se tornó inevitable.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Tras la muerte del rey Sancho, su hermano Alfonso VI gobernó los territorios de García —al que encarceló de por vida en el castillo de Luna— y del propio Sancho —que fue enterrado en el Monasterio de Oña—, y comenzó un fenómeno que con el tiempo se llamaría Reconquista y que concluiría varios siglos más tarde bajo el reinado de los Reyes Católicos.

Alfonso contaría con la inestimable ayuda de su hermana Urraca, que demostró ser una mujer de gran inteligencia y una valiosa estadista.

La relación de Alfonso con Rodrigo Díaz, el Cid, fue tormentosa desde el principio. En un intento por granjearse sus simpatías le otorgó la mano de su sobrina Jimena, con la que se casaría.

Sin embargo, esto no impidió que el Cid le pidiera juramento de que nada tuvo que ver en la muerte de Sancho. Esto supuso una auténtica humillación para el rey leonés, que nunca perdonó al caballero su afrenta y, en cuanto se dieron las circunstancias, lo desterró fuera de las fronteras del reino por el que tanto hubo luchado.

No obstante, sería gracias a la ayuda de Rodrigo Díaz que Alfonso conquistaría las plazas más importantes: Toledo y Valencia, entre otras.

Poco tiempo después de la muerte de Sancho, Alfonso, buscando un heredero, se prometió con Ágata de Normandía, hija de Guillermo I de Inglaterra, enemigo de los sajones y de las gentes de Alba al intentar repetidamente conquistar las tierras de la frontera, entre las que se contaba Dunbar y Lothian.

La muerte prematura de la princesa normanda frustró sus planes de boda.

Alfonso acabaría casándose, entonces, con Constanza de Borgoña con la que tuvo a su hija Urraca, nombrada de esta guisa en honor a su tía, la reina de Zamora.

Mantendría, además, una relación con la musulmana Zaida, de la que nacería su único hijo varón, al que llamó Sancho.

Transcurrieron los años y a falta de un heredero varón, Alfonso hizo legitimar a su hijo bastardo.

Así pues, el hijo de la concubina Zaida, con la que se acabaría casando al morir Constanza, fue nombrado príncipe heredero del reino cristiano de Castilla y a la muerte de su padre estaba destinado a gobernar sus tierras heredadas y conquistadas, que abarcaban buena parte de la península.

Sin embargo, en la batalla de Sahagún contra los almorávides, Alfonso, convaleciente de una herida en la pierna, mandó a su hijo Sancho al frente de las tropas encomendándole a su leal Alvar Fáñez la protección del heredero.

En este combate, Sancho hijo resultaría herido y fallecería poco después.

Esto aceleraría el final del rey leonés, quien no consiguió recuperarse del duro golpe que supuso la pérdida de su hijo y sucesor.

Tras la muerte de su medio hermano y de su padre, Urraca, alentada por su tía, Urraca de Zamora, convocó en Toledo a los

nobles del reino y les comunicó que ella sucedería al rey, un hecho insólito en la época.

Tras una vida tempestuosa en la que a Urraca no se le perdonó que reinara siendo mujer, dejó como heredero a su hijo Alfonso VII y, antes de morir, pidió ser enterrada junto a su tía en el Panteón de los Reyes de San Isidro de León.

En cuanto a las tierras de Alba, podríamos decir sin temor a errar demasiado que, tras los esponsales de Leonor con Duncan, señor de Dunbar, el rey de la Tierra de Alba, Malcolm Canmore, establecería una serie de alianzas con los distintos clanes, entre ellos el linaje MacGregor, con la intención de hacerse más fuerte frente al enemigo inglés.

La unificación de los clanes y sus tierras acabaría formando con los años un nuevo país que llamarían Scotland, Escocia.

Escocia e Inglaterra también se enfrentarían a épocas muy turbulentas en las que las tierras fronterizas serían las más castigadas.

Se establecerían alianzas, muchas veces a través de matrimonios concertados, y allí donde antaño hubo enemistades se crearían vínculos de paz y viceversa.

Los descendientes de Leonor y Duncan y de Maryam y Eric de seguro se implicarían en la creación de nuevos territorios y mezclarían su sangre tanto con amigos como con la de antiguos enemigos, normandos o castellanos, entre otros.

Pero esas son leyendas de un pasado remoto, que mezclan la ficción y los hechos históricos. Leonor y Duncan son personajes de ficción, así como sus circunstancias, aunque… ¿quién sabe? Quizás la Historia aún guarde hijos secretos, causas y motivaciones por desvelar que darían explicación a muchos misterios y batallas.

DEJA QUE TE CUENTE…

Un destino prohibido fue publicada en 2022 con el título de *La bastarda del rey Sancho* por Cherry Publishing, una editorial internacional que publicaba en España, Reino Unido e Italia. Aunque el libro no fue muy conocido ni publicitado y al cabo de pocos años la editorial cerró sus puertas, le debo la oportunidad de poder publicarme por vez primera, de sentir que mis novelas podían salir del cajón donde estaban guardadas porque tal vez interesaran a alguien. Esta editorial y la buena acogida de un puñado de lectoras me dieron la confianza y las alas para luchar por sacar adelante otros manuscritos y seguir escribiendo.

Por ello, cuando los derechos me fueron devueltos quise volver a mostrarla y durante semanas me encargué de revisarla minuciosamente, reescribiendo fragmentos, redistribuyendo capítulos, dando luz donde no hubiera suficiente claridad, pero manteniendo al cien por cien la esencia de la historia de la hija bastarda del rey Sancho. Este primer libro siempre tendrá un hueco en mi corazón y recordaré su primera portada con gran cariño.

En tus manos tienes ahora la nueva edición de la novela, mucho más madura, no en vano han pasado más de doce años entre su primera escritura y esta.

Espero y deseo de corazón que la hayas disfrutado y si esta es tu primera incursión en mis escritos, te invito a que sigas acompañándome.

Si ya lo haces, te lo agradezco sinceramente, la fidelidad en los tiempos que corren es rara y muy apreciada. Espero seguir emocionándote y sorprendiéndote en cada nueva lectura.


LA BASTARDA
DEL REY
SANCHO
EVANGELINE CRUZ

BIOGRAFÍA Y REDES

Evangeline Cruz nació en el cálido sur de España, donde vivió hasta que, finalizados sus estudios universitarios de Lengua y Literatura Inglesa, decidió viajar y conocer mundo. Ha residido en Inglaterra, Italia y Austria y, actualmente, vive en España y trabaja como profesora, compaginando esta labor con la escritura.

Lectora compulsiva desde niña (siendo sus géneros favoritos los clásicos, la historia y el romance), ha escrito desde siempre, especialmente, romance histórico.

Fue finalista del I Premio Chic de novela. Ha publicado *Así pasen los años*, una novela romántica de época, con Ediciones Kiwi. Publica con asiduidad en Selecta, el sello de romance digital de Penguin Random House.

Fue ganadora del XIII Premio Internacional HQÑ 2025 convocado por Harper Collins con la novela de romance histórico. Escríbeme si en tus sueños me encuentras.

Instagram: @evangeline.cruz_

Facebook: Evangeline Cruz

https://evangelinecruz-novelas.my.canva.site/

Threads.net: evangeline.cruz_



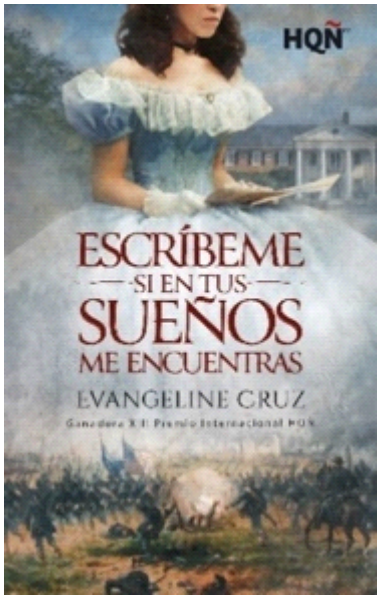
OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

Ediciones Kiwi:
Así pasen los años

Selecta de Penguin Random House:
Seducción Escocesa
Un castillo en las Highlands
La tentación del capitán
Delirio de amor
El capricho de la escocesa
Una atrevida y dulce venganza
Bajo el hechizo de la luna escocesa
El fuego de tus besos
Cautiva de una promesa
Latidos de pasión (publicación en enero 2026)

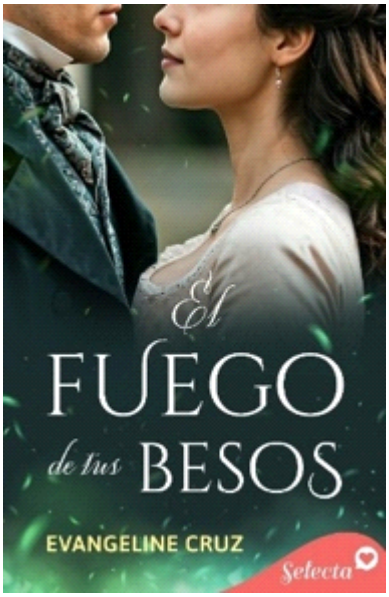
Participación en antologías de relatos:
Siete formas de enamorar a un caballero
Una cita por San Valentín
Un beso a la luz de la luna
Mi querida Jane Austen

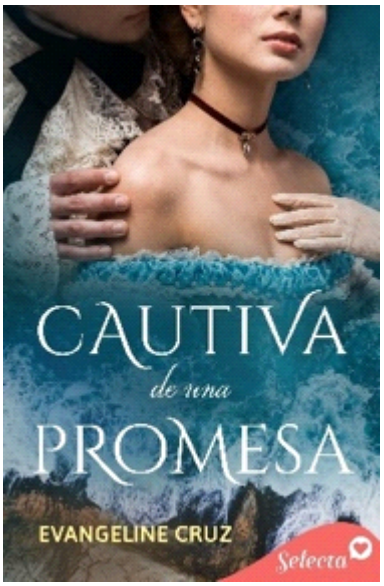
HQÑ de Harper Collins:
Escríbeme si en tus sueños me encuentras

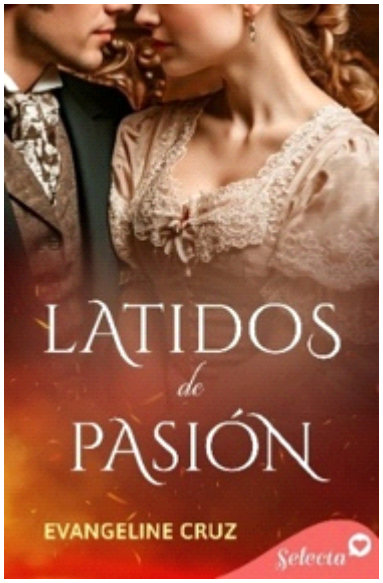

HQÑ
ESCRÍBEME
SI EN TUS
SUEÑOS
ME ENCUENTRAS
EVANGELINE CRUZ

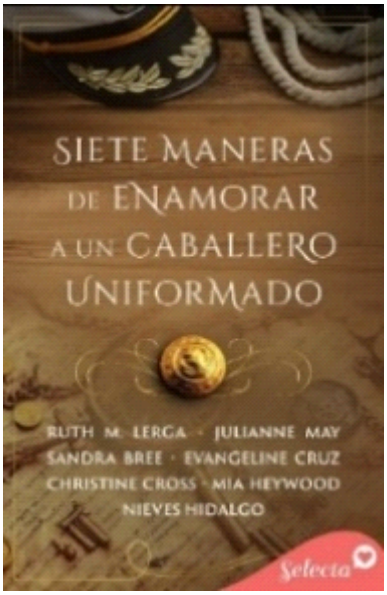

ASÍ
PASEN
LOS AÑOS
EVANGELINE CRUZ

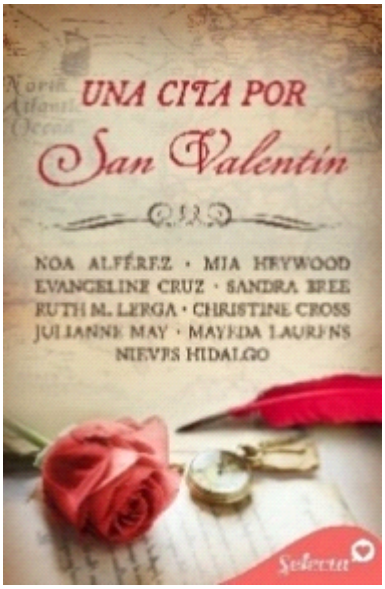

Evangeline Cruz
Bajo el
hechizo
de la
luna
escocesa
Selecta

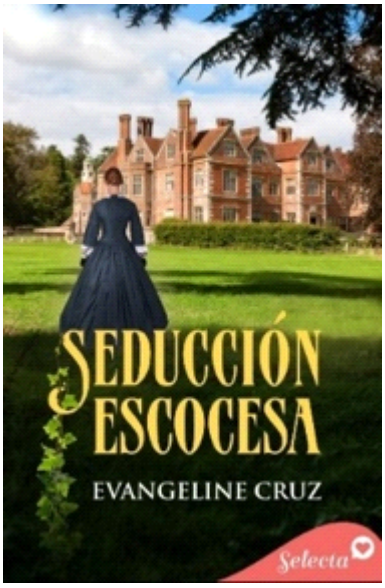

El
FUEGO
de tus BESOS
EVANGELINE CRUZ
Selecta

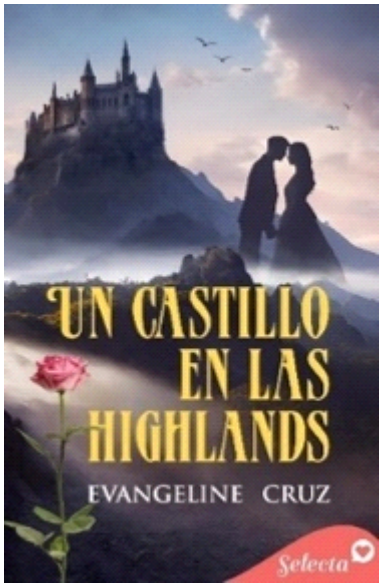

CAUTIVA
de una
PROMESA
EVANGELINE CRUZ
Selecta


LATIDOS
de
PASIÓN
EVANGELINE CRUZ
Selecta


SIETE MANERAS
DE ENAMORAR
A UN CABALLERO
UNIFORMADO
RUTH M. LERGA · JULIANNE MAY
SANDRA BREE · EVANGELINE CRUZ
CHRISTINE CROSS · MIA HEYWOOD
NIEVES HIDALGO
Selecta

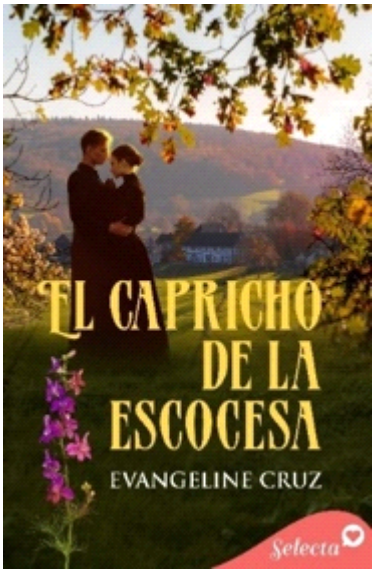

UNA CITA POR
San Valentín
NOA ALFÉREZ · MIA HEYWOOD
EVANGELINE CRUZ · SANDRA BREE
RUTH M. LERGA · CHRISTINE CROSS
JULIANNE MAY · MAYRA LAURENS
NIEVES HIDALGO
Selecta

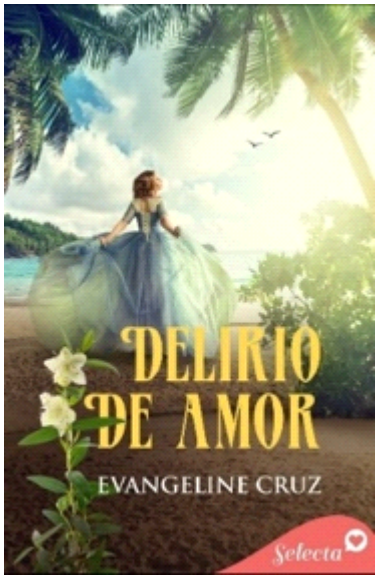

SEDUCCIÓN
ESCOCESA
EVANGELINE CRUZ
Selecta


UN CASTILLO
EN LAS
HIGHLANDS
EVANGELINE CRUZ
Selecta

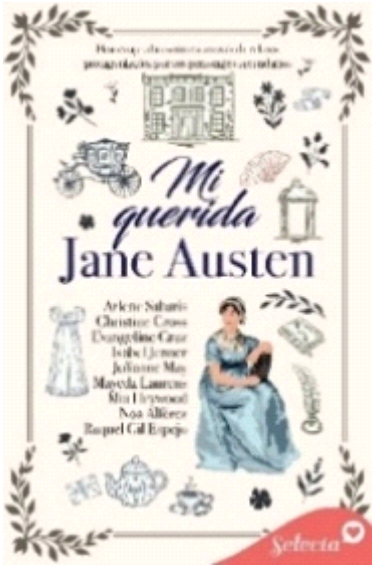

LA TENTACIÓN
DEL CAPITÁN
EVANGELINE CRUZ
Selecta


UNA
ATREVIDA
Y DULCE
VENGANZA
EVANGELINE CRUZ
Selecta


EL CAPRICHO DE LA ESCOCESA
EVANGELINE CRUZ
Selecta


DELIRIO
DE AMOR
EVANGELINE CRUZ
Selecta


Un beso a la luz de la luna
Selecta



[1] *Uisge beatha*: o agua de vida es como denominan de manera tradicional al whisky en Escocia (N. de la A.)